



Nuestra tierra tan pobre

Jan Queretz

Novela

Primera edición: Mayo de 2020

© Jan Queretz

Esta obra es libre para su difusión por internet

Cubierta: Detalle de *Mulheres*, de *Iberé Camargo*

Contracubierta: *Rebecca Springer*

Álvaro, durante años te he hablado de este libro. Sus caminos, sus tropiezos, sus más profundas convicciones y miedos. Me has preguntado, año tras año, cuándo estará listo. Todos mis esfuerzos han circulado en torno a su culminación. Nunca podré terminarlo: los libros sangran, la tragedia es eterna.

“Es insensato hablar de lo que todos conocen y de lo cual nadie quiere
oír hablar”

Enrique Bernardo Núñez, *Cubagua*

“No veréis por acá tierra *tan pobre*”

Juan de Castellanos, *Elegías de Varones Ilustres de Indias*

Las mujeres enmascaradas se estremecieron y cubrieron sus ojos empantanados cuando el cuerpo entró por el techo de la capilla y se desparramó en su destrucción de sangre sobre el altar del señor. Voces, voces de mujeres y gritos, alaridos lamentando la existencia de la vida; voces, voces que se fueron alejando, resonando el eco enrarecido, cada vez más distantes, fuera de la capilla, desapareciendo hacia el mundo hostil: la tierra y las cenizas y la muerte y la muerte y la muerte: el barrio.

El padre Torres, perplejo en su asombro eclesiástico, bañado en sangre y huesos pulverizados, se quedó en silencio frente al muerto, inmerso en la soledad en que lo dejaron las mujeres, y lo examinó desde la sección interna del altar. El rostro, o lo que quedaba de ese rostro, había sido convertido rotundamente por mano de hombre en un agujero espectral y hondo. Balas en el rostro. Balas plateadas y un abismo.

En la caída el cadáver sin cara había roto el altar por la mitad, manchado de sangre las ropas especiales que lo cubrían, salpicado de muerte las hostias, el misal, la biblia abierta en el génesis cuatro (¿soy acaso el guardián de mi hermano?); de las paredes de la capilla resbalaba una masa múltiple de fluidos, órganos y humores.

El cura supo desde el principio a qué apellido pertenecía aquel desastre insólito, de qué mujeres era esclavo, pero jamás le fue posible identificar su nombre. Reconoció el cuerpo por la forma y la disposición de las manos arruinadas: eran idénticas a las antiguas manos de la madre.

Desde el agujero del techo entró la luz de la luna recién explotada. Eran las seis y media de la tarde. El altar se iluminó en sus luces de tumba nueva.

La muerte ha profanado este recinto sagrado, pensó el cura, ahora parado muy cerca del cuerpo, detallando el agujero craneal del fallecido; más vale darle el descanso apropiado a este extinto pobre y anónimo, el muerto sin nombre pero destrozado y herido, con un agujero en el rostro en vez de ojos y labios, símbolo de todos los asesinados en este barrio de cenizas. Las leyes sagradas de la historia estipulan que en estos casos el muerto debe perdurar en la capilla para siempre, y las cuatro paredes deben convertirse en su tumba. Que así sea.

Se agachó, hundió el dedo en la sangre derramada y escribió con letras visibles sobre las tablas mohosas del suelo:

¿? CEPEDA

Bienaventurados los que mueren porque de ellos es el descanso eterno

En el principio fue la tierra, la tierra toda, entregada en su extensión clandestina a los brazos de los pobres. Como un presente amplia y virgen: plátanos y apamates y araguaneyes y animales: el mundo recomenzado después del exilio del país interior. La tierra toda: brazos abiertos del suelo para las manos reclamantes de los grandes urgidos, detenidos en la mitad de un siglo iracundo. Son muchos, familias enteras con sus millones de hijos y sus millones de bocas, desterradas por la

violencia del campo, la miseria del hambre, la idealización de la ciudad recién parida. Ellos son la nueva conquista, la reconquista, venezolanos pobres en el papel de exploradores necesitados de edén y circunstancias: alguna favorable, por favor, sólo una: sí, la tierra toda con las piernas abiertas y los brazos abiertos y las manos esperando el cobijo humano del fin de la diáspora del arado.

Caracas ardió en su llama de esperanza para los ojos cansados del polvo. Ardió dejándose penetrar por todos los pies descalzos y las ropas inmensamente tristes y las manos ásperas por el uso de la tierra como alimento.

Todos los caminos terminan en Caracas.

Pero la tierra no le pertenece a nadie, está libre, desocupada, a nadie le pertenecen las piedras, los rincones, las plantaciones posibles de alimentos sustanciales: toman lo que pueden, lo gratuito: los barrios comenzaron como pueblos y terminaron como símbolos del fracaso. La mano entregada del hambre fue mordida por los dientes del trastorno, los colmillos de la acumulación escalonada: casa y casa y rancho y rancho y casa sobre rancho y escaleras subiendo hasta el infierno y muertos derramados como lluvia.

Y allí están ellos, los pobres dolientes con anhelos de tierra, en frente de toda ella entregada en silencio. La planicie extendida en los ojos ilusionados, de sueños, arriba, muy arriba.

La ven, la detallan, diseccionan cada árbol y cada planta y figuran ahí el sueño prohibido de la casa y la riqueza. Imaginan el campo como

una realidad lejana y nunca existida. Millones de pies comienzan a caminar para ser tragados voluntariamente por la maleza: la selva de la ciudad recién despertada. Deben llegar arriba, se está haciendo de noche; el machete y el filo, las hojas caen, la tierra hecha desierto y asentamiento humano. Muchos se pierden entre la espesura y las malas hierbas: como herederos de la conquista los más débiles perecen en el acto del asedio. Los pies sangrantes, las piernas entumecidas, las manos de trepar sucias de polvo negro y húmedo.

Ha llegado la noche. Los primeros fuegos de la invasión primitiva se encienden. La planicie abre los ojos mostrando la oscuridad violenta y espesa de la noche capital. Ahora están en tierra plana, arriba: la colina ofrece y se entrega para la estabilidad de las huellas. Se esconden de la ciudad porque saben que aunque ocuparon la tierra y les pertenece, pronto les dirán que no es de ellos. Muchos lloran, se abrazan, se besan; los más jóvenes exploran la zona y aprovechan el tiempo para buscar rincones de amor. Los estrenan fecundándose, haciendo con placer a los que serán los nuevos pobres, los primeros nativos. Nacerán hasta que no haya más tierra libre donde nacer.

La luna es amplia, casi tersa en el roce de la cercanía con la planicie. Los pobres duermen, borran de sus memorias las penurias del campo: el nuevo siglo, alejado de la muerte, ha comenzado para ellos. Mañana iniciará la construcción.

Pobre de mí. Ahora que tengo las ventanas de mi casa en frente de los ojos, los pies los tengo tan asustados que no quieren seguir caminando. Yo sigo diciendo que no fue mi culpa. Lo puedo jurar por la sangre del Santo Niño de los Rencores. ¿Ahora qué hago? La Mortal no supo explicármelo cuando la vi en la plaza y le dije que me acompañara para averiguar el destino de mis piernas. Yo tenía la esperanza de una palabra suya. No me dijo nada bueno. Le salieron de la boca puras maldades. Me gritó que mi situación era imposible y que yo era una mentirosa, porque ningún hombre puede embarazar a una mujer en los sueños. Asume lo que hiciste, me dijo, sé una mujer, como yo, trágate las consecuencias del placer.

Yo le contesté que no había hecho nada. Lo que me pasó fue de verdad. Yo no tuve la culpa. Por eso ando ahora con el cuerpo agrandado como si tuviera el mundo entero aquí adentro. No llevo uno, sino dos hijos metidos encima.

Me lo dijo mi abuela. Fue en esos días en que comencé a sospechar. Todo porque empecé a sentir dos espinas de la corona de espinas dentro de mí, clavadas, hirviendo: me aprisionan, el dolor se convierte en temperatura, sus corazones laten al mismo ritmo que el mío, me agobian con su obsesión de hacerme madre.

Estoy segura de que mi abuela lo supo desde que me vio. Primero, me hizo acostarme en su colchón, me mandó a tragar siete sorbos de agua de sábila con hojitas de nomeolvides, y me sobó la barriga un largo

rato con sus dedos filosos llenos de miel. Sus uñas me hacían daño, me cortaban, y la sangre que brotaba de mis heridas se volvió dulce. Luego puso la oreja en mi ombligo y me dijo que estaba escuchando dos corazones latiendo dentro de mí. Eso dijo mi abuela con la voz de bruja que tiene.

Y desde entonces ellos se mueven y se pelean por ver quién agarra más espacio, más territorio dentro de mí, como si yo fuera una costra de tierra. La abuela me dijo también que ambos tendrían la misma cara, los mismos ojos idénticos, las mismas manos y pies, y que los dos saldrían llenos de ira, como si ya supieran lo que hay que hacer para sobrevivir en el barrio. No dijo más nada.

Cuando los siento moverse no sé qué hacer. El cuerpo no me hubiera crecido así si no hubiera sido por ese sueño. Todavía me acuerdo. No se me va borrar nunca de la cabeza. Todo estaba oscuro porque era de noche. Estaba acostada en mi cama. Empezaba a dormirme. Fue entonces cuando una sombra se atravesó en la ventana. Entró tan rápido, tan fugaz, que no me di cuenta de lo que estaba pasando. Me quedé desvanecida. Los ojos se me apagaron y dentro de mí todo se volvió negro. Así empezó el sueño. Escuché que el hombre me dijo en susurros que me amaba tanto, que nunca me abandonaría. Que siempre me tendría a mí, aferrada en sus brazos eternos. Que me acompañaría todos los días y todas las noches y que no me dejaría ni un solo momento de amar. Me tomó en sus brazos y comenzó a besarme y besarme. Sus labios paraban el tiempo recorriendo mi cuello. Me mordía

las orejas, me las apretaba fuerte con los dientes hasta el daño, sus manos se colaron por debajo de mi camisa de noche y me apretaron los pezones. Su voz rondaba en las penumbras y me decía te amo, Marianita Cepeda, y que nunca había amado a nadie tanto como a mí. Que toda la vida había esperado por tenerme así bien cerquita de él, de su boca y de su cuerpo. Luego la cama empezó a calentarse, todo comenzó a hervir en la búsqueda del punto de ebullición. Después sentí que empezaba a quemarme por dentro, el fuego me consumía, y me gustaba, me gustaba el fuego paralizador, su fuego de vida, el fuego derramado dentro de todas mis cavidades. Me dejó hecha cenizas para siempre. No lo sentí más. Los ojos se me prendieron y supe que me había despertado. Por eso no dudo que fue ese hombre el que me dejó adentro mis dos hijos clavados en el cuerpo.

Y todo por ese sueño. No sé cómo se lo voy a decir a mi mamá. Menos mal que en el ir y venir de los días, ella no se ha dado cuenta de mi estado. Yo le mentí, tuve que hacerlo. No le dije lo de mi sueño de fuego, ni lo que me había dicho la abuela, porque ella jamás se lo hubiera creído. Ella nunca me ha creído nada porque me odia. Le dije que había conseguido un trabajo, y que me pagarían más de lo que nunca nos habían pagado en la vida. Me creyó. Se le iluminaron los ojos, esos ojos de bruja que tiene, puntiagudos como los ojos de la abuela. Le dije también que tendría que salir de la casa antes de que ella se despertara y llegar siempre después de que ella estuviera durmiendo. Me creyó.

Se lo dije para que no me viera crecer el cuerpo con el paso de los días. No le importó que fuera peligroso salir y entrar del barrio a esas horas, porque con la vida como está, perdida, traer plata a la casa es lo único que una mujer debe pensar en hacer. Así he estado varios meses, saliendo y entrando sin que ella me vea, pero mis hijos han crecido tanto que ya no puedo seguir con mi estrategia de ocultamiento.

Cuando le mentí a mi mamá, me dijo que estaba emocionada porque traería más plata a la casa, y que con eso nos sacaríamos de encima muchos de los problemas que nos hacían pobre la vida. Lo peor es que salgo bien temprano y me quedo abajo en la plaza sin hacer nada hasta casi la medianoche. Al final siempre subo caminando, contando las escaleras, cuando la luna está tan alta en el cielo que parece dormida.

No sé qué va a decir mi mamá si lo que le llevo ahora no es plata, sino dos hijos creciéndome en el cuerpo por culpa de mi sueño. Tiene que creérselo porque es la verdad. Le voy a decir que yo no quería quedar así como estoy pero son cosas que pasan. A veces los sueños se hacen realidad. Yo creo que ella va a tener compasión de mí. Tiene que tenerla. Yo creo que no me va a echar de la casa, como me ha amenazado desde que nací. Siempre me decía lo mismo con su voz de bruja, una voz de bruja como la voz de la abuela. Me decía que nunca le diera más bocas que alimentar. Que si me hacían hijos la pasaríamos mal. Estaríamos ahorcadas. Le pediríamos al cielo que nos mandara algo de comer. Pagaríamos con sangre la tortura del hambre. Todo se iría para la boca de cuántos hijos del demonio me salieran del cuerpo.

Para estar segura, mi mamá le dijo a la abuela que me hiciera un trabajo, para que nadie en este mundo se pudiera enamorar de mí. Me arrancó la belleza del cuerpo. Eso fue hace tiempo. Lo hizo porque así ella se quedaría tranquila con el tormento que le rondaba en la cabeza de la posibilidad de mi embarazo.

Yo sigo diciendo que no es mi culpa. No hice más que soñar. Ella no me va a echar porque entonces nos quedaríamos mis hijos y yo sin una casa para vivir. Nos quedaríamos en la calle. No hay peor lugar que el abandono. Ella tiene que ayudarme. Tiene que hacerlo porque yo no hice nada y porque es mi madre. Yo no tengo la culpa de que ese hombre se me haya aparecido en los sueños, me haya desnudado con la mirada, me haya tocado con sus manos de noche, me haya penetrado tantas veces que la vida entera se me haya convertido en un sueño. Eso es lo que le voy a decir a mi mamá, para que ella se dé cuenta de que yo sí puedo decir la verdad. Para que entienda que no le miento. Para que no me mate.

Lo que me gustaría de verdad es volver a soñar con él. Así podría pedirle: sé un hombre de verdad, reconoce a tus hijos. Ayúdame. Así sea solamente para hacerlos crecer como personas de bien. Para que el hambre no los haga entrar en los malos caminos, como pasa siempre en estos cerros. Pero si no vuelvo a soñar con él, me voy a quedar sola, porque ningún hombre quiere alimentarles a una mujer los hijos de otro. El hambre de los hijos está muy cara. Ahora yo cargo dos. Dos pesos encima, dos cruces, dos espinas calientes de la corona de espinas. Lo

único que deseo es volver a soñar con él. Que se aparezca de nuevo como en esa noche caliente en la que me tocó y me haga olvidar mis dos penas con sus besos soñados. Cómo me gustaría sentir su lengua sobre mis pezones, bajando hasta mi ombligo, perdiéndose en mis puertas. Quiero que me vuelva a decir te amo. Acomodarme como hice esa vez, en los huecos que me hicieron sus brazos eternos. Irme con él para siempre y no volver más a este mundo. Ahora tengo que entrar y decirle a mi mamá la verdad de todo lo que me ha sucedido. Tengo que esperar a que a mis pies se les escurra el miedo y empiecen a caminar para salir de esto de una vez por todas. Yo conozco a mi mamá, conozco a fondo sus ojos de bruja. Por eso lo digo y lo vuelvo a repetir. Pobre de mí y de mis dos hijos.

La tierra toda exige los cimientos, el arraigo, sembrar raíces, convertir las piedras fundacionales en el pensamiento obsesivo heredado por las generaciones siguientes: la casa hecha con las manos y la sangre es la patria de los pobres. Cuatro paredes y un techo contienen la esperanza de la ciudad entera, quizás del mundo inmenso. Piensan: en la casa están los ríos, el descanso, la comida caliente, cuando hay; la mujer expectativa, los millones de hijos pululando en la oscuridad de la habitación simple: la cama es el aseo, es la cocina, es la puerta, es la ventana.

Necesario el olvido del viejo mundo, imposibilitado por la situación muro, los pobres tuvieron que emular el error pasado por no poder soñar otras realidades: arriba, en los cerros, imitaron la vida anterior del campo con el ganado robado o adquirido que pasta la tierra, consume y es consumido; los cultivos muestran la vuelta a la antigua flacidez: son ahora muchas casas, en línea, juntas buscando el calor humano, hechas de madera y techos de palma, revestidas de tierra. La tierra sirvienta de todos: mezclada con agua y cenizas sirve para recubrir paredes, cocinar, y desechar con dignidad el olor a mierda.

La planicie se alza sobre la ciudad que está en el punto crítico del comienzo. En el clímax de la modernidad Caracas se mantiene alejada de los altos edificios, las torres, es una pequeña ciudad atrasada. Y los pobres pueden ver, miran la transformación del siglo frente a sus ojos, el lento tropezar del pasado con el futuro.

Hoy se establece la calma, el sosiego. El aire fluye y silba a través de los poros de las casas, el calor se refresca: sudor sobre sudor. Un hombre llamado Felipe Toledo, signo del primer pobre ve la ciudad y se pregunta: ¿hacia dónde vas? ¿Hasta dónde podrías llegar en tu cúmulo de personas, de techos rojos? ¿Qué va a pasar cuando todos los pobres fundemos ciudades en ciudades y los cerros se conviertan en permanencias? La distancia le permite ver que no son ellos los únicos pobres sembrados: allá lejos, muy lejos, el humo del fuego humano muestra sus delgadas líneas en el aire. La reconquista comenzó en toda la ciudad simultáneamente. Cerro por cerro el asedio clandestino fue

indetenible: llegar, romper, construir, fundar: la miseria despiadada llegó a Caracas en el bolsillo vacío de los pobres.

La mente de Felipe Toledo forjó esta reflexión violentada en la visión de la ciudad: solo como estaba, un pobre hombre desierto, ¿podría alguna vez tener acceso a la tierra de más abajo? quisiera caminar las aceras del centro todavía empedradas, o poseer el verdor ciego de las ceibas, o comprar con el trabajo, o que después de muchos años de esfuerzo otros pobres trabajen para su casa nueva o su negocio: tener algo, lo que sea: piensa que detrás de él está la casa que construyó con sus propias manos, con el esfuerzo del filo y del brazo y de la espalda rota levantando el peso del barro húmedo y las manos astilladas de creación solitaria y primitiva. Voltea para encontrarse con la imagen de su rancho minúsculo pero enorme, inmenso en toda la plenitud creadora del varón que hace.

Una mujer llamada Carmen se detiene cerca de Felipe Toledo. Se conocen, en el viaje tortuoso hacia el edén de la ciudad se sentaron juntos, muy juntos. Se rozaron las manos en el vaivén del transporte. Voltean. Se indagan, tú eres pobre, yo soy pobre. Revisan la ciudad que ha quedado rezagada en los dos pares de ojos. Después de tanto esfuerzo la casa les servirá como nido y escondite. Ambos están solos pero podrían no estarlo: podrían calentarse los pechos, morderse los labios. Ella dejará la casa de sus padres para vivir con este hombre tierno que se ha fijado en ella. Las mujeres son fértiles. Los hombres son fértiles.

Carmen es una mujer. Felipe Toledo un hombre. La pobreza es tierra fértil.

La puerta es de madera. Es recubrimiento de tablas unidas con fuertes cuerdas de fibra natural. Pase usted, esta es mi casa. Adentro la oscuridad proporciona al ambiente un ámbito de insolente ruralidad. No ha llegado todavía la luz eléctrica. Llegará a paso lento, en muchos años. Por ahora la antigüedad se propaga por el cielo del cerro, por la única vereda que después de la conquista los pobres han colonizado. Las casas, las treinta casas de tierra, la senda, el abismo enorme del cerro cayendo en pendiente hasta abajo: la frontera prohibida entre la urbanidad recién hecha y la réplica del pueblo, de lo único que saben hacer los pobres: poblar, vivir, comer y morir.

No hay que esperar por la luz para enamorarse. Un minúsculo fuego permite el paso del silencio al café. Hablan, se acercan. 'Tú eres pobre, yo soy pobre. Estás solo, yo también. Una mujer y un hombre juntos, muy juntos. Piensan, acostados en la cama, viendo los insectos transcurrir en el techo de tierra apelmazada: sí, tú y yo, estar juntos para compartirnos la pobreza y el cuerpo.

En mi familia éramos muchos pero ahora quedamos pocos. Mataron a mi hermano Raulito mientras subíamos a la casa en la camioneta de siempre. La camioneta iba subiendo y bajando entre los caminos y las flores y parándose a cada rato entre la basura para que

salieran los pasajeros. Veníamos de trabajar todo el día, así que los ojos nos quemaban del cansancio que teníamos adentro. Ya era tarde, bien entrada la noche.

En una de las veces que se paró la camioneta, cerca de la bodega de mi tío Joselo, se subieron dos tipos: uno era más grande, el otro era apenas un niño. Nuestro miedo era mucho. Todos queríamos seguir viviendo, pero en ese momento, cuando los vimos sentarse junto a la puerta, no estábamos tan seguros de llegar vivos a ninguna parte. Lo que sí estábamos seguros es de la muerte, porque sus ojos lo decían todo. Se les podían ver adentro las llamas del infierno. Yo vi cómo se les movían en los ojos, esas llamas todas rojas y quemadas. Pero Raulito no. Él no se había dado cuenta de nada. Siempre tenía la cabeza en otro lado. No se fijó cuando nos apuntaron a todos.

La camioneta se quedó parada en seco, porque en lo que sacaron las pistolas, comenzó a oler a la muerte. Me imagino que el chofer se dio cuenta de lo que pasaba por el olor y por eso paró la camioneta. Raulito no se dio cuenta de nada. Yo lo miraba con la esquina de los ojos, y se veía que la mirada la tenía perdida en alguna parte a la cual nadie podía tener acceso. Tal vez sabía que dos minutos después moriría, y recordaba todos los momentos felices que pasamos juntos.

El olor a pistola quemada no dejaba respirar. No decíamos nada porque todos estábamos pendientes de sacarle un poco de aire al olor a muerto que llenaba la camioneta. Pero no había aire en ninguna parte.

Así estuvimos rato, callados, esperando el próximo movimiento de la muerte.

Y pasó.

Yo no sé por qué Raulito, sentado junto a la puerta, la abrió y salió corriendo para la calle, con las pistolas y los ojos quemados apuntando nuestra vida y definiendo si íbamos o no a seguir respirando. No era la primera vez que nos robaban, así que no sé de dónde le salió la idea a Raulito de hacer una gracia de tal magnitud. Uno de los tipos empezó a gritarle para que volviera, porque todavía no lo había matado, pero como las piernas de mi hermano se lo llevaban cada vez más lejos, el tipo sacó la pistola por la puerta, y cuando ya se había despejado el ruido del tiro, el pobre de mi hermano estaba muerto sobre la calle. No hubo gritos ni nada, después de todo es la costumbre. Solamente se oyó caer el polvo que llenaba el aire allá donde había quedado tirado el cuerpo de mi hermano.

Les pregunté si me dejaban ir para recoger a Raulito. Ellos, en su bendita misericordia, me dejaron bajarme de la camioneta después de robarme lo poco que tenía. Se los agradezco de todo corazón, porque si no Raulito se hubiera quedado tirado en el frío.

Al pobre le dieron justo en la cabeza así que no sufrió mucho. Qué bueno que murió de una vez y no tuvo tiempo para sufrir. No me quedó de otra que cargarlo hasta la casa. Menos mal que no quedaba muy lejos de donde lo mataron. Me lo monté sobre el hombro, con las piernas al

frente y sus brazos colgando detrás de mí, moviéndose en el aire frío de la noche.

Cuando llegué a la casa, mi papá puso a Raulito debajo del mango para velarlo. Encendió unas luces, y vimos alrededor de nosotros, el silencio de la noche tranquila. Las estrellas llenaban el cielo y el aire movía de aquí para allá unas nubes hinchadas de lluvia.

Ángela, mi mamá, lo lloró mientras mi papá la acompañaba. Nunca me preguntaron nada. Ni cómo, ni por qué. Mi mamá se dedicó solamente a llorar y a llorar y a llorarlo, y sus ojos no se cansaron nunca de llorar. Raulito nos daba buena plata para la familia. Él nos mantenía. Lo que yo gano es una miseria y no nos alcanza ni para el hambre. Mi hermano se la pasaba trabajando, porque mi papá le dijo un día que ya no le quedaban fuerzas para hacer nada. Había trabajado toda su vida para sacarnos adelante, sacarnos del barrio, pero no le habían alcanzado ni el tiempo ni las fuerzas. Por eso se puso feliz cuando a Raulito le salió un trabajo en que le pagaban lo suficiente para vivir. Mi papá sintió la esperanza de que Raulito nos sacaría adelante porque él no lo pudo hacer. Ese día mi papá se puso feliz como nunca antes lo había visto.

Estábamos todos sentados al lado de nuestro muerto, en la tierra, viéndolo y llorando. Mi mamá rezaba. Las palabras le salían de la boca hechas de lágrimas y se le escapaban de los labios como un chorro. Mi papá tenía la cara roja y no lloraba, y se escuchaba el aire saliendo de su nariz, como si en algún momento se le fueran a salir las lágrimas también.

En la madrugada vinieron unas amigas, Josefina y Emilia, y se sentaron con nosotros. La luna había empezado a brillar mucho más, toda ella redonda y prendida en el cielo, y le llenó los ojos de luz a mi hermano. Mi mamá se acercó y le cerró los ojos para no ver más la vida que ya se le había ido.

Con los ojos aguados y los labios estrechos, Josefina y mamá rezaron bajito un montón de palabras, en un murmullo perdido lentamente en el viento frío de la noche. Las velitas que tenían en las manos se acabaron entre todos los rezos hasta que no quedó ninguna llama prendida. Así estuvimos toda la noche, sentados junto a Raulito, diciéndoles plegarias a los santos para ver si podíamos ayudar a que su alma tuviera algún descanso.

Cuando amaneció lo llevamos a enterrar. Aunque hacía calor y el sol quemaba desde arriba, parecía que iba a llover, porque las nubes de la noche empezaron a ponerse cada vez más negras y más hinchadas de lluvia. Menos mal que no llovió.

Mi hermana llegó cuando estábamos saliendo. Nos ayudó a cargar a Raulito hasta que llegamos aquí y tuvo la idea de taparlo con una sábana vieja para que no se nos recalentara el difunto.

Así salimos, con nuestro muerto sobre los hombros, apretados con el calor mientras veníamos al cementerio del barrio. Yo trataba de sacarle conversación a mi hermana, La Mortal, mientras caminábamos, pero no me decía nada. Le decían La Mortal porque con la mirada condenaba a todos los hombres a rendirse a sus pies. Los enamoraba hasta el fin pero

les dejaba vivos los ojos, condenándolos a mirarla solamente a ella por el resto de sus vidas. Sus ojos siempre le trajeron muchos problemas.

Caminamos entre las tumbas, todas rotas, con sus pedacitos regados entre el gamelote. Mi mamá lloraba solitaria al final de la fila; mi papá, ni siquiera eso. Estaría pensando que todavía le quedábamos La Mortal y yo. Por esa razón debe ser que no lloraba, porque estaría tranquilo pensando “todavía me quedan dos hijos”.

Estuvimos horas buscando algún lugar para enterrarlo. Pero nada. Ni un espacio libre. Ni una lomita seca donde abrir un hueco. Todas las lomas llenas de tumbas, de arriba a abajo, en todos lados.

En el calor, Raulito se sentía más pesado con cada paso que dábamos. No nos quedó de otra que arrimarnos cerca de un tal Felipe Toledo y abrir un huequito lo más cerca de él, rozándole la urna.

Estuvimos dos horas sacando tierra. La Mortal y mi mamá rezaron cada minuto. Nos veían abrir el hueco y lloraban, luego rezaban un poco más y volvían a llorar. No teníamos plata para que el padre Torres nos despidiera a nuestro muerto, así que solamente estábamos nosotros, mi hermano y la tierra. Era mediodía cuando empezamos a bajarlo.

Pero en pleno entierro no podía pasarnos una cosa peor a la que nos pasó.

Cuando nos dispararon, nos lanzamos al suelo con las manos sobre la cabeza para que no nos mataran las balas.

Que en paz descansa mi hermana.

No sé por qué lo hicieron pero me imagino para acabar con La Mortal; tal vez alguno de los hombres condenados a sus ojos querían zafarse de la maldición.

Menos mal que no habíamos terminado de enterrar a Raulito, así pudimos darle descanso también a mi hermana, y ahorrarnos tener que buscar otro sitio donde enterrarla. La pusimos debajo de Raulito, para que él la protegiera de sus ojos. Así a ella nunca más se le ocurriría salir a desgraciarse la vida condenando a los hombres con la mirada. Lo bueno es que así como están, los dos se acompañan en la tumba.

Cuando regresamos a la casa, mi mamá les prendió una velita a mis hermanos y les rezó para que no se quedaran rondando en el purgatorio por culpa de sus pecados. Le pidió con todas sus fuerzas al Ánima sola y prometió ir al altar del Santo Niño de los Rencores a buscar venganza. En medio de los rezos, cuando las velitas estaban consumidas por la mitad, nos llamó la tía Yolanda para decirnos que habían matado al tío Joselo, el hermano de mi papá. Nos dijo que lo dejaron ahí, en frente de la bodega, lleno de huecos como si fuera un cielo lleno de estrellas. Lo dejaron como si una noche estrellada se hubiera metido dentro de mi tío.

Yo no me lo quiero imaginar.

No sé en qué parte del cementerio lo enterraron, pero espero que no haya sido muy lejos de aquí. Nos ahorrariamos muchas penas cuando vengamos a visitarlo.

Pero eso no fue lo peor.

Ayer, en el medio de la noche, la puerta sonó como si la hubieran golpeado. Yo me desperté asustado, la oscuridad da mucho miedo. La tierra del suelo estaba fría. Todo estaba en silencio. No me atreví a prender el bombillo, por si acaso tenía que esconderme en la oscuridad. Mi mamá dormía tranquila y bajo los párpados, los ojos se le movían como si hubiera estado metida en algún sueño lejano de los terrenos de la muerte.

Cuando llegué a la puerta, le puse la oreja encima para ver si escuchaba algo. Nada. Entonces otro golpe volvió a mover la puerta. Me asusté mucho porque oí la respiración de mi papá. Lo supe porque toda la vida él ha respirado fuerte, como si el aire le pesara. Después me di cuenta de que no era su respiración, sino su llanto. Fue la primera y la última vez que lo oí llorar en mi vida. Abrí la puerta y mi papá cayó muerto sobre mis pies.

Lo mató una bala.

Así, como siempre le ha pasado a mi familia. Como ya estamos acostumbrados a que nos pase.

Acabamos de enterrar a mi papá encima de Raulito y de La Mortal. Les puse flores a todos, para que sepan que no están solos en la muerte. Para que sepan que estamos aquí y los acompañamos. Son flores blancas, brillantes bajo el sol. Sus pétalos se mueven con el viento.

Mi mamá ha estado rezando todo el día. Rezar es lo único que le queda. Lleva los labios apretados y reza con los ojos. Y ellos le lloran, pero sigue rezando, como si sus plegarias fueran a resucitar a Raulito, a La Mortal

y a mi papá. Yo no tengo esperanza. La miro y veo caer sus lágrimas sobre la tierra y sobre las flores. Son unas lágrimas gordas y espesas que parecen interminables. Yo creo que piensa “no hay nada que nos salve” y por eso llora. Yo pienso eso también.

Ahora me tengo que encargar de mi mamá, de cuidarla para que no tenga que venir a enterrarla aquí encima de todos los muertos de su vida. De cuidarla para que no me la maten.

Ella sigue llorando. Lloro y lloro y lloro y no hace más que llorar.

Lejos, siguen llegando. La gente pasa lentamente con sus muertos en los hombros como hicimos nosotros, buscando algún sitio donde dejarlos descansar para siempre. Siguen llegando y son muchos. Espero encuentren algún lugar. En este cementerio no cabe otra alma.

No entiendo por qué nos matan.

No sé qué hicimos para que dios nos abandonara, nos diera la espalda y nos dejara aquí sueltos, en este cerro, para que los pobres nos las arreglemos como podamos.

No sé qué hicimos para que dios nos hiciera esto.

Eso es lo que yo me pregunto mientras mi mamá llora sobre las flores.

¿Qué hicimos, eh?

Poco a poco, con las décadas desvistiéndose de los años, los cerros ampliaron el panorama de la ciudad. Los de abajo, inmersos en el valle,

comenzaron a notar las acumulaciones de casas rotas en los cerros. Hay que cumplir la promesa del espacio: explotar cada centímetro con una casa o un tanque de agua o una reja protectora. La ciudad en la ciudad comenzó a florecer en su esplendor del desorden: la capilla del padre Torres apareció en el medio de una casa, de pronto, como nacida de la tierra. El abasto fundado por extranjeros formalizó el cambio económico. Las tablas de madera dieron paso al bloque de concreto. De esa manera, la imitación del pueblo antiguo desapareció a través de las raíces encauzadas. El río Guaire fue desviado de su rumbo original mucho tiempo atrás para dar paso a las riberas de concreto y al agua de mierda que desterró las plantaciones; el ganado fue descuartizado y consumido y sin que nadie se diera cuenta, miles de pobres comenzaron a bajar a la ciudad en busca de trabajo.

Esparcidos por Caracas, caminantes, atrapados en el deseo de la ciudad, las mujeres se ofrecen en cada quinta, en cada inmensa mansión, en cada oficina para limpiar el piso, lavar los baños, asear a los niños y preparar los almuerzos. Pagos semanales: el dinero se esfuma en comida pero estamos vivos. Eso es lo que importa. Ellas regresan de noche o a veces no regresan: tengo un trabajo de tiempo completo en casa de la señora X, le plancho la ropa, le limpio el bidet, descascaro sus nueces. El hombre, dedicado a la construcción, con las manos adoloridas, regresa tarde en la noche para encontrar sus millones de hijos pequeños criados por la calle esperando la comida. Bocas que alimentar. Dinero que producir. Las entradas extras nos regalan un techo nuevo, sustituir

las tablas, colocar un piso: ahorrar para hacer de la casa el paraíso deseado.

La colonia está establecida, tiene identidad, cada hombre ama su casa como cada hombre ama la tierra. Relación simbiótica: hacemos la tierra útil, la poblamos, la vivimos, mientras ella nos regala la vida. Lo que Felipe Toledo vio a lo lejos ha cambiado: en su utilidad la tierra poblada de los cerros comienza a llenarse. La mitad de una montaña atestada, la otra mitad libre. Sabemos que cada rincón virgen es un rincón tomado a la fuerza. Los conquistadores originales se han reproducido: los hijos del barrio existen y tendrán otros hijos. El barrio comienza a extenderse. El río Guaire a lo lejos, hiede. Al ir a trabajar Felipe y Carmen lo han visto. Miraron el agua marrón, la cloaca con riberas, las garzas haciendo vida entre los excrementos y la basura como novias del río putrefacto. Cuando ellos vuelvan del trabajo se darán cuenta del crecimiento desenfrenado: sobre su casa han aparecido los cimientos de otra casa, y sobre el techo de aquélla, otra. El barrio se extenderá con fiereza hasta que el último pedazo de la tierra de Caracas sea conquistada y puesta a funcionar para los pobres humanos.

La luna pasó toda la noche rota sobre el cielo y se murió sobre el horizonte cuando empezó a amanecer. Unas nubes oscuras hinchadas de lluvia estaban desparramadas sobre el cielo gris. El sol no se veía por ninguna parte. Solo unas pequeñas virutas de luz, caídas de la luna,

volaban de aquí para allá, iluminando lo poco que dejaba iluminar su resplandor. Las gotas derramadas desaparecían cuando se encontraban con el agua del río.

Había llovido algunas veces esa madrugada. En el día anterior, y en el de más atrás, también había llovido. Llovió sin parar hasta que el río se quedó sin orillas. El agua subió por las barrancas, se desbordó en la oscuridad y se tragó las calles hasta que no quedó más que agua sobre la tierra. Después la corriente fue arrancando uno a uno los pedazos de las casas que estaban construidas por donde empieza a subir el cerro.

– ¿Adónde vamos?

Y luego se escuchó:

– No sé.

Entonces se oyó entre la lluvia:

– ¿Este río adónde llega?

Y se volvió a escuchar:

– Te dije que no sé.

Estaban los dos, flotando en el medio del río, agarrados al tronco verde de un plátano que el agua había arrancado de la tierra. El brazo de uno de ellos se cruzaba por encima del hombro de su hermano.

Manuel tenía los ojos caídos sobre el agua. José los tenía cerrados.

Abrió los ojos y vio toda la inundación derramada frente a él. Con la mano libre se apartó la lluvia, pero las gotas le volvieron a empañar la mirada. Vio pasar la corriente del río; esa agua turbia del color de la tierra que se deslizaba a su lado arrastrándose en silencio.

– Por culpa de él estamos aquí.

No se escuchó más nada.

Las palabras se quedaron flotando en la lluvia, en esas gotas de lágrimas que sonaban como un sollozo junto al agua del río.

Días antes, en una de aquellas tardes cálidas antes de la inundación, José se había acercado a Manuel, y en una sola ráfaga de aire le había hecho una promesa: *“No te preocupes; nos vamos de aquí, hermanito. Ya vas a ver. Solamente espera. La vida está difícil pero abí voy. Estoy ahorrando plata para los dos. Para irnos de este cerro y no volver nunca más. Te lo juro. Tengo que cuidarte. Tengo que cuidarte porque el mundo es malo y porque eres mi hermano y yo soy el tuyo. De aquí nos vamos. Te lo prometo. Que no se te olvide.”*

Pero José no se acordaba ahora de su promesa.

El agua era opaca, tan oscura que maltrataba los ojos y reverberaba por debajo de la superficie, haciendo unos remolinos que se tragaban todo en un espiral.

Iban a la deriva. El tronco flotaba en el agua, y parecía no moverse, pero sí se movía. La corriente se lo llevaba lentamente de un lado a otro, donde antes habían estado las orillas del río que ya no estaban.

– Nunca se lo voy a perdonar, se escuchó.

Los remolinos se movían cerca de ellos y hacían un sonido oscuro y revuelto, el sonido de la lluvia se rompía como un rugido.

– ¿Qué importa ahora? dijo Manuel.

– Él es lo peor que nos pudo pasar, dijo su hermano.

Manuel miró a José con los ojos tristes y le dijo:

– Pero él nos hizo venir al mundo.

– ¿Y hay que agradecerle por eso? contestó su hermano. Esto no es vida. Él nos prometió que siempre iba a estar con nosotros y que nunca nos iba a dejar solos. Puras mentiras decía él.

Empezó a llover más fuerte. El río empezó a encabritarse, la corriente comenzó a moverse más rápido. Sentían cómo el río se atragantaba de agua; lo podían escuchar hinchándose la rabia a borbotones. La voz de José se desperdigaba en el aire, en ese aire lleno del olor podrido del río. Manuel escuchaba a su hermano, lejos, como si ahora él estuviese hablando desde donde había estado rota la luna.

El cielo estaba apagado.

– Abre los ojos, siguió hablando José. Nos quedamos sin nada, flotando en este maldito río de mierda que no va para ninguna parte. Todo es culpa de él.

Entre las nubes apareció por un momento un pedazo de cielo rojo. Se iluminaron las casas amontonadas que se levantaban en el cerro desde las orillas perdidas del río. El viento sopló alto y frío y las nubes se volvieron a juntar y el cielo se quedó apagado otra vez. El sol estaba perdido y no se veía por ninguna parte.

– Menos mal que la vida le cobró lo que nos hizo. Gracias a dios que se lo tragó el río y lo mató. Se lo llevó con todo y casa. Yo lo vi: vi cómo sus ojos se le llenaban de agua y se volvían blancos y se les iba la vida; vi cómo sus brazos luchaban contra el agua por aferrarse a algo, pero no

había nada que lo salvara. Luego se hundió, se fue hasta abajo y no lo vi más. Me gustó mucho ver su muerte.

Todavía se escuchaba rugir a los remolinos.

– Al final todos pagamos por las promesas que no hemos cumplido.

Pero Manuel no escuchó a su hermano. Aquel lamento de la lluvia no lo dejaba escuchar.

El tronco había dado una vuelta y Manuel pudo ver cómo el río se extendía delante de ellos, cortando la vista como una cicatriz.

– ¿Cuánto falta? preguntó, con la boca cerca del oído de su hermano.

– No sé. Ten fe.

– ¿En qué?

– No sé.

El río se molestó mucho más, y la lluvia le iba dejando adentro las gotas de su tristeza.

– Aquí no hay orillas, ni gente, ni nada. Adelante no se ve más que agua. ¿Quién nos va a ayudar a salir?

Susurraba. La lluvia empezó a caer con más fuerza todavía. Se escuchó tronar el cielo y el agua del río se estremeció como si la hubiesen removido. Manuel sintió una ráfaga de viento maloliente enfriar sus ojos. Se apretó más cerca de su hermano y esperó sentir algún calor. No sintió nada.

Luego se escuchó:

– Su promesa nos sacará del río, Manuel. A que nuestro padre, aunque esté muerto, cumpla lo que nos prometió.

El barrio es la música, las puertas abiertas, las celebraciones humanas; el barrio es el olor de la comida, el plátano frito; las mujeres hermosas y los partos, las mujeres solitarias viviendo en su dignidad conquistada y terrible; el barrio son los hombres fuertes contenidos en el trabajo y el tedio del encerramiento: guardarse antes de que caiga la noche, vivir aunque nada incite a la vida. El barrio es el sonido de los pasos por las escaleras, de las motos subiendo las calles empinadas, de las risas; el barrio es la esperanza amordazada en el fondo de la caja: el barrio es un poema, una vida, la muerte y el laberinto.

Hoy se celebra una boda. Toda la planicie ha sido invitada: las mujeres se han puesto sus mejores vestidos, los hombres arreglados para la ocasión asisten a la capilla del padre Torres. Felipe Toledo llegó temprano y espera a la novia. La capilla está abarrotada de pobres felices. La tierra toda permite que desde afuera los rezagados puedan mirar el casamiento apretados en sus cuerpos. Las calles se han ido estrechando con el tiempo. Lo que antes fueran caminos abiertos bajo el sol se han convertido en callejuelas, esquinas, rompimiento de casa sobre casa, recodos y escondites.

Algunos invitados trajeron cuatros y guitarras, maracas y panderetas. La capilla está decorada con ribetes blancos, el olor del incienso de boda explota entre el altar y los asientos ocupados. Felipe Toledo mira la entrada de la capilla en espera de la novia. Carmen viene en camino, cortejada por mujeres. Cuando se acerca la novia los músicos

son avisados de empezar a tocar. La marcha festiva establece el paso de la enamorada. Un pie, otro pie, las notas musicales se enredan entre sus piernas suaves. Vestida de blanco, sin cola, con velo, Carmen anuncia su llegada mostrando la belleza de su cuerpo. La tela se entalla perfectamente a su figura, resaltan sus pechos jóvenes, todavía no masticados por los hijos.

Felipe Toledo sonríe, la vida es buena, piensa, Felipe Toledo brilla en el máximo esplendor de un hombre enamorado. Ahora están frente a frente, ella velada, él en pose de descubrimiento: el barrio es celebración de la vida, rito de paso fundamental. Carmen, para asombro de todos, sube al altar y le pronuncia unas palabras que sólo el ajeno Felipe tiene el derecho de escuchar. El padre Torres sonríe por la curiosidad de la oración. Felipe Toledo sonríe también. No lo diré, piensa el cura. Las mujeres sonrojan al mundo todos los días a las cinco de la tarde, piensa Felipe. El sol, afuera, está en su poder rojizo: el barrio contempla en sus techos de zinc y sus bloques de concreto el derramamiento rojo de la luz.

La ceremonia comienza: el padre Torres pronuncia las palabras, obvia las que no se pueden decir. Felipe desvela a Carmen y el beso es profundo y líquido. El aplauso inunda de alegría toda la planicie desplazada hacia arriba. Tomados de la mano salen de la capilla y la noche ha caído, es mejor que todos se devuelvan a sus casas. Hay un temor, un rumor de la noche entre los habitantes del barrio: la oscuridad esconde la muerte, ha sucedido hace días, un muerto, otro muerto.

Sin embargo, el barrio se encierra y celebra. La cerveza fluye, dilata amistades, amplía las conversaciones en celebración de la boda. Cuando se van todos, en su peligro la madrugada comienza el ardor: ella y él, en la cama, juntos, muy juntos; ella debate su cuerpo para quitarse el vestido de novia, él la ayuda con pasos lentos, recorriendo la caída de la tela para desnudarla y mostrar los senos ya conocidos. La lengua felicita la punta de los pezones, duros como el concreto. Siguen, felices, la noche extiende el tiempo, la dureza insertada en la cavidad expectativa abre la boca de Carmen y le cierra los ojos. El barrio, afuera, está abierto en las puertas de la oscuridad: cada hombre y cada mujer descansa de la vida. Felipe y Carmen pasarán toda la noche recordándole al cerro que el cuerpo destruye la pobreza, venga la injusticia, dibuja el barrio de colores.

Ahora que estamos aquí, no nos queda otra cosa que seguir caminando. Hemos andado toda la mañana, viendo la ciudad cambiar de color, de formas, de sonidos. Nuestros pasos rompen y llenan el aire del polvo caliente del asfalto: las pisadas rotas nos han alejado cada vez más del barrio, del antiguo infierno, de la antigua vida sangrante, de ser una familia de pobres. Así nos han traído los pies, hasta llegar aquí, a esta subida que llega hasta el cielo prometido, entre las casas enormes de varios pisos, con sus rejas y sus carros y sus árboles llenos de flores y frutas.

No huele a balas disparadas.

No huele a tierra y a sangre.

No huele a muertos tristes.

Viviremos allá, en el mundo nuevo perfeccionado para nosotros por la gran misericordia de nuestro gobierno salvador: una nueva existencia se nos abre adelante como un camino.

Vamos unos detrás de otros. Somos muchos. Caminamos todos bajo este calor sin aire que nos hace sudar pero no nos refresca el calor. Es la sensación de la felicidad. Mi cuerpo hierve del sabor imaginado de las promesas. No nos detendremos hasta llegar.

Llevamos nuestras pertenencias sobre los hombros porque cuando se nos cayó la casa, hace ya muchos días, tuvimos que recoger lo poco que nos quedó, y montarnos lo que pudimos en la espalda, para recomenzar con las ruinas del pasado.

Gabriel, mi marido, carga lo más pesado. Va adelante, separado de nosotros. Quiere ver nuestro porvenir antes de que lleguemos a verlo. Con las dos manos lleva cargada la cruz del señor, apoyada sobre el hombro derecho. Es una cruz grande y pesada. Me la regaló mi abuelo, hace años, y me dijo que nunca la apartara de mis brazos, porque según le habían contado a él, es una cruz milagrosa. Debe ser verdad, porque una de las pocas cosas que quedó intacta luego del derrumbe fueron los dos troncos, con su cristo sangrante y triste clavado a la madera sin poderse nunca desclavar. Le dije a Gabriel que la recogiera, para que nos cuidara y nos ayudara con su fuerte providencia.

Detrás de él va la abuela, mi madre. No carga nada. No la dejamos. En su vejez de siglos, sus huesos ya no soportan ni el peso de su propio cuerpo. Sus brazos, sin carne, parecen las ramas de un árbol enfermo, todas secas y sin flores amarillas. Como el araguaney de San Judas, una vez al año, la abuela florece, recuerda cada detalle de su vida pasada y llora sus errores durante una noche. Al día siguiente vuelve a ser la misma mujer enterrada por el tiempo. Tiene la cabeza coronada por un cabello largo, blanco, que lleva arrastrando desde el día de su viudez. Desde aquí se puede ver, allá adelante, caminando después de Gabriel, su cabello izado en el aire como una bandera.

Todavía no nos acabamos.

Eunice y María, mis hermanas, cargan con sus hijos. Nunca he podido contarlos. Cada vez que abro los ojos, luego de haber parpadeado, pareciera que le salieran nuevos del cuerpo, como si ellas fueran racimos de plátanos y ellos retoños que crecen arriba de las ramas, y cuelgan libres, hasta que se ponen amarillos y se caen en la tierra. A pesar de cargar con sus hijos, las dos van solas. Llevan la soledad en la frente y en las piernas. Antes tenían hombres, pero después de su euforia maternal, los dos se fueron, lejos, a un lugar donde no tuvieran tantas bocas que alimentar.

Se quedaron solas aquella noche sin luna en la que se fueron sus hombres. Yo me estaba preparando para dormir. Se acercaron a mí para lamentarse:

– Él se fue.

- El mío también.
- Nos quedamos solas.
- Solas como una luna sola.
- Solas para siempre, como la madre del Santo Niño.
- Enterradas en vida, solas.
- Sin un hombre para besar.
- Sin unos labios para ver el mundo mejor.
- Busquen otros, les dije, en el barrio no hay escasez de hombres.
- No podemos.
- No podemos porque somos mujeres con hijos.
- No podemos, estamos muertas sin hombres.
- Hay más hombres en el barrio, insistí.
- No como ellos.
- No con esas manos calientes.
- No con sus corazones adultos.
- Estamos acostumbradas a sus cuerpos.
- A sus cuerpos de hombre.
- Tan nuestros.
- Tan perfectos.
- Tan violentos.
- Tan calientes.
- Las dejaron solas, les dije.
- Por necesidad.
- Nunca nos harían eso a propósito.

- No a nosotras.
- Nos amaban.
- El amor tiene ojos de sacrificio.
- Ver tanto hijo repetido duele.
- No soportaron el dolor por ser hombres.
- No es culpa de ellos.
- Fuimos nosotras, somos flores.
- Flores fértiles.
- Demasiado fértiles.
- Solo con tocarnos quedan engendrados hijos, hijos, hijos.
- Muchos hijos.
- Fábricas, somos fábricas de hijos.
- Todos salen iguales, tristes.
- Con los ojos llorones.
- Y las bocas dolidas.
- Y la carne marrón, como la tierra.
- A cada rato nos salen del cuerpo.
- Nos embarazan con besos.
- Con abrazos.
- Nos fecunda un hombre durmiendo a nuestro lado.
- Dormir en la misma cama nos hace madres de más hijos.
- Con las miradas también nos fecundan.
- Antes de su partida me miró y sentí una patada en el vientre.
- Es verdad, mi mano sintió el movimiento de tu hijo nuevo.

- Se fueron.
- Sí, se fueron.
- Es nuestra culpa.
- Tantos son. Tantos hijos tenemos. Se nos acabaron los nombres.
- No hay más combinaciones.
- Habría que enumerarlos. Escribirles en la frente el número.
- O matarlos.
- A cada uno torcerle el cuello.
- A cada uno ahogarlo mientras duerme.
- Darles de comer tierra envenenada.
- Lanzarlos por el abismo del barrio, sin alas.
- Darlos como ofrenda al Santo Niño de los Rencores.
- Colocarlos entre las rosas, que se los coman las espinas.
- Engendrarlos y matarlos.
- De una vez.
- Así no sabrán qué es la vida.
- No se darán cuenta de su existencia en el mundo.
- Menos dolor de llanto.
- Así volverían los hombres.
- Nos tocarían las piernas como cuerdas de cuatro.
- Apretarían nuestros pezones masticados.
- Sus labios, nuestros labios.
- Es la hora. Acabemos con ellos, los hijos.
- No se puede, son muchos.

- Enterrar hijos es muy caro. Son muchos.
- Muchos, pero ningún hombre.
- Si estuviéramos muertas, nuestra urna se llenaría de hijos cada mes.
- Cada semana.
- Cada día.
- Y nos duele.
- Nos duele. Estamos hartas.
- De hijos.
- No de hombres.
- Por eso dolemos tanto.
- ¿Quién nos va a querer con esta jauría que tenemos entre las piernas?, dijeron las dos, al mismo tiempo. Lloraron.

Yo me quedé callada porque no supe qué contestarles.

Desde ese entonces, desde que sus maridos se largaron, solamente hemos sido nosotros; Eunice y María, cada una con sus niños infinitos entre las piernas, Gabriel, la abuela y yo. Nos quedaremos así, todos caminando como estamos, subiendo por esta colina que parece que nunca se acaba, cada vez más empinada, hasta llegar arriba y doblar hacia abajo, donde está lo que nos prometieron. Yo cargo la esperanza de esa promesa.

– ¿Cuánto falta? pregunta una voz que sale de entre las piernas de María, ya no quiero caminar. ¿Y si nos quedamos aquí, mamá? La gente de verdad vive muy bien. Yo quiero tener una casa así, mamá. Yo quiero vivir aquí.

– Cállate. No nos quieren, a los pobres no nos quieren en ninguna parte. Si nos quedamos, nos sacarían a patadas, nos romperían la vida. Resígnate a tu miseria. De todas maneras ya no queda mucho para llegar, dice María.

Y tiene razón. Aquí no nos podemos quedar. No somos bienvenidos. No nos quieren. Somos el estorbo de los ricos. No nacimos para vivir.

Los únicos que se dignaron a ayudarnos fueron los de la Casa de Justicia.

Fuimos luego del derrumbe. Gabriel y yo dejamos a los demás frente las ruinas de las paredes, nuestros escombros, y nos fuimos a buscar ayuda, alguien que nos sacara de la desgracia de nuestra situación. Tuvimos que esperar muchas horas para que abrieran las puertas de la Casa de Justicia. Era una casa parecida a la de nosotros, pero en pie. Un gran letrero luminoso se apoyaba sobre dos bloques. “Gran Casa de Justicia para Pobres”, decía.

Fuimos interrogados al entrar:

– ¿Nombre del jefe o jefa de la casa?

– Gabriel.

– ¿Situación?

– No tenemos casa, se nos cayó.

– ¿Y?

– La derrumbó el ruido de los fuegos artificiales.

– ¿Qué fuegos artificiales?

- Esos que todavía suenan.
- Seguramente fue otra cosa.
- Cuando estalló uno de ellos se nos reventó la casa. Fíjese, lo lanzaron tan cerca que se nos cayeron las paredes encima.
- Los Fuegos de la Victoria no hacen daño. Los lanzamos para celebrar que nuestro gobierno amoroso va a estar aquí mucho tiempo. Tenga cuidado con lo que dice, ¿eh?
- Fueron los fuegos artificiales.
- No lo vuelva a repetir. Respete.
- Fue lo que pasó.
- ¿Cuántos son ustedes?
- Muchos
- ¿Muchos, cuántos?
- Muchos.

Vayan aquí y allá, suban por aquí y bajen por allá, nos dijeron. Nos dieron un papel, pequeño y blanco, como una factura de compra.

- ¿Y esto qué es? le pregunté al funcionario.
- Su casa nueva. Les va a servir para reclamarla dentro de ocho semanas. Es diciembre, disfruten. Se los ha traído el niño Jesús en cooperación estratégica con nuestro gobierno socialista. Pongan su casa nueva debajo del arbolito. Feliz navidad.
- ¿Dónde vamos a vivir mientras esperamos?
- Eso lo saben ustedes. Tendrán familia, amigos, otros pobres del barrio...

- ¿No se supone que deben ayudarnos?
- Es lo que estamos haciendo. Les damos una casa nueva. ¿Qué más quieren?
- ¿Y dónde vamos a vivir mientras tanto?
- Ese no es nuestro problema. Nosotros le prometemos una casa nueva para vivir porque estamos dedicados a proteger la salud y la vida de todos los pobres. Nunca se había visto una esperanza de esta magnitud en Venezuela. Es el nuevo estilo de gobierno. Procuren que no vuelva a pasar. Nosotros prometemos una sola vez.

Volvimos a nuestras ruinas, y sentados en sus orillas, esperamos. Han pasado las ocho semanas. Hoy es el día. Vamos con la ilusión de tener una casa nueva en cuanto terminemos de subir esta colina.

- ¿Falta mucho? dice Eunice.
- Solo unos pasos más, les digo.

Veo que Gabriel se acomoda la cruz un poco más arriba de los hombros. Le pesa. Pesa tanto como su vida, unida a la mía. Ya estamos por llegar. No falta mucho. Hace calor. Un calor seco.

- Ya estoy cansada de tanto cargar con estos niños, dice Eunice.
- Eso debiste pensar antes de tenerlos, dice la abuela. Las mujeres no debemos abrir las piernas cada vez que un hombre lo pide.
- Yo sí.
- Cálmense, les digo, falta poco. Pronto tendremos una casa grande donde estar todos tranquilos y cómodos. Nos lo prometieron en la Casa de Justicia.

– Así podré soltar a todos mis hijos y dejarlos jugando entre los mangos y los limoneros, dice Eunice, y no tener que verlos hasta que sean todos mayores y se vayan.

– O se mueran, dice María.

– O los maten, dice la abuela.

– Ya falta poco, solo un pedazo para luego bajar, les digo.

Falta poco. Solo hay que seguir caminando.

– Todo lo que me estás diciendo es mentira. ¡Es mentira! Esas cosas no nos pasan a las mujeres. Siempre tienen que haber hombres, siempre. Siempre, para todo. El mundo es de ellos. Nosotras estamos aquí para vivirlo bajo sus sombras.

– Nunca me crees nada.

– Porque siempre mientes. Hasta cuando dices la verdad pareces mentir.

– Es cosa también de las mujeres. Nuestra verdad no es la verdad del mundo, es solo el reflejo de nuestros ojos.

– No hay cosa más pura que una mujer.

– Ni más triste.

– Ni más mentirosa. Diciendo siempre verdades inventadas.

– Yo no miento. Lo que me pasó fue de verdad.

– Marianita, nada es verdad si no se puede tocar.

– No me creas. No me importa. Pero aquí está. Aquí tengo esto que se mueve dentro de mí como un temblor de tierra. Yo siento el fuego de

su sangre nueva recorrerme por dentro. Yo lo sé. Uno lo sabe. Y aunque haya sido de la forma que fue, sé que es verdad porque los hijos se sienten en cada vena del cuerpo, en cada poro de cada instante de piel que nos envuelve. Por eso te dije que vinieras conmigo a la casa de la bruja Roberta. Para eso estamos caminando.

– ¿Para qué? ¿Quieres deshacerte de eso que crece en ti? ¿Malograr a tu hijo como si fuera una maldición? ¿Desaparecerlo como si nunca hubiese sucedido?

– No.

– Cobarde. Eso es lo que quieres. Asume lo que hiciste. Sé una mujer, como yo, trágate las consecuencias del placer.

– No. Quiero que me diga cuántos son y qué harán con sus vidas. Si serán buenos, si no los matarán cuando sean niños o muchachos. Quiero que me cuente el futuro, porque muy poco de nosotros llegaremos a conocerlo.

– Yo lo tengo garantizado. Aquí quien hace desastres es él, y yo soy su desastre, su perdición. Rafaelito Contreras es mío.

– Dichosa tú, que lo tienes cerca y te toca y te siente y te hace vivir espasmos por el vientre, y te choca el cuerpo con el suyo y te hace inmortal, aunque tu nombre diga lo contrario. Bien por ti que tienes un hombre que te hace cantar las piernas.

– Y el alma.

– Es como amar al diablo.

– Peor.

- ¿Por qué lo amas?
- Porque me protege.
- ¿De quién?
- De él mismo.
- Tarde o temprano te veré muerta y enterrada. Ese hombre no perdona un solo ser vivo.
- Y yo veré tu cabeza hundirse en el parto. Esos hijos que tienes encima se van a comer lo poco que queda de ti.
- Tal vez sea uno solo, y saldrá como su padre, hecho de sueños.
- O pesadillas. Pero eso nos lo dirá tu abuela, la bruja. Aquí estamos.
- No quiero entrar. Me da miedo.
- Huele a tabaco y a gallos de pelea.
- A anís y tierra áspera, como seca, pobre.
- A cuero de vaca y leche agriada por el abandono.
- Me arrepiento. Vámonos. Esto no está bien. Nunca ha estado bien.
- En los barrios nada nunca está bien, Marianita. Ya estamos, ya llegamos. ¿Qué tienes que perder?
- La esperanza.

Hace frío. En este cerro hace frío porque estoy sola. Porque no me queda más nada en el mundo que esperar por él, que venga, y que me haga cantar las piernas, y los ojos de muerte que llevo puestos, y este corazón de mujer en pena que me hace caminar y sentir, vivir y mirar.

Esperar... las mujeres siempre esperamos por ellos, por los que nos crucifican, por los que nos hacen arder voluntariamente. Ser mujer es ser de otro, de otro ser que tiene un nombre negativo, como yo, porque yo soy la amante de la muerte, porque no sé amarlo sin odiarlo, sin ver en sus ojos todos negros como los ojos de los diablos, una razón para quererlo más allá de mi propia muerte. Y yo voy a esperar aquí hasta que las manos se me caigan y mis ojos dejen de hechizar a todos los hombres del mundo con su belleza de espirales, con su belleza sin sentido alguno. Rafaelito Contreras, digo tu nombre de vivo aunque por dentro estés muerto. Te llamo para que vengas y me beses. Me dijiste ayer que estarías aquí al amanecer, y yo, sin embargo, espero aquí y no estás: nunca has estado. Eres puntual en tus citas con la muerte, conmigo no, sólo con la muerte. Rafaelito Contreras y La Mortal. Tú y yo. Somos las dos caras del mundo. Tú matas con las manos, yo mato con los ojos. Por eso me dicen...

– Por eso te dicen La Mortal, porque día a día dejas a los hombres sin alma. Yo sé que los dejas a todos sin palabras, porque esos ojos que te pueblan no parecen reales, y sin embargo, lo son.

– Hablas como poeta.

– Todo me lo enseñó el dolor y la muerte. Hablándoles aprendí a usar las palabras, aunque nunca las use con otras, porque sólo me salen bellas contigo.

– No mientas. Yo sé que tienes los ojos llenos de las tetas de otras mujeres.

– Eso es imposible.

– ¿Por qué?

– Porque solo de mirarte una vez no he podido mirar nunca más a ninguna otra mujer.

– Mi maldición es real y eterna.

– Sí. No se puede huir. Eres una mujer sin límites.

– Y tú eres un hombre sin alma, tienes los ojos llenos de sangre negra, como los diablos. Por eso soy tuya. No le tienes miedo a la vida porque no crees en ella. La vida, para ti, es la muerte. Eres la devastación, el caos, el principio, la oscuridad inicial, el eterno rival del Santo Niño de los Rencores. Tú, si pisas la tierra se quema, se queman las piedras, arden en llamas sus cuerpos de piedra, porque en los barrios como el nuestro

no crece nada, todo fallece. Estamos secos y olvidados, somos piedras, piedras y más piedras.

– Déjame tocarte.

– Suéltame.

– Eres mía, tu cuerpo es mío, tus ojos también: toda tu muerte me pertenece. Cierra los ojos y escóndete del mundo.

– No puedo evitarlo. Ayer vi a un hombre. Me dijeron que se llama José Mercado, un pobre del cerro de San Felipe, mi última adquisición. De solo mirarlo me sonrió y con la sonrisa y con los dientes me dijo, tú eres para siempre la elegida. Y desde ese momento seguramente no puede pensar en su mujer, ni en ninguna otra de mi especie. Eres tú, tuvo que pensar al ser visto por mis ojos: sólo tú serás siempre. Luego bajó las escaleras y no lo vi más.

– Morirá. Morirá y lo sabes, Mortal, todos los hombres que se atrevan a mirarte morirán, mis manos les romperán la carne, mis dientes les romperán los huesos, el fuego de mi pistola será el fuego de mis manos. Morirán. Morirán todos los que piensen en ti una sola vez en la vida. No mires a más hombres. Cada vez que posas un ojo en cuerpos ajenos me

duele y me provoca arrancártelos con las manos y ponerlos en el altar del Santo Niño de los Rencores.

– No puedes matarme. No a mí. Nunca me podrás matar porque me amas: estaré en ti para siempre como un eco en tus oídos, recordándote que yo soy tuya y tú eres mío. Cuando oigas tu voz, oirás la mía. Ahora tócame.

– Tengo que irme. La venganza.

– No te vayas.

– Estoy apurado. No puedo quedarme aunque te desnudes y le muestres al amanecer esos pezones parados, la aureola visible y verdadera, tus labios inmensos húmedos y suaves.

– Dejo que tus manos me toquen, lo permito, colócame en la tierra, haz que las piedras se claven en mi espalda de mujer. Hagamos que tu cuerpo de toro salvaje esté sobre el mío de rosa. Tócame, toca y siente, péntrate con tu furia. En los cerros todo está permitido, como este amor de nosotros, tan parecido al infierno. Véngate de mi cuerpo, de mis ojos, conviérteme en tu rabia. Todos los hombres son míos.

– No lo digas.

– Todos los hombres son míos.

– No lo digas.

– Todos los hombres son míos.

– No lo digas más, me duele.

– No hay mejor porvenir que los orgasmos. Deja que te mate con mis ojos.

– Soy tu porvenir. Seamos la venganza que nos merecemos.

– Te veo y me duele, y te duele.

– Entra en mí y no salgas hasta que me convierta en Rafaelito Contreras, y mis ojos se pongan negros como los ojos de los diablos; entra en mí hasta que te conviertas en La Mortal, y enamores a todas las mujeres con la mirada: entra en mí ante la vista de este cielo de amanecer derrumbado en las ruinas de la noche. Quédate adentro de mí hasta que hayamos florecido. Nunca he conocido una bestia como tú.

–Yo, un hombre hecho de animales.

– No salgas, quédate adentro de mis labios. Ellos te lubrican. No he conocido hombre indomable, más animal que hombre, más diablo que hombre, más hombre que nada.

– Ahora sí, debo irme.

– No te atrevas, acábame. Pon la mano aquí y frótame fuerte, como nunca lo has hecho, como si de tanto frotar mataras al mundo. Imagínate que soy un hombre a punto de morir. Los ausentes de amor son invisibles, nadie los encuentra, están escondidos debajo de las piedras y los árboles, debajo de los muertos están los que no están enamorados. Tú estás encima de mí.

– Tengo que cumplir, debo irme.

– ¿Para dónde vas?

– Voy a acabar con todos aquellos que han pronunciado tu nombre.

– Ve y hazlo por mí, te lo permito.

– ¿Por qué me incitas?

- Porque quiero verte feliz.

- Yo no puedo ser feliz.

- Sí puedes. Haciendo lo que te gusta.

- El mundo nunca podrá perdonarme lo que hice.

- Hacer lo que haces lo han hecho naciones enteras. Presidentes y reyes. No tienes que preocuparte por el mundo. Preocúpate por tu propia felicidad.

- ¿Por qué quieres verme feliz?

- Porque soy tuya y me quemo cuando te veo. La piel se me prende como aceite de luna. Hace calor. Siento que tu sola presencia me hace arder como el fuego en el agua.

- Y a mí se me queman las garras de tanto tocarte.

- De sentirte tan cerca que seas un estorbo.

- Y un alivio.

– Hazlo.

– José Mercado fue uno de ellos. Una bala lo llevará hasta la muerte.

– Tócame antes, términame.

– Soy tuyo.

– Yo sé, mátalos, mátalos a todos. No hay mejor porvenir que este orgasmo de sangre.

– Ámame, soy tuyo.

– Vete, vete ya. No puedo seguir viéndote aquí encima, con tu porte de hombre salvaje y cruel, que me mira sin consuelo, como si yo fuera cualquier mujer de este mundo, como si estos ojos fueran los de otra. Pero no lo soy. No soy otra. Soy La Mortal, y todos los hombres son míos.

– Me voy. Tal vez no vuelva a hablar contigo.

– ¿Por qué?

Fue el grito enfurecido: la llama de la voz absorbió, quemó y destruyó las manos que todavía le quedaban a Rafaelito Contreras. Ahora le habían nacido garras, cuernos metafísicos; era el reflejo de los diablos en la tierra: transformación total. Camino a la casa de su madre vio a sus rivales. Los vio a todos a los ojos, buscando las huellas de la mirada de La Mortal impresas sobre sus pupilas. Y en cada ojo encontró sus labios, sus mejillas, sus dedos, todo el cuerpo de La Mortal cincelado en las pupilas de hombres extraños. Ella le había dado la llave de la puerta del odio. Se sentía más poderoso que el Santo Niño de los Rencores. Si todos los hombres son tuyos, no quedará ni uno solo sobre la faz de la tierra. Si todos los hombres son tuyos, no puedo permitirlo, tú también debes morir.

Su madre agonizaba en la cama donde él había nacido. Le tomó la mano a Rafaelito y le dijo: “El mundo es malo, no lo hagas más malo de lo que es”. La voz salió como un susurro, áspera, sorda, y tropezó con su cuerpo de hombre, interpuesto ante el sonido.

La madre se levantó con dificultad mientras él se preparaba para salir. Tosió. Se dio cuenta de que a su cuerpo se le empezaba a salir la sangre. Tenía las manos manchadas de su propia muerte, la sangre de sus tos. Sonrió. Caminó hasta Rafaelito y se paró en frente de él. Lo besó en la mejilla. Él apartó la mirada, con rapidez buscó de nuevo su mirar. Quería decirle con los ojos qué haría en cuanto saliera por la puerta.

Rafaelito Contreras lo confesó todo, hablándole con las pupilas, con el movimiento de los iris de sus ojos de diablo. La mujer se arrodilló sobre los pies de su hijo, el hijo que ahora se iba para vengarse de todos los hombres, vengarse de ella, de La Mortal. Sobre sus pies, durante unos instantes, lloró. Rafaelito vio las lágrimas con lástima, derramadas por algo tan insignificante y común como él, el hombre que es la muerte. Ella, por última vez en su vida, lloró sobre los pies de su hijo y sintió la arena acumulada en su corazón, un desierto sin orillas y sin noches. No lloró nunca más. Se acostó de nuevo en la cama y se quedó dormida. No escuchó la puerta cerrarse.

Fui yo el que mandó a matar a Raulito. Les dije a Fernando Acuestas y a su hermano que no quedara de él ni la esperanza de una vida, ni una sola llama. Lo hice por ti, para que no te sintieras sola en la muerte. Y así fue. Los enterraron juntos. Él te detendrá si deseas salir a derramar tus ojos sobre los hombres. Quise darte la seguridad de tener unos brazos momentáneos para descansar. Los vi, lo que quedaba de tu familia. Los estaba persiguiendo desde que salieron de la casa. Venían para el cementerio, y tú, Mortal, y tu hermano y tu padre tenían cargado a Raulito sobre los hombros. Hacía calor. Tenía una sola bala, guardada, especial para ti. Una bala del color de tus ojos. La besé antes de cargarla. Era fría, como tú, por fuera, con el fuego por dentro, como tú. Tu familia celebraba la muerte de otro más en el barrio, el hijo que les hacía posible

la vida. Debe morir de una vez, le dije a Fernando Acuestas, sin sufrimiento. Y lo hice por ti. La bala besada penetró el medio de tus ojos. Te enterraron junto a Raulito. Luego maté a tu padre, para que él también te acompañara en la tumba. No sufrió. No te preocupes.

Tu hermano lo sabe, puedes preguntárselo. Cuando abrió la puerta, tu padre cayó sobre el suelo, sin vida. Recuerdo haber visto a tu madre durmiendo, lejos. Recuerdo haber escuchado a tu padre llorar y tocar la puerta, buscando la vida, y lo siento, su muerte era necesaria. Yo no tengo muertos que lamentar: solo tú. Me dolió tanto haberte querido, me dolió tanto haberte matado: tuve que tomar una decisión. Era necesario.

Acabo de regresar de Santa Bárbara Bendita. Mira mis pies destrozados. Duelen de tanto caminar descalzo sobre las piedras. Tú sabes muy bien cuál es el proceso. Una vez fuimos juntos hasta allá, y le pedimos por varios vivos, ahora muertos. Tus pies tienen las cicatrices del odio. Y él cumplió, como siempre. Le hice una petición al Santo Niño de los Rencores. Pedí por mí, para que mis pies de sangre me lleven hasta ti, a la muerte, solo para pasar contigo los últimos instantes de la eternidad. Él sabrá llevarme y darme la vida que necesito: la muerte contigo, solo la infinita muerte contigo. Te traje una rosa del altar, mírala, la coloco aquí, sobre tu tumba, para que me esperes. Tu cuerpo la hará más hermosa, más roja, más llena de sangre.

Hoy maté a Mariela Mercado y a sus hijos. Y ahora es que está empezando a caer la tarde. Fui hasta San Felipe, busqué a José Mercado

pero no lo encontré. Tomé de él lo que más le duele, y derramé mi venganza sobre su rostro. Solo por haberte mirado merece la muerte. No sé si ya se enteró, espero que sí.

Ahora nos parecemos.

Es un hombre solo, como yo.

Tú estás acompañada, con Raulito, con tu padre, al lado de Felipe Toledo, como dicen las piedras de esta tumba cercana a la tuya.

Todos los hombres que te han mirado merecen la muerte.

Es mi turno. Quiero morir pero no acabarme. Quiero que me mates con los ojos pero no acabarme. Quiero que mi historia y mi amor lo canten por los siglos de los siglos. Quiero que sepan cómo te amé y te maté, y te hice el amor, escondidos, confundiéndonos con la tierra. A ver cuándo el Santo Niño de los Rencores cumple mi petición, su deber. Me iré, de nuevo, pero no tarde. No te muevas. Aférrate a los brazos de Raulito, e imagina que sus dedos son los míos, que sus abrazos son los míos, que sus ojos son mis ojos. Te acompaña y eso es lo importante. Murió, su única función en la vida es acompañarte en la muerte: su destino de muerto es mejor que su destino de vivo. Imagina. Todas las vidas de los hombres son tuyas, todas sus muertes, mías. Pronto, si el Santo Niño quiere, estaré contigo y te haré el amor hasta que se acabe el tiempo, hasta que nos echen del infierno, hasta que nuestro amor se vuelva insoportable para el mundo.

- Mira, ¿qué es eso que viene por allá? Ven, acércate a la ventana.
- ¿Qué son?
- Parecen una mancha en el horizonte.
- Son pobres. Se nota que son pobres.
- Mira a ese, carga una cruz sobre los hombros. ¿No te parece que cada vez estamos peor?
- Este país está en la ruina por parir pobres.
- Traen niños pobres. Montones de ellos. Tengo ganas de vomitar.
- Seguro nos van a invadir.
- Hay que avisarle a toda la comunidad.
- Reunirnos, hacer asambleas de vecinos.
- Protestar.
- Si es necesario, buscar hombres que maten a los enemigos.
- Héroes.
- Nos van a dañar la vida con sus griteríos y su suciedad.
- Qué asco.
- Es repugnante.
- Ya uno no puede ni vivir tranquilo.
- Tanto trabajar toda la vida, para que vengan animales como estos a dañar todo lo que tenemos.
- Nos van a convertir en un barrio lleno de marginales y de malandros.
- De putas que se levantan a las once de la mañana.
- Yo creo que sé adonde van.

– ¿Adónde?

– No se van a quedar aquí en Cumbres. Aquí no hay ningún lugar donde puedan invadir. Todos los terrenos están ocupados por casas y personas de bien. Dios nunca nos haría eso a nosotros.

– Son pobres caminando por nuestro territorio, van de paso.

– Sí, allá abajo, después de que la colina termina de subir y empieza a bajar. Allá se dirigen.

– ¿A Santa Mónica?

– Sí, allá.

– ¿Por qué?

– Pobres. Espero que no vayan con la esperanza de tener una de las casas que estuvo prometiendo el gobierno.

– ¿Por qué? ¿Ya no quedan?

– No... no hay nada. Les mintieron a todos. Cuando lleguen no van a encontrar más que polvo y piedras.

La embotelladora comienza a construirse sigilosa, mucho más arriba de lo que llegan las escaleras. La parte trasera del cerro, virgen todavía, funciona como el camino principal para los camiones cargados de materiales de construcción. La fábrica proporcionará más de ochenta puestos de trabajo: ochenta hombres con la fijeza del salario, ochenta mujeres parte del cielo laboral. Poco a poco la empresa va tomando forma. Se abren hacia el cielo las chimeneas, los recipientes inmensos

donde se guardará el líquido, adentro se prueban las bandas transportadoras. Allí, sentados en sillas sin espaldar, ochenta pobres trabajarán de siete de la mañana a seis de la tarde enroscando tapas, revisando calidad, descartando las botellas defectuosas. Monotonía, tedio, la marea alcalina del marasmo rutinario del trabajo manual. La marea emocional de la obtención del dinero que regalará a la familia un nuevo piso de la casa, una nueva habitación, las baldosas de un baño futuro.

Felipe Toledo se ha enterado esta mañana de la existencia de la fábrica. Le dijeron que en un mes estará lista y que el funcionamiento será inmediato. La información llega a sus oídos en el mejor momento: será padre por tercera vez. Sus dos hijas han nacido año tras año después de la boda, y ahora que ha llegado el tercero, la idea del trabajo en la embotelladora brilla ideal para los próximos meses. Tal vez Carmen pueda trabajar también en el negocio de las botellas y proporcionar un poco más de dinero para la casa. Pero los hijos se convierten en obstáculos. El trabajo maternal es eterno.

Felipe Toledo tuvo que subir muchas escaleras para llegar hasta el camino que lleva directamente a la industria. Alta, imponente, un palacio medieval al que ningún hombre como él podría tener acceso jamás; sin embargo, allí está, hecha específicamente para los pobres. Ve la caminata de los hombres y las mujeres por el camino desmalezado, por la tierra seca y pisoteada. Suben con dificultad al trabajo o a las entrevistas de ingreso, la industria está en la parte más alta y empinada del cerro.

Cuando llueve la tierra se hace barro, y muchos de los empleados entran a la fábrica cubiertos de lodo y manchan las sillas sin espaldas de gruesas porciones de tierra removida. Cuando hace calor el sudor palpita, se hace tangible en las frentes. Los que no pueden dejar a sus hijos solos los cargan en la espalda y cuando llegan arriba son devueltos por los jefes: este no es lugar para niños, aquí no pueden estar; la tarea consiste en bajar para volver a subir: la hora perdida se descuenta del salario quincenal.

Los más jóvenes, que han llegado de otros cerros, deciden quedarse y construir vivienda alrededor de la fábrica; el camino será más fácil, el acceso más amigable a los zapatos y a la ropa. Cuando Felipe Toledo regresa después de su aceptación para comenzar a trabajar el cambio es impresionante. Rodeando la fábrica las primeras tablas han sido colocadas, es decir, las cuatro paredes fermentadas, es decir, la conquista de la conquista. Felipe Toledo se interna en el camino de tierra, presionado por los pies de las hormigas humanas, las muchas huellas que suben cansadas y bajan del tedio agotador cuando va cayendo la noche. En la entrada del camino una mujer vende agua embotellada, maní salado, dulces de plátano y guayaba. Muchos compran, otros no, lo importante es llegar arriba, embarrado pero vivo, enlodado pero trabajando.

Se ha propuesto en la comunidad la idea de la construcción de una escalera que lleve desde la entrada hasta la industria. No han podido comprar los materiales, la mejora de la casa es prioridad para los pobres:

los capataces de la embotelladora enviaron un comunicado diciendo que de muy buena fe ellos construyeron la fábrica para proporcionar puestos de trabajo dignos y estables para los más necesitados. Añadieron que el barrio no es de la industria. La industria es de la industria. Entre líneas dejaron saber que lo que haga el pobre para dejar de ser pobre es problema del pobre.

Mira allá lejos ¿lo ves? en ese cerro alto, gris como las piedras, estaba mi casa casi llegando al cielo. Desde allá arriba se veía, cuando era de noche, las luces parpadeando encima de todos los otros cerros, y a veces, cuando me entraba alguna tristeza, imaginaba que eran estrellas que de tanto estar arriba se habían caído del cielo. Pero eso fue antes de que el fuego de esa noche lo quemara todo y nos dejara el aire lleno de cenizas, cenizas flotando en la brisa quemada como esos pájaros negros que vuelan encima de la basura de los cerros.

Pero antes... todavía me acuerdo que aunque vivíamos allá encerrados y no bajábamos nunca a Caracas, solamente teníamos que esperar al amanecer, y que el sol acariciara las hojas de los plátanos, y luego esperar a que viniera el viento cálido, y después el olor a mangos que traía el viento, y solamente ahí, en ese momento, esta vida tan pobre no parecía tan mala. Pero esos tiempos eran otros tiempos.

Si te fijas bien, puedes ver que todavía sube humo de la tierra. Se ve, míralo, llegándole al cielo también gris como el humo. Fíjate que de

los otros cerros, a alguno le crece un árbol, algunas trinitarias moradas, o un plátano cargado, metido entre los ranchos, pero en este que te estoy señalando, no se ve nada vivo. Ha fallecido la tierra del cerro. Si yo te dijera hunde las manos en el suelo, no recogerías tierra, sino cenizas y calaveras hechas polvo, lo único que quedó de esa noche incendiada. Dios nos libre de volver a pasar por eso.

Al cerro le decíamos San Felipe. Se podía vivir, entre todas las cosas, si uno no salía mucho de su casa. Nos quedábamos encerrados a veces durante meses, para quedarnos viviendo en el mundo por un poco más de tiempo. Había gente que salía a trabajar, bajaba a Caracas y regresaba bien tarde en la noche. Llegaban vivos no sé cómo. Habrá sido un milagro de los santos, digo yo. Me imagino que se encomendaban al Santo Niño de los Rencores, o a algunos de los santos que todavía se atreven a interceder por nosotros. Todos los días recibíamos la noticia de nueve o diez muertos que encontraban desparramados por las calles, muertos a tiros dios sabe por quién. El pregonero subía a la hora del almuerzo y decía todos los días en alto los nombres de los muertos, por si acaso alguno de ellos era de la familia, y así no tener que esperarlos para comer.

“Fulanito de tal” y se escuchaba entrar por la ventanas el nombre sonoro del muerto. “Por ahora nada más que decir. Buen provecho”.

El pregonero se iba, saliendo lo más rápido que podía de San Felipe, a buscar más nombres de muertos para sonarlos tres veces al día.

Entonces estallaban llantos de mujer en las casas vecinas, llantos largos que duraban palpitando entre los ladrillos de los ranchos durante muchas noches.

Todo el tiempo escuchábamos las lágrimas: San Felipe vivía en un eterno sollozo.

Una vez, en el día de nuestras desgracias, le tocó a José Mercado, uno de mis vecinos. No era un hombre malo. Había vivido toda la vida en San Felipe. Trabajaba lejos, fuera de Caracas, en una fábrica de café. Siempre volvía en la noche, arrastrando los pies por el suelo, con los ojos caídos por el cansancio del trabajo del día. Era de los valientes. A veces me lo encontraba cuando pasaba frente a mi casa y yo estaba viendo por la ventana parpadear las estrellas de los cerros, y de su conversación siempre terminaba yo con una bolsa de café molido en las manos. Se lo agradezco, después de todo. Era un buen hombre. José Mercado no se merecía nada de lo que le pasó. Ese día el pregonero fue cantando los muertos a la hora de siempre, mientras hervía el arroz y se freían los plátanos para el almuerzo.

“Mariela Mercado e hijos”, se oyó bien alto. “Por ahora nada más que decir. Buen provecho.”

José Mercado tenía cinco hijos y una mujer. Cinco seres todos enteros, con sus cuatro patas y sus ojos brillantes llenos de hambre y sus bocas que alimentar. La mujer los fue trayendo al mundo uno por uno, año tras año, hasta que un día los vi a todos reunidos a las piernas de su

papá, con las patas sucias y en los huesos, como siempre son los niños de estos lados del mundo.

José Mercado los quería mucho, aunque poco a poco le estuvieran acabando la vida que él tenía que entregar lentamente al trabajo para que no se le murieran de hambre. Y así de golpe, dios decidió desaparecerlos de la tierra. En la tarde me contaron los detalles: los habían agarrado abajo, cerca de una escalera, mientras subían a su casa algunas bolsas con comida. No les quitaron nada. Solamente por envidia, dicen, les dejaron a cada uno varias balas metidas en todo el cuerpo. Los que los vieron morir dijeron que fue obra de Rafaelito Contreras, aquel famoso despiadado que asesinó a la mujer más bella que ha florecido en cualquiera de los cerros de Caracas, La Mortal. Dicen que hasta alguien se atrevió a escribir un libro sobre su amor y sobre la historia del Santo Niño de los Rencores y la leyenda de Marianita Cepeda y el cerro de San Felipe y la historia de los barrios. Debe ser una mentira. Es imposible escribir un libro sobre nosotros los pobres. Nadie en su sano juicio lo creería.

Pero bueno, eso no viene al caso. Lo importante es que sepas que ahí se quedaron Mariela Mercado y sus hijos, ahogándose, tirados en la calle, sin que nadie se atreviera a hacer nada. En la tarde unos vecinos se los llevaron y los echaron en la fosa común. José Mercado no supo de su desgracia hasta que ya era de noche.

Lo vi llegar desde la ventana. Me atreví a bajar las escaleras para alcanzarlo.

– Pasa todo el tiempo, le dije, tratando de decirle también que sentía lástima por él. Luego lo rematé: dios tenga a tus muertos en la gloria.

Él entendió. No me dijo nada. Me miró y pude ver cómo se rompía el mundo adentro de sus ojos. No dijo nada. Más vale que se le hubieran salido las palabras, o las lágrimas, o algo. Tuvo la boca cerrada todavía hasta que lo vi alejarse en el camino. Abrió la puerta de su casa, se metió adentro y no volví a hablar con él más nunca en mi vida.

¿No me crees? Espera a que te diga lo que pasó después. En la madrugada comenzó el fuego. Lo primero que sentí fue un olor a moscas quemadas. Estaba durmiendo. El olor me llenaba los pulmones y me sacó de la cama. Y el calor..., era de ese calor que le provoca a uno arrancarse la piel con las uñas, porque llega un momento en que la vida misma se hace insoportable. Al principio no supe qué pasaba. Luego escuché un llanto largo que me llenó los oídos hasta el fondo como el humo me llenaba el pecho. Parecía que el diablo andaba suelto, quemando todo lo que encontraba a su paso. Por la ventana vi pasar una sombra. No me acuerdo cómo pude salir. Habrá sido un milagro. Cuando estuve afuera de mi casa las paredes se prendieron en llamas. En mi mente les rogaba a todos los santos de este mundo para que me sacaran vivo del fuego. Si me salvaban, les pagaría el favor prendiéndoles una vela todos los días durante el resto de mi vida. El fuego con fuego se paga. Afuera las llamas se levantaban en el aire, y el cielo negro se ponía rojo y se volvía otra vez negro. Por atrás escuché desplomarse las casas de los vecinos, el sonido de la tierra chirriando en el fuego, el metal

de los techos chillar al ponerse al rojo vivo...; y los ladridos de los perros, pobres, que corrían y se echaban a la tierra y levantaban el polvo tratando de escapar del humo con sabor a muerto que no los dejaba vivir.

A veces, en las noches, todavía escucho las voces de las mujeres, llenas sus ojos de cenizas, rezando al cielo algún rosario de última hora para pedir el perdón de sus pecados mientras esperaban la barca de la muerte.

Luego, arriba, vi a José Mercado, justo en la puerta de su casa, prendiéndole fuego a todas sus paredes. Lo vi derramando gasolina para que el fuego se la tragara y quemara lo que quedaba todavía por quemar. Pude ver sus ojos brillando, llenos de ese mundo roto que había visto antes. De esa venganza que fue la venganza de él contra el mundo: dejarlo sin nada. Acabar con el cerro. Vengarse de lo que San Felipe había hecho con él.

Creo que yo fui el único que salí casi ileso después del incendio. Me alejé hasta que el calor del fuego no me quemaba. Hui por una de las escaleras que salían de San Felipe.

Ahora no existen sino ruinas. Dicen por ahí que el olor a muerto chamuscado no deja respirar y el eco de los lamentos de las mujeres todavía se oye venir montado en el viento; y arriba, en el cielo, rondan volando para siempre unos pájaros negros.

No me mires así, la gente dice muchas cosas. Otros dicen que se reconstruyó la capilla y que un padre da sermones a las mujeres que

quedaron vivas después del incendio, unas mujeres enmascaradas. Incluso dicen que allá está la tumba de los Cepeda.

A veces es verdad, como esta historia.

Déjame seguir para que veas en qué terminó todo. Estaba levemente herido. Me había quemado la cabeza, y me ardía como si me la hubieran restregado contra las piedras. El fuego quemó el cerro durante la noche. Mientras iba cada vez más lejos, volteaba atrás, y lo veía prendido, cada vez más rojo, hasta que sólo quedó el humo gris que se ve ahora saliendo de adentro de la tierra. Traté de irme lo más lejos posible de San Felipe, y llegué aquí, para no pensar más en José Mercado ni en el fuego que le prendió a sus desgracias. Esos fueron otros tiempos, como cuando las noches en San Felipe quedaban todavía cálidas por el sol del mediodía, y uno podía sentir que la noche lo arropaba a uno con su calor. Pero eso era antes del fuego. Es mejor no acordarse de eso, ¿no?

No voy a seguir, para no aburrirte. Descansemos. Ahora voy a poner aquí las velitas que les debo a los santos por haberme salvado de morir en aquel infierno. Mira todas las que he puesto. Se han ido muriendo una por una, durante todos estos años que han pasado después del incendio. Las voy a prender todas para que iluminen la noche. Espero que no las apague el viento. A veces pasa y no les gusta nada a los santos.

Fernando Acuestas dejó caer su cuerpo sobre el suelo frío y apoyó la espalda sobre un muro de ladrillos que encontró parado, hecho escombros, donde se juntaban las esquinas de dos casas. La tierra suelta se removió con el peso de su cuerpo y el polvo se levantó por el aire y voló a través de la luz de la madrugada. Luego dio vueltas un momento y volvió a caer. Todavía caían algunas gotas de la lluvia anterior.

Sudaba.

El sudor recorría su frente y cuando se acumulaba hasta el final de su cara, se desprendía de su rostro gota tras gota. La noche le olía a su propio sudor. Pensaba que el calor de la madrugada lo hacía sudar. No había ningún calor. Era la noche más fría de febrero. Aquel viento congelado que soplaba por todos lados parecía que nunca le refrescaría el calor hinchado adentro de su cuerpo. Luego Fernando Acuestas sintió otro bulto que se echó al piso como él se había echado antes.

– ¿Dónde estabas? dijo.

–Ya no camino más. Aquí no hay nadie.

Se le escuchaba la voz entrecortada por la ausencia del aire. El niño puso sobre el suelo la escopeta recortada que había venido cargando toda la noche arriba de los hombros.

–Deben estar todos escondidos. Alguien va a tener que salir en algún momento, dijo Fernando Acuestas.

–No me muevo más. Esto pesa, y señaló hacia el suelo, mirando por un momento lo que le había pesado tanto durante la noche, tengo sueño y

entre subir y bajar todas estas escaleras... estoy cansado. ¿No podemos dejar esto para otro día?

– No.

Así le contestó, mirándolo fijamente a los ojos. Luego siguió diciendo:

–Tiene que ser hoy. Así es la vida. Toma aire y no sueltes la escopeta. Tenla bien agarrada, como si fuera una mujer. Tenemos que estar preparados por si viene alguien.

Le decían Joselito al que estaba recostado en el muro junto a Fernando Acuestas. Joselito suspiró y pensó en todo lo que habían recorrido. Caminaron toda la noche, pero no habían encontrado a nadie. Suspiró. El aire le salió de la boca en el suspiro y se volvió vapor cuando se encontró con el aire seco de la madrugada.

Él también sentía calor. Tenía la frente caliente como si estuviese el sol del mediodía calentando su cabeza. Pensó en lo que tenía que hacer y varias gotas de sudor se le apretaron contra la frente. Luego cayeron.

Agarró la escopeta por la culata y la miró bajo la luz de la luna. Brillaba; se reflejaban sobre ella las pocas estrellas colocadas en el cielo. Le pesaba en las manos. Pensó cómo, cuando todavía había luz, hubiese podido completar lo que Fernando Acuestas le había mandado a hacer. Ahora no. Ahora todos se habían escondido por temor a que gente como ellos estuvieran rondando por el cerro, buscando pobres para que Joselito aprendiera a matar. Eso le había mandado. A que aprendiera que estar vivo se paga con la muerte en los cerros del mundo.

Fernando Acuestas recordó a su primer muerto y cerró los ojos para no acordarse más. Vio en su mente el rostro, su primer muerto, una mujer. Recordó cómo corría. Cómo cayó cuando la bala le traspasó la cabeza en el cementerio. De pronto sintió una ráfaga de aire pasarle por encima de la cabeza, pero no le refrescó el calor. En la oscuridad de sus ojos se acordó del segundo y del tercer muerto; luego del cuarto y del quinto. Vio cómo habían caído uno a uno y cómo los había matado por necesidad, y cómo había llorado en la soledad a los muertos que había venido cargando sobre su espalda toda la vida.

El sueño se llevaba a Joselito. El peso de la escopeta era demasiado para seguirla cargando sin encontrar ningún difunto a quien matar. Pensó qué sería de su vida si no tuviese que hacer lo que le habían mandado a hacer. Había practicado, sí, viendo la muerte de Raulito, pero esta vez le tocaba a él presionar el gatillo. También pensó en lo que le dijo su padre una tarde: “No dejes que te maten, hijo. Vivir es la única esperanza que nos queda a los pobres”. Trató de cerrar los ojos pero no pudo. Se escuchó el sonido de un trueno, lejos.

Esperaron. Las horas se fueron alargando como rayos de luna hasta que el cielo comenzó a aclararse. Por uno de los callejones se oyó el crepitar de unos pasos lejanos. Joselito apretó la escopeta contra su pecho y la sintió palpar. La abrazó, y Fernando Acuestas le hizo una señal para que se levantaran.

De pronto empezó a lloviznar. La llovizna se hizo lluvia torrencial y el agua empezó a bajar a chorros por la escalera que subía hasta la parte

alta del cerro. Llovía a cántaros. El agua iba cayendo, peldaño por peldaño, hasta que llegaba a la tierra.

Joselito sostenía su escopeta. Palpitaba junto a su corazón.

–Vete acostumbrando, dijo Fernando Acuestas a su hermano, no va a ser el primero ni el último al que vas a matar en la lluvia.

Lo sorprendieron. El que venía se quedó mudo, se dio la vuelta y corrió tratando de subir por la escalera. Luego se escuchó el ruido del tiro. Cayó hasta quedar boca abajo. La bala le abrió un boquete en la espalda. José Acuestas lo vio tirado sin moverse y bajó la cabeza.

El otro siguió vivo.

Estaba en el suelo, abajo, agarrado a lo que la tierra le dejaba agarrar. Con las manos apretaba las piedras que estaban sobre el suelo, tratando de apaciguar el dolor, mientras encontraba fuerzas para empezar a arrastrarse. El agua seguía cayendo, y donde lo habían dejado herido, empezaba a hacerse un pozo de agua revuelta con sangre.

Comenzó a moverse. Soltó las piedras que tenía incrustadas en las manos y se aferró al primer escalón. José y Fernando Acuestas se habían resguardado para esperar a que la bala terminara con él.

El otro hizo un esfuerzo. No pudo. La herida que tenía en la espalda le palpitaba como le había palpitado la escopeta a José Acuestas cuando la había tenido en las manos, abrazada contra su corazón.

Fernando Acuestas se asomó y vio al otro moviéndose todavía. Parecía no querer morir porque seguía arrastrándose por la escalera bajo los torrentes de agua.

–Termínalo de matar, le dijo Fernando Acuestas a su hermano mientras le acariciaba la cabeza mojada, eres un hombre.

La luna les iluminaba el rostro a los tres que estaban junto a la escalera, y hacía brillar las gotas de agua que resbalaban por sus mejillas. Era la noche más fría de febrero.

El otro resbaló. Sintió cómo se le derramaba la sangre caliente por la espalda fría. Sus brazos sin fuerzas se agarraron al filo de los escalones pero se le deshicieron cuando trató de moverse. Las piernas encontraron fuerza un momento, y con las rodillas se ayudó para subir. Iba dejando un rastro de sangre, largo, lavado con la lluvia mientras iba subiendo.

Escuchó pasos que chapoteaban en el agua detrás de él. Trató de voltear la cabeza, pero la bala que tenía clavada en la carne le hizo arder la herida.

– No llores. Mátao.

El otro apresuró el paso. El filo de los bordes de los escalones le hacía daño en las rodillas. Vio cómo la escalera empezaba a alargarse: un camino sin final, inaccesible, las escaleras de la muerte.

– Deja de llorar. Mátao.

Siguió subiendo. La luna se escondió mucho más y la escalera se oscureció. Volvió a escuchar a los que venían detrás: “No llores. Mátao. Es solo un hombre”.

Sintió el final de la escalera y trató de levantarse. No pudo. La tierra hecha barro por la lluvia estaba empozada debajo de su cuerpo. Empezó

a arrastrarse con los codos y apresuró la velocidad. Se movía lentamente. El dolor le seguía clavando espinas en la carne.

Sudaba.

Sintió el sabor de la tierra en la boca. Era el sabor a muerto que tiene la tierra con que sepultan a los difuntos. Oyó detrás de él los pasos subiendo por la escalera, el ruido del agua cayendo sobre el suelo.

Luego vio su casa al final del camino. La vio tan lejos como nunca antes la había visto. La luz de la ventana iluminaba las paredes y la reja del rancho. No había luna. El cielo estaba claro, gris, con un sol triste que venía saliendo, dejando ver la mañana.

Las piedras le cortaban las manos mientras con los pies empujaba su cuerpo hacia adelante. Vio una sombra moverse en la ventana, luego escuchó un sonido de trueno revuelto con llantos de lágrimas y se desvaneció como si hubieran apagado el mundo.

Ángela se estremeció en su sueño de lluvia. Salió de la casa cuando oyó ese sonido sordo que había perturbado el final de la noche. Pensó en un trueno. Luego pensó en él. Llovía a cántaros, y parecía que iba a llover todo lo que quedaba de madrugada. La luna había pasado toda la noche rota sobre el cielo. Pronto amanecería. Se quedó en la puerta, esperando, viendo aquella lluvia caer sobre los techos de los ranchos. Escuchó tronar las gotas contra el metal de los techos. Se apagaron las luces. Oscuridad. Ángela intentó prenderlas de nuevo, pero no se volvieron a encender. Vio de pronto cómo el cielo opaco se aclaró y el amanecer iluminó la escalera cerca de su casa, la escalera que tendría que

usar el último de sus hijos para regresar. Pensó en la muerte de La Mortal y en Raulito, sus dos hijos muertos, hace tiempo. Escuchó otro trueno. Recordó la conversación que tuvo con el último de sus hijos, algunas horas antes:

– Mamá.

– Llegó.

– Llegué.

– Ven, acércate. Dale un beso a tu madre. ¿Cuántas veces te he dicho que no llegues tarde? Mira cómo está la noche, parece la boca de la muerte.

– Esta semana me has dicho lo mismo ocho veces.

– Son las siete de la noche. Y tú por ahí. No me quedan más hijos que tú. Eres el último de todos ellos.

– No me va a pasar nada.

– Todavía. Es cuestión de tiempo.

– No puedo hacer más nada, mamá. Me esperan.

– ¿Quién?

– La vida.

– Hijo, eso aquí no vale nada. Deja de buscar lo que no existe.

– Me voy mamá. Y vuelvo mañana.

– ¿Cómo creerte?

– Yo voy a vivir.

– No vayas. Me dice la noche que no tienes que salir después de volver.

– Solo vine a dejar mis cosas, mamá. Me voy.

– Y no vas a volver.

– No te preocupes. Yo estoy protegido. Le dije a la bruja Roberta que me hiciera uno de sus embrujos de protección. Y lo hizo. Me tocó la cara con sus uñas afiladas y me dijo: tú de este mundo no te vas todavía. No me va a pasar nada. Tranquila.

– Despídete de mí como si fuera el último día, como si no te fuera a volver a ver.

– No. Esta vez no te diré nada, mamá.

– Me pudres.

Se asustó de las últimas palabras que había pronunciado. Intentó desaparecerlas de su mente. Debe ser por la lluvia que está tardando en llegar, pensó.

Y se sentó en el suelo a esperar.

¿Oíste lo de Marianita Cepeda, la nieta de la bruja Roberta? Marianita, esa muchacha que tiene unos ojos grandes y marrones como el color de la tierra cuando llueve. Está desaparecida. Lleva un mes sin ir a su casa. Ayer me encontré con su mamá, la costurera Cepeda, y resulta que anda de aquí para allá muerta de miedo porque cree que le mataron a la hija. Anda preguntando por todos lados a ver si alguien la ha visto. Pero aquí nadie sabe nada, tú sabes muy bien que a nadie le importa nada de los demás.

Se la tragó la tierra.

No hay rastro de ella por ninguna parte. Yo sé que está viva. No sé si te diste cuenta, pero antes de que se desvaneciera, a esa muchacha le estaba creciendo el cuerpo. Se huele en el aire, ese aroma a mujer, a rosas, a delirios de orgasmos. Además, las mujeres sabemos. Y tú sabes cómo soy yo, me doy cuenta de todo. Me la encontré una mañana, muy temprano; ella bajaba de su casa. Y no sé por qué tan temprano, porque a esa hora no hay nada despierto. A esa hora no hay más que una brisa fría que llena de rocío las hojas de los plátanos. Fue a esa hora en que todavía no empieza a amanecer, porque a la mañana le da miedo salir.

A Marianita se le notaba desde lejos. Se veía que eran dos los hijos que ella tenía adentro. No parecía feliz, su rostro mostraba una terrible sensación, como si los hijos se los hubieran metido en el cuerpo como una obligación. Me saludó y se fue corriendo, para que no me diera cuenta de nada. Sus ojos estaban tristes, como nunca antes había visto unos ojos. Cargaban adentro una pena tan grande como el peso del mundo.

Pobre de ella.

Tan joven.

Tan bonita.

Solo dios sabe dónde está.

Tú sabes cómo es la costurera Cepeda. Una mujer desalmada. Eso le pasa por ser la hija de la bruja Roberta. ¡Dios nos libre a todos de ellas! Ahora la Cepeda anda lamentándose porque la niña no ha vuelto a la

casa. Ayer mismo me decía: Mi hija. La Santa. ¡Se me fue! ¡Me la mataron! Los gritos hicieron vibrar los ranchos de todo el cerro con sus ecos.

Yo te digo: he vivido toda la vida al lado de ellas, y a veces se escucha cómo la Cepeda golpea a su hija por cualquier desobediencia. Unos gritos espantosos, como si de adentro de su casa salieran del suelo los gritos de los condenados del infierno. Y Marianita salía corriendo, llena de golpes y heridas, y volvía muy tarde a la casa, cuando le daba hambre, y le mendigaba a su madre cualquier cosa para comer. Ella le lanzaba huesos de pollo del almuerzo afuera de la casa, y Marianita Cepeda se los comía sola en un rincón.

Sola.

Siempre sola.

Ella me contó su tortura muchas veces, llorando con sus ojos del color de la tierra. ¡Dios me la ampare! Imagínate si se hubiera enterado la vieja Cepeda de que Marianita no es tan santa como ella cree. Solo dios sabe qué le hubiera hecho.

La crió mal.

La llenó de odio por dentro con esos golpes por nada.

La culpa es de ella.

Por eso Marianita le salió así y se refugió en el sabor de la carne de hombre tan temprano y salió embarazada dios sabe de quién. Con razón no ha vuelto a pisar su casa. Si yo fuera hija de la costurera Cepeda, también la dejaría ahí, revolcándose sola con todo su odio.

Espero que por lo menos el hombre que dejó así a Marianita responda por lo que hizo. Que sea un hombre de verdad. Pero tú sabes cómo son las cosas por aquí. Uno puede soñar pero a veces los sueños no se cumplen. Pobre de ella y de sus dos hijos. Yo te digo ahora, esté donde esté, a la pobre de Marianita Cepeda y a la desalmada de su madre, lo que hay que hacer en este mundo es tenerles lástima.

Sudor, sangre, barro, mierda: la tierra toda en el mediodía dibuja el calor, la gota cae y se expresa en sus delirios; la gota sobre el polvo, la gota que recorre la frente e inunda, entornece, no refresca, jamás refresca: la gota que duele. Carmen y sus hijos, ya cuatro, ya cinco, integrantes de la temprana adolescencia, ayudan a construir la escalera que llevará a los pobres hasta el altar bendito del Santo Niño de los Rencores. Miran hacia arriba, diez ojos cegados por la luz, observando el final de la escalera, donde otros hombres y otras mujeres, todos pobres, derraman cemento, aplanan la tierra, se quiebran la espalda.

Piensan en el bien común de la obra: si todos los caminos terminan en Caracas, dentro de muchos años, cuando el barrio haya consumido la ciudad, todos los caminos llegarán hasta Santa Bárbara Bendita. La autopista Francisco Fajardo, desviada en su rumbo, subirá con sus cuatro carriles hasta el cerro más alto y más sagrado de toda la ciudad. Sabana Grande unirá su cola de transeúntes con la escalera que estamos construyendo. Y las filas para subir serán interminables. Y millones de

personas vendrán cada día a pedir. Y nuestros hijos pedirán por sus enemigos. Y nosotros pediremos por los culpables y los asesinos.

Carmen envía a sus hijos a subir los materiales. Las niñas toman los sacos más pesados, uno en cada mano; los varones cargan menos peso pero más cantidad. Dos o tres sacos en cada mano, uno sobre el hombro. Transportan granos de arena y grava. Cal y cemento. Los arrastran por las escaleras ya construidas, las bolsas de tela resistente dan golpes secos con los escalones frescos, tac, tac, tac y arriba los hombres asignados para obtener mediciones esperan que los materiales lleguen de las manos de los niños. Dejan el tributo a los pies de los constructores. Bajan para volver a subir.

Arriba construyen y hacen.

Hacen y sudan.

Sudan y sangran.

Con las manos hacen.

Con el sudor lubrican el cemento.

Las mujeres, por el camino de toda la escalera, colocan los tubos de la baranda. Los insertan en la tierra toda que acepta la penetración. Son muchas mujeres: unas colocan los tubos, otras golpean con martillos hasta que sienten el calzar, otras instalan el apoyo para las manos; las de más abajo pintan, y cuando terminan con una sección, se mueven, agachadas, un escalón más arriba para seguir pintando.

Todas sudan.

Todas hacen.

Todas sangran.

Piensen: creemos importante para los que vendrán a Santa Bárbara Bendita que tengan un lugar donde apoyarse, porque la sangre, porque los pies rotos, porque el dolor. Esto lo hacemos para beneficio de toda Caracas.

De las casas contiguas a la escalera en construcción los niños solitarios ven por las ventanas, miran hacia arriba y el camino de tierra que se extiende hasta la explanada final donde se encuentra el altar. Seguirán mirando hasta ver cómo la escalera se erige completa ya entrada la noche.

Carmen no vive en Santa Bárbara Bendita, sitio del altar, pero se ha extendido la voz por todos los cerros de la búsqueda inmediata de voluntarios pobres. Los barrios se conectan por un sistema organizado de voces y palabras que los caraqueños odian y no pueden entender. El rumor se expande en ondas laterales, y aunque un cerro esté separado de otro cerro por el valle de la ciudad, la voz de los pobres se transporta en el aire y se derraman las palabras sobre todos los oídos. Los pobres son infinitos, su voz es proporcional a la eternidad y a la imaginación. Así llegó la información a Carmen y a Felipe Toledo, una noche durante la cena: el Santo Niño de los Rencores ha comenzado su vida de santo popular, les dijeron, todos quieren ir, todos quieren pedir, de Caracas muchos ricos han llegado a Santa Bárbara Bendita y no quieren subir porque no hay escaleras. Les da asco la tierra. Les da asco pisar con sus zapatos la tierra que nos pertenece. Les vamos a hacer un favor a ellos y

a nosotros. Se tomó la decisión de hacer un sacrificio y construir. Hacer la escalera con la vida para que toda la población pueda tener acceso al santo del odio. Así verán cómo vivimos. Así vivirán por unas horas el barrio, el agua empozada, las rosas inmensas, la muerte. Así seremos recordados en la historia nacional. Nuestra escalera será el legado de los pobres para el mundo.

El rumor no se detuvo en la casa de Felipe durante la cena. Se trasladó a la casa latiente de al lado y a la de arriba y a todas las que conforman la escalera-estado antes planicie conquistada antes selva virginal. Las mujeres aburridas dijeron sí, iremos. Los hombres sin trabajo asintieron la aventura. A la mañana siguiente caminaron bajo el sol de la mañana y cruzaron la ciudad para llegar a Santa Bárbara Bendita y comenzar la construcción.

Cuando los hijos de Carmen terminen de subir los noventa y nueve sacos de arena restantes y la escalera más importante y alta de Venezuela esté terminada, tal vez comience a aparecer en el humo lo que los pobres han deseado muy adentro desde el inicio de los siglos: la existencia, el reconocimiento, el sí, vivo; estoy aquí, mírame, tócame, hazme parte, mira cómo sangro, mira cómo me matan y mato, escucha cómo respiro. Tal vez. Pero si es necesario que el Santo Niño de los Rencores se convierta en el símbolo de Caracas para que la ciudad deguste el desierto de la pobreza, que así sea.

Dicen que Rafaelito Contreras siempre fue malo. Que tenía la maldad bien metida adentro del cuerpo y una sombra negra y espesa le rodeaba todo el corazón. Yo creo que el alma que dios le tenía que dar al nacer no se la dio, porque las cosas desalmadas que hizo no merecen el perdón ni de dios ni de nadie. La vida que llevaba era invención del diablo. Yo oí que todo empezó el día en que nació. Tú lo tuviste que haber oído, porque de eso se habló mucho tiempo en el cerro. De todas maneras te lo voy a decir, por si acaso no has oído hablar nada de él. Fue en una noche seca, hace tiempo, de esas noches en que el aire parece no estar en ninguna parte. Hacía calor, estábamos todos en los tiempos calientes en que la tierra parece sudar. Dicen, y esto lo dice mucha gente, que el niño no se dignaba a salir de su madre, como si ya desde el momento en que sabía que iba a salir al mundo, tenía decidido a romperlo en pedazos. Dicen que por más que su madre apretara el cuerpo, el muchachito se quedaba adentro de ella, tieso como una piedra. Su madre gritó toda la noche, y de tanto grito la luna de ese día se escondió detrás del cielo y no apareció sino varios días después. Por más que la desgarraba por dentro, Rafaelito Contreras seguía metido para siempre en ella y no había fuerza humana que lo sacara de allí. Y peor: el niño le dio por llorar dentro de su madre, y ella escuchaba su llanto saliendo de adentro de su cuerpo. En ese momento estaba sola, pariendo sola en su cama, en el mismo rancho caído donde moriría después, porque el hombre que la ayudó a hacer a su hijo se había ido muy lejos

cuando supo que le estaba por nacer un muchacho. Dicen que esa noche el lamento del niño se escuchó por todo el cerro, y que si te pones a escuchar bien, todavía suena agarrado del viento, pero unido para siempre al lamento de su pobre madre muerta. Yo conocí a una mujer que conoció a la madre de Rafaelito y me dijo que ella siempre decía: “Yo vine a este mundo a parir piedras; piedras que lloran”. Me dijo que eso lo repetía siempre, y que fueron las últimas palabras que ella dijo antes de irse de este mundo. Dicen que Rafaelito Contreras no salió hasta después de que había amanecido y ya había acabado con casi toda la pobre vida de su pobre madre. Vino al mundo a matarla. Eso dicen. Peor para ella fue enfrentar su propia recuperación, a solas, y tener que vivir al lado de un demonio... Así fue Rafaelito Contreras cuando empezó a crecer. Un diablo. Una vez me dijeron que desde muy pequeño él agarraba a las gallinas que tenía su madre afuera del rancho, y después de perseguirlas entre los plátanos, las lanzaba por el aire, dándoles vueltas hasta que se les salía la cabeza; y si no se les separaba entonces les apretaba el pescuezo con los pulgares hasta que sonaba a vidrio roto. Mientras mataba a las gallinas se reía. Como te digo, así de malo era desde que pisó este mundo... Tú debes de haber oído algo de esto, la historia de esa mujer buena que no hacía más que vivir a los golpes. Quería a su hijo no sé por qué. Creo que toda madre ama a sus hijos así sean los mismísimos demonios del infierno. Moría por él, la pobre. Y eso fue lo que pasó. Cuando creció, Rafaelito Contreras comenzó a matar mucha gente. Le gustaba matar. Mató hasta a la mujer que quería,

La Mortal, para mantenerla alejada de todos los hombres. Su madre se revolvió cada segundo en la angustia de verlo dejar pasar su vida manchándose de la sangre ajena. Le hablaba. Le decía que el mundo era malo, y que no lo hiciera más malo de lo que ya era. Se lo rogaba. Dicen que se arrodillaba a sus pies, y sobre sus pies se ponía a llorar. Lloró todas sus lágrimas hasta que se le secó el corazón. La pobre se enfermó y acabó postrada en su cama sin poder moverse. Rafaelito no la ayudó a vivir ni un solo día de lo que le quedaba de vida a su madre. La tenía al lado, en la misma casa, bajo las mismas cuatro paredes del rancho. Dicen que él se sentaba a comer y la veía muriéndose, con los ojos de ella todos blancos por la fiebre, y los labios rotos y resecaos por la sed. Él veía cómo se la llevaba la muerte y no hizo nada. Cuando se murió la pobre, él ya había acabado con mucha gente y los ojos se le habían puesto todos negros como los ojos de los diablos. Ella lo quiso hasta que no vio más la luz en este mundo.

Quédate aquí conmigo, aquí, aquí, aquí, lentamente, suavemente, mientras retumban nuestros pechos juntos y vivos y desolados, con nuestros latidos abismales y hondos. Siente cómo toco la línea que divide tu pecho. Siento de un lado tu corazón y del otro lado un vacío largo, extenuante, y cuando llego a tu orilla podrían salir pétalos o espinas si yo quisiera. No sigo porque eso que tú tienes es tuyo y no mío si no quieres. Hasta aquí abajo me llega tu respiración, tu piel que suspira, y yo estoy

tan lejos de tu boca, como si estuviera a miles de kilómetros y el tiempo y el viento me trajera tu respiración dulce y cruel y ruidosa de miradas distantes, las muertes que morimos cada vez que nos tocamos y nos perdemos yo no sé por dónde, tal vez por tu cuerpo o por el mío, por el desierto de nuestros cuerpos. Vuelvo a subir porque estás prohibida, Mortal. Siento cómo voy tocando la línea que divide tu pecho, mi dedo la recorre, la sigue y se inserta para navegar en esa línea que llega hasta tu boca y tus ojos. Sigo subiendo y quiero encontrarte para decirte la soledad que somos, la soledad en la que podríamos no estar si yo sucumbo a la muerte y a tus ojos. No te encuentro, te pierdes entre las sábanas en la que estamos envueltos, no te encuentro, cuerpo prohibido, hermoso, tácito, cuerpo de los cuerpos, ojos de ojos, muerte de muerte. Me he pasado toda la noche delirando el sueño de tocar la línea que divide tu pecho, y aquí estoy, haciéndote el amor después de ver cómo Fernando Acuestas te tomó una foto porque tú se la pediste, y sonreías a la cámara para enamorar este mundo y al otro mundo, el de los objetos. Estabas estrenando tus ojos. Le pediste a la bruja Cepeda que te los pusiera. Fuimos, te tocó los párpados, saliste hecha inmensidad. Para inmortalizarte te quitaste la ropa frente al lente y abriste las piernas y mostraste para delirio del planeta tu canal dulce también lleno de ojos y de abismos, el canal húmedo donde sólo yo estoy permitido a perderme, Mortal. Yo, Rafaelito Contreras, en esta cama donde no puedes escucharme porque estás dormida y desnuda, te prometo por mi vida que pase lo que pase, aunque mis manos pidan sangre y más sangre, no

te haré daño: no será por mi mano que caigas en los temblores de la muerte, no será por mi mano: ahora duerme, yo me voy, la madrugada siente los rumores de la sangre.

Piensa. El tiempo se desliza en contrapesos como fuentes de agua enajenada, agua en llamas, fuego coloreado de matices obsoletos. Llamas danzantes, huidas en visiones eternas. Fuego, fuego en el rostro, fuego en las manos, fuego, rostros colisionan, ojos amantes vividos en tiempos de tiempos pasados, el tiempo quemado, el cielo quemado, la tierra incendiada del color de los atardeceres. Sin viento de esperanzas, la música es el crepitar de los huesos hirviendo, ojos vaciados, numerosas noches plasmadas, huellas en la tierra, ciudad o cerro, la misma proporción de llamas enjauladas. Amanece, lejana y escondida, una luna roja. Familias rotas bailan en el fuego, tomadas de la mano, carentes de toda verdad, de cuerpos sordos, ciegos, mudos, cuerpos y lugares violados. Sonríen, son visiones en las llamas, dan vueltas en sus ojos, la felicidad comenzó el día de las balas, la felicidad comenzó el día de la muerte: felicidad obtenida de la venganza de la ciudad sumergida en el pozo de la sangre derramada contra todos los vivientes en los márgenes de la ciudad de cerros y excrementos.

Es la ciudad comprometida a lazos con la muerte. Es la ciudad de cerros como mares, océanos de luces y de prados desérticos, polvo de calaveras y noches de música sorda y oasis intangibles.

Caracas del asco, cerro de esperanza olvidada;

Caracas del vicio, cerro de amores fulgurantes;

Caracas repugnancia de las luces, cerro de sangre enamorada;
Caracas de tiranías equivocadas, cerro de la muerte en la vida;
Caracas de la soledad habitadora, cerro de Venezuela consolada;
Caracas sorda y paralítica, cerro de música, movimiento de llamas;
Caracas burocracia de la muerte, cerro de bosques salvajes, cacería de cabezas;
Caracas contaminación de los cuerpos, cerro contaminación de las almas;
Caracas del Ávila coronada, cerro del Ávila de horizonte;
Caracas desierto de manos, cerro desierto del alma;
Caracas, cerros, barrios, dos gotas de sangre en ruinas derramadas de la misma
estrella enamorada.

Es medianoche, se escapan alaridos de los ojos fracasados. No se vive, nada vive, nadie. Llamas. Siempre se vuelve al fuego, se retorna toda la vida al calor de las familias incendiadas.

En el portal de la muerte, asido a las piedras de su propia destrucción, el corazón falleciente de José Mercado piensa:

Soy fiel a las sombras, a los atardeceres oscurecidos, a la ira dispuesta a terminar con los objetos vividos, vistos, olfateados en mis noches solitarias, al ritmo de la salsa brava y el café caliente, cuando pensaba que nada podía salir mal si nos comprometemos por hacer del mundo un bien, una esperanza, un lugar sin direcciones ni destinos, un presente, un ahora, donde cada detalle de la experiencia de la vida esté plagado de eternidades.

Soy solo el corazón de un hombre pero represento a todos los violentos enamorados, yo, el de los ojos furiosos, corazón de ojos como

La Mortal, ojos incendiados, ojos de cuencas en llamas, como la primera vez que nuestros ojos se miraron y se penetraron: se hicieron dos planetas, dos soles, dos estrellas fugaces en las galaxias coloreadas.

Venías subiendo las escaleras de San Felipe, sola, por una razón desconocida o por capricho, para enamorar hombres o embellecer la realidad, con tus dos lunas colocadas en el rostro, derramando tu belleza en cada centímetro del cerro. Los objetos se enaltecen ante tu mirada: hacen reverencias, se inclinan ante tu belleza descomunal, desproporcionada, mujer de los ojos amantes, tú. No lo sabes, pero ante tu mirada las piedras florecen, les crecen nomeolvides en el sexo a las mujeres, el río herido hierve de aguas cristalinas y barcos conquistadores, el cerro se puebla de árboles insólitos, la ciudad deja de sangrar por sus heridas, desaparecen las cicatrices de la tierra, los planetas se alinean en la forma de constelaciones escondidas, las estrellas adquieren dimensiones siderales, la luna brilla como todos los soles, la noche es día, las existencias imposibles adquieren cuerpos, espíritus tangibles; los muertos resucitan, conversan, beben cerveza, hacen el amor y regresan a sus tumbas al atardecer; las prostitutas pagan para ser escuchadas por los hombres, los hijos traen la comida a casa y alimentan al anciano, el crucificado se libera de las manos enemigas y decide vengarse alentando los pecados, mis hijos y mi mujer regresan a vivir en la más desagradable miseria: tus ojos dan vida dando muerte.

Debo agradecerte por el presente que me has otorgado. Qué mejor regalo que la muerte de mis hijos y mi esposa, qué mayor alegría, qué

mayor esperanza de verlos fuera del ámbito del sufrimiento, del infierno de este mundo. Soy feliz, a esta hora, cuando mis bordes de corazón enamorado se han oscurecido, cercados por las llamas dentro de un cuerpo incendiado. No sufro de dolor.

Recuerdo el aroma de la gasolina. Dulce es el aroma de las explosiones. Yo, el amo, José Mercado, títere de mis reacciones, después de conocer la gran noticia de la muerte de Mariela Mercado y los cinco niños, conocida en las palabras, “pasa todo el tiempo, dios tenga a tus muertos en la gloria”, decidimos que la solución definitiva era la esperanza del fuego. Esta noche sus manos tomaron un recipiente lleno de gasolina y derramó su poder en las paredes y el techo de cada casa: recuerdo el aroma del barrio dormido en el borde de la noche, a punto de incendiarse. Recuerdo, sobre todo, el sonido del fósforo encendiéndose, la explosión del instante de la combustión, el cielo de la madrugada roto de colores atardecidos, las llamas levantándose en el aire, los gritos de los perros, los ladridos de las mujeres. Dulce es el aroma de un cerro en llamas. No te preocupes, Mortal, escúchame, hay una razón para todo este desvarío.

Como San Felipe, soy un corazón en llamas. He entregado el barrio al fuego por una sola razón: la desesperación vital de no vivir comiéndome tus ojos, de restregarlos contra mi cuerpo en movimientos sexuales, de tenerlos en frente y derramar mi pene y fecundarlos, y que de ellos salgan hijos con rostros de fuego, de manos florecidas de araguaneyes, hechos de labios besados. Nunca amé a mi mujer, mis hijos

son la obligación impuesta por ser hombre, nunca quise sus colmillos rotos de hambre, sus manos arrancando pedazos de mi carne en llamas, pidiendo dinero para vivir y no lo tuve, no lo tengo; hijos hechos de la violencia de dos cuerpos despedazados sin amor, Mariela y yo, nunca enamorados, viviendo una existencia inexistente, sin amor, sin amor, sin amor; el mayor crimen de un hombre hacia una mujer es penetrarla, derramarse dentro de ella cuando no la ama, cuando no está dispuesto a convertir al mundo un paraíso para ella en medio del reino de la muerte: el delito es sacarle crías, dejar huellas vacías por el mundo, como muchos han hecho en este barrio de tristezas: engendrar y olvidar.

Mortal, mírame, quisiera que fueras tú mi compromiso, tú y yo, nosotros. Amas a otro, lo sé, amas al que ha ocasionado la destrucción de mi familia impuesta por la vida. No soy un corazón celoso, puedes cambiar, ámame: te entrego el regalo del universo. El mundo de dios no es suficiente para ti. Mereces este desierto creado para tus ojos, San Felipe en llamas, todo tuyo, sus calles percidas; creo para ti el mundo de nuevo, hecho a tu imagen, sin sus arranques de muerte, corazones nuevos, este cerro lleno de oasis y fuentes de sangre cristalina. Míralo, qué hermoso el fuego, qué hermosa las lenguas de llamas, mira sus delirios, sus pasos, te he dejado el cerro limpio de almas, así lo encontrarás cuando regreses hasta mí, y hagas el amor con mi cuerpo de cenizas, y mi erección frágil te penetre, así lo encontrarás cuando regreses hasta mí y el mundo se entere del amor tan potente, tan vasto, hirviendo en mi sangre, asido, derramado en tu nombre.

Y yo no estaré aquí. No estaré para ver cómo subes, cómo cada pisada de tus pies en las escaleras se convierte en la existencia del susurro cósmico, cómo florece la tierra bajo tus pasos. No estaré. Te veré desde arriba, o abajo, y te seré fiel hasta en la muerte. Mis hijos muertos podrán quedarse con su madre muerta. Los he olvidado. No estaré para ellos, mi muerte está escrita con las seis letras de tu nombre, y mi vida, a punto de acabarse, también. Soy un corazón que llora, las llamas llegan hasta mi centro, la sangre que he palpitado enamorada vibra y se detiene, cenizas, cenizas, cenizas, soy lluvia de cenizas, un corazón de cenizas, soy el órgano del fuego.

Mira el cielo creado para ti, Mortal, amante de una sola mirada, con mi sangre. Florecerán astros y yo danzaré ante ellos. El mundo será la casa de la vida. El mundo te pertenecerá y viviremos tranquilos, tú y yo, contra todos los enemigos, tus amantes, mis hijos; nuestro amor es amenaza. El universo es tuyo, le pertenece a tu mirada. Me entierro en las llamas. San Felipe es todo ruinas. Los ojos de mi cuerpo ven arriba pájaros cercanos, los oídos de mi cuerpo escuchan el aleteo constante. Dan vueltas sobre mí, pájaros de la noche, dan vueltas sobre mi cuerpo, pájaros del luto, dan vueltas sobre mí, incesantes, pájaros carroñeros; tu recuerdo, pájaros de alas vastas y flores, dan vueltas en torno a mi sangre.

Mortal, el mundo es nuevo y te pertenece, te dedico la tierra de este cerro. San Felipe será el nuevo altar del amor. Oleadas de personas enamoradas vendrán por los siglos de los siglos, de todos los países del

mundo, a visitar el altar inmenso creado para ti. Harán cola para ver el universo hecho para tus ojos. El Santo Niño de los Rencores será olvidado de la faz de la tierra, el altar del amor verdadero será noticia mundial: cada persona del planeta querrá subir hasta San Felipe, internarse en su poblado de cenizas y pedirle a mi cuerpo para encontrar el amor.

Dirán, todos los que suban, dirán: “Aquí estoy frente a ti, José Mercado, amante eterno de La Mortal, hazme un favor. Quiero amar, quiero sentir mis manos entrelazadas en otras manos, quiero penetrar el alma de un ser vivo, quiero ser penetrado en la distancia por un corazón violento”.

Estaré contigo. Morirás pronto, me imagino. Tanta belleza no puede ser real, no puede durar tantos años viviendo en el infierno. Morirás bajo sus manos de diablo, y nos encontraremos. Las llamas han tocado mi centro. El dolor ha acabado. Comienza la era de la esperanza, una nueva vida. Mi sangre se detiene, no fluye. Se ha detenido. Dejo de ser yo para ser tú. Palpito en tu pecho, desde adentro admiro tus pezones lunares.

Entiende, Mortal, nadie te ha amado como yo, tan rápido, a primera vista, tan lento, para siempre. Seremos una eternidad. Estas son mis últimas palabras. Escucha, por una sola vez en tu vida, escúchame, te diré estas palabras con mi último aliento de vida: no dudes de mí, soy lo que parezco, soy lo que soy, en ti, un corazón, palpita las palabras, las últimas: el corazón no es corazón si no está enamorado.

Como soy su hermano mayor, tuve que enseñarle a Manuel cómo dejar que a un cuerpo muerto se lo lleve el río. Estábamos abajo parados en la orilla, de madrugada, mientras la corriente iba arrastrando lentamente al señor Juan José. Así es que nos deshacemos de los muertos en este país, le dije. Mi papá tuvo que matarlo para poder quedarnos con su casa y tener un lugar donde vivir. Así estaba nuestra vida hace muchos días. La gente olvidó lo que hicimos. Se dieron cuenta de nuestra necesidad. Ellos hubieran hecho lo mismo si les hubiera pasado lo que nos pasó a nosotros. Nos acostumbramos muy rápido a la vida tal y como está, tal y como la trae el destino. No hacemos preguntas. Los vecinos estaban acostumbrados a ver al señor Juan José viviendo aquí, entrando y saliendo de la casa. Ahora se han ido acostumbrando a nosotros, como si él nunca hubiera pisado esta parte del barrio. Al recuerdo del señor Juan José también se lo llevó el río.

No sé si estuvo bien despertar a Manuel esa madrugada para mostrarle cómo uno se libra de un muerto siendo él tan chiquito, con sus ojos siempre viendo hacia el cielo. Él dice que lo hace porque quiere encontrar la voz de mamá. Extraña escucharla, su voz dulce y melosa, voz de mujer enamorada.

Aquí uno nace siendo un hombre y él es todavía un niño. Es un error. Mi mamá hizo que él no sintiera la realidad de vivir aquí. Lo protegió, lo consoló, lo consintió demasiado. Lo hizo blando como ella. Le decía, a las horas de la tarde, siempre cuando el sol estaba a punto de

ponerse sobre la noche: “Tú sabes que yo te quiero más de lo que las noches quieren a los días. Eres mi descanso de tanta muerte que nos rodea. Eres ese brillo que aparece en la mañana llevándose la noche”. Así le decía y le pasaba la mano por la cabeza, y Manuel se quedaba viéndola sonreír y era feliz en sus brazos. Gran problema. Por culpa de ella él no sabe lo que es la vida, esta vida que se le va pudriendo a uno entre tanta muerte y tanta cosa mala; esta vida que se resbala de los dedos como el agua sucia del río.

Vi que Manuel miró el cuerpo del señor Juan José y lo seguía con la mirada puesta en el agua, en los remolinos que iluminaba la noche con sus luces de luna llena y los fuegos artificiales, hasta que el señor Juan José no se vio más. Yo sé que Manuel se dio cuenta ese día de que la muerte no es como las palabras que nos decía mamá.

Mi papá tuvo que hacerlo. No teníamos absolutamente nada. Vinimos hasta acá luego de desenterrar a mamá. Murió hace cuatro meses. Amaneció muerta, sin un poquito de vida adentro y toda la sangre afuera del cuerpo. Mi papá se dio cuenta porque lo despertó el frío de su piel. Él dice que fue muy triste haberse acostado con un cuerpo cálido a su lado y haber amanecido junto a un cuerpo muerto. Cuando mi papá abrió los ojos, mi mamá estaba blanca como la luna de ayer. Sus labios parecían vivos, eran rojos y brillantes. Ese día amaneció muy hermosa. Pura, como nunca antes la habíamos visto. La mató una bala perdida. Así son las cosas. Hace tiempo que no oigo que una persona se muera sola. Todos estamos esperando la bala que nos llevará de aquí hasta la

muerte. La bala vino de afuera, atravesó la pared de la casa y justamente cayó sobre la vida de mi mamá. Son cosas que pasan, dice mi papá, porque somos pobres.

Mi papá la quiere mucho, todavía la quiere. Llevaba siempre en la camisa una foto de ella, de cuando eran jóvenes y vivían en un ranchito de un barranco. Mi mamá no nació aquí, mi papá sí. Ella nos decía: “Vine para acá buscándolos, y terminé encontrándolos dentro de mi corazón”.

Mi mamá. Le gustaban mucho las palabras bonitas y por eso yo siempre la quise. Todavía la quiero. Anoche la estuve mirando, mirándola y hablándole sobre mí, sobre lo que tengo pensado hacer con mi vida cuando me vaya del cerro. Ya no está tan bonita pero igual ella me escucha. Tiene en los ojos el mismo color que tenía cuando estaba viva. Se los dejamos abiertos para que nos vea mejor. A veces, cuando llegaba de comprar del abasto, se quedaba mirándonos a Manuel y a mí y se agachaba y nos decía: “Si pudiera llevármelos de aquí me los llevaría bien lejos, más allá de los ojos de la luna, donde nadie nos pueda hacer nada y nos quedemos solos, y vivamos para siempre viendo los atardeceres desde afuera del mundo”. Era una buena mamá. Cuando estaba enterrada, mi papá le rezaba a la foto todos los días como si fuera la imagen de una santa, antes de irse a dormir. Se arrodillaba en frente del colchón y le pedía que nos protegiera, que desde arriba no dejara que nadie nos hiciera nada, alargara nuestra vida por lo menos un día más, decía. Ahora es diferente. Mi papá se sienta en la mesa y habla con ella. La mira, la sigue mirando, y se pierde en su pelo largo y rizado. A veces

toma su mano y le dice: “Yo sé que desde adentro de ese cuerpo puedes escucharme. Cada día estás más bonita.”

Como mi papá la quiere tanto, cuando la mataron, la enterramos en un espacio que teníamos detrás de la casa, al lado de las gallinas ponedoras de huevos. Todos los días mi papá le ponía flores nuevas; a veces trinitarias que arrancaba del patio de una de las vecinas, o traía de Caracas las flores que se habían caído de los apamates. A mi papá no le gustaba que mi mamá estuviera muerta entre tantos desconocidos, así que decidió enterrarla donde estuviera cerca de él, donde todos pudiésemos cuidarla. “Siempre estaremos aquí para ella, y cuando nos maten, la casa se encargará de llenarla de flores”.

Estábamos equivocados. Ni mi papá ni yo sabíamos que la gente podía venir a quitarnos la casa completa, dejarnos afuera, vacíos, sin nada. Llegaron unas personas diciendo que todo es de todos y que una familia puede caber donde viven otras. Todo es de todos, gritaban, todo lo tuyo es todo lo mío.

Ni mi papá ni yo supimos qué hacer. Mi papá no es de los malos. A él no se le hubiera ocurrido matar a los que llegaron a la casa. Mi papá mata cuando es necesario. Él es bueno. No pudo hacer nada. Mi papá sólo dijo que fuéramos a buscar a mamá. Manuel y yo nos metimos por debajo de la reja y fuimos por detrás de la casa para poder desenterrarla. Caminamos callados, lentamente, para que no nos escucharan. Estaba empezando la noche.

Agarramos las palas con que la habíamos enterrado y fuimos sacando tierra poco a poco y hasta que el metal tocó algo suave. Tardamos veinte minutos, tratando de hacer el menor ruido posible. Seguimos sacando tierra y la encontramos. La sábana con que la habíamos envuelto no se había ensuciado. Bajamos hasta donde estaba ella. Manuel la agarró por los pies y yo por los hombros y comenzamos a subirla. De pronto sentimos un ruido muy fuerte y un aire caliente pasó al lado de nosotros y mamá se nos cayó de las manos. Se fue rodando otra vez hasta su cama de muerta.

– ¿Qué hacen aquí?

Una de las mujeres que se había metido a la casa nos apuntaba con una pistola. Manuel estaba agachado y tenía las manos encima de la cabeza. Lloraba.

– Estamos buscando a nuestra mamá, está aquí enterrada. Ya nos vamos, dije.

Disparó cuatro veces al aire para que nos fuéramos rápido, y nos llevamos a nuestra madre muerta hasta donde mi papá nos estaba esperando. La sábana que la cubría se voló con el aire y se perdió en el horizonte del cerro.

Mamá olía igual que el día de su muerte. Era una combinación de pétalos de rosas, una mañana abierta, agua bendita, flores de araguaney y mangos maduros. El día de su muerte la casa se llenó del aroma de mi mamá. Iba dejando un rastro detrás de ella cuando mi papá la movía para

arreglarle la ropa con la que sería enterrada. Mi mamá. La muerte le había traído una belleza que no había tenido en la vida.

Cuando llegamos donde él estaba, cerca de las escaleras, mi papá reconoció el olor y suspiró, se tragó todo el aroma que salía de mi mamá.
– Cada día la quiero más, dijo, y cerró los ojos para perderse en ella.

Mi papá y yo cargamos a mi mamá un buen rato de la noche. Él la llevaba por los brazos y yo le agarraba los pies. Bajamos las escaleras, con cuidado, para que mamá no se cayera. Tardamos mucho. Tratábamos de llegar a la casa de una mujer que mi papá conocía y que podía ayudarnos a pasar la noche, mientras encontrábamos otro lugar para poder empezar a vivir otra vez. No he visto noche más oscura que esa. Mientras bajamos, de pronto el cielo se encendió de todos los colores y se escucharon sonidos de explosiones atravesar el ruido de la noche del barrio.

– ¿Qué pasa? preguntó Manuel.

– No sé, respondió mi papá, creo que la gente está celebrando algo.

Los fuegos artificiales salían de todos lados, de todas las casas. Mi papá se paró un momento y pusimos a mamá con cuidado sentada en la escalera. La arreglamos para que se viera bonita, por si acaso venía alguien. Vimos arriba el cielo negro y los fuegos artificiales que explotaban sin parar. Agarré a Manuel de la mano y nos montamos en el techo de una de las casas que teníamos cerca, para ver mejor lo que estaba pasando. Se veía todo el cerro, las casas de abajo, de varios pisos, los ranchos hechos de tablas de la parte de arriba. Todo el barrio se

iluminó de colores. En la parte más alta, una de las casas, todavía hecha de tablas, del ruido tan fuerte de uno de los fuegos artificiales que explotó cerca de ella, se derrumbó por el barranco. Las paredes se desarmaron todas y el techo se deslizó cerro abajo. No sé si había gente adentro, espero que no. Otras casas también se cayeron, una a una, con cada explosión de los fuegos artificiales.

Mi papá nos llamó para continuar el camino. Mi papá es bueno. Nos dijo que nunca nos abandonaría, nos prometió que siempre estaría con nosotros. Nos dijo que lo único bueno que había hecho en la vida fue habernos traído al mundo. Lo dijo con los ojos abiertos y grandes, parecidos a la luna.

Al fin llegamos donde la señora Josefina, la mujer que nos dejaría quedarnos a pasar la noche. Mi papá tocó la puerta y salió un muchacho. – Ella no está, salió ayer en la noche para un velorio y no ha vuelto todavía. Sabrá dios qué le habrá pasado. Mataron a Raulito.

– No sé quién es pero pobre de él, dijo mi papá.

– Cosas que pasan, señor.

– Si vuelve Josefina dile que vine a buscarla. Es un asunto de muerte.

– Como todo, señor.

El muchacho volvió a meterse dentro de la casa y cerró la reja con llave.

Mamá sonreía, se le veía en la cara una sonrisa de oreja a oreja. La hacía feliz el hecho de que la desgracia no nos había separado como familia.

De pronto se acabaron las escaleras. Vimos la calle, y todos los carros estacionados y la mueblería y el abasto. El río sonaba cerca, y el agua se iluminaba por los fuegos artificiales. Mi papá miró para todos lados buscando algo. No sabíamos qué hacer. Solo teníamos una madre muerta a quien cuidar.

Vimos una casa cerca de la calle y nos acercamos. Pusimos a mamá en la entrada y tocamos la puerta. Se abrió por el golpe y mi papá se asomó. Nos hizo una señal para que entráramos. Todas las luces estaban apagadas. Nos dimos cuenta de que un hombre nos estaba mirando aterrado, escondido debajo de una mesa.

– ¿Quién es? dijo el hombre, asustado, asomando la cabeza.

– Tranquilo, jefe. Solo venimos a pasar la noche. Mañana nos vamos, dijo mi papá.

El señor salió lentamente de abajo de la mesa y se acercó. Entendió que no le íbamos a hacer nada. Estaba muy equivocado. Nos iluminaba el color de los fuegos artificiales que entraba por la ventana. El señor estaba sudando y le dio la mano mojada a mi papá:

– Juan José Acuestas, señor. ¿Ustedes?

– Roberto. Mis hijos, Manuel y José. Y mi esposa, difunta, esperando afuera de la casa.

– Yo también tenía dos hijos. Se los comió la violencia. Aprendieron a matar y matan. Viven solos, quién sabe dónde, haciendo su mal. No importa. Así es la vida, nuestra única esperanza. Se llamaban Fernando y Joselito.

– Así es la vida.

El señor Juan José prendió las luces y nos preguntó si teníamos hambre. Nos invitó a sentarnos en la mesa. Sacó unas arepas frías de la cocina y las ofreció para que comiéramos. Entre Manuel y yo arrastramos a mamá y la sentamos en la ventana. Le abrimos los ojos para que pudiera ver los fuegos artificiales. Volvimos a la mesa.

– ¿Qué les pasó?, preguntó el señor Juan José.

Mi papá suspiró y se pasó la mano por la cabeza.

– Todo pasó tan rápido que no nos dimos cuenta. Salimos temprano para comprar algunas cosas en el mercado y cuando volvimos, como a las once, la casa estaba llena de gente. Tres mujeres, tres hombres, catorce muchachitos, hijos de todos ellos. Habían traído sus propias cosas y las pusieron con las de nosotros, como si fueran a quedarse mucho tiempo. ¿Puede imaginarse eso? Lo único que decían cuando nos vieron entrar era, todo es de todos, todo es de todos, todo lo tuyo es todo lo mío. ¿Por qué no comparten con los pobres? ¡Pero si nosotros también somos pobres! Estábamos paralizados. Una de las mujeres nos trajo la desgracia. Si no quieren morir, más les vale que se vayan. Ahora esta casa es de nosotros. La honraremos como ustedes la han honrado. Su momento de vivir aquí ya pasó. Nos hizo salir de la casa mostrándonos su pistola brillante.

El señor Juan José no pareció sorprenderse.

– Mañana tenemos que buscar otro lugar para vivir, siguió hablando mi papá. Y disculpe por aparecernos así en su casa. Usted sabe cómo son las cosas. Cuando el pobre lava, llueve.

Juan José se levantó de la mesa y guardó las sobras de la comida. Nos dijo donde podíamos dormir y apagó las luces. Mamá seguía viendo por la ventana los colores de los fuegos artificiales.

En la madrugada mi papá me despertó y me dijo:

– Necesito que me hagas un favor. Llévate a este muerto y échalo al río.

Pude ver en sus ojos que algo en él había cambiado. Desperté a Manuel y salimos de la casa.

Como no teníamos un lugar propio para vivir, como nos habían quitado todo de las manos excepto a mi mamá, mi papá ahorcó al señor Juan José mientras dormía. Lo hizo bien y nadie escuchó nada. Manuel y yo lo arrastramos y cruzamos la calle para bajar por la barranca hasta el río. Llegamos a la orilla. Lo dejamos caer al agua, el río se lo llevó y se lo tragaron los remolinos. Fue entonces que le dije a Manuel: “Así es que nos deshacemos de los muertos en este país”. Manuel sonrió y subimos de nuevo. El río explotaba reflejando los fuegos artificiales que inundaban el cielo. Caminamos por la calle y Manuel se paró y se quedó viendo hacia arriba. Siempre él, tratando de buscar la voz de mamá en el cielo, pensé. No era eso. Señaló la casa y vimos a mamá asomada en la ventana, viéndonos, sus ojos destacándose en la oscuridad. Sonreía felicitándonos por lo que habíamos hecho.

Ella me dijo eso: “y los ojos se le habían puesto todos negros como los ojos de los diablos”. Me dijo que después de la muerte de su madre, Rafaelito Contreras se desapareció por un tiempo dejándola sobre la cama en que lo parió. Se quedó sola y muerta como había estado toda la vida. A veces regresaba a descansar. No se quedaba mucho tiempo. Los vecinos se dieron cuenta de la difunta porque todo el cerro empezó a oler a muerto. El aroma se metió por las paredes de los ranchos, contaminó el aire, y la comida comenzó a tener el sabor de la carne putrefacta. Cuando encontraron su cuerpo lo vistieron de blanco, para llevarlo a enterrar al cementerio del cerro, en la fosa común. Ese fue el último día de la vida de Rafaelito Contreras. Se apareció en medio de la procesión que habían hecho para su madre, mientras las mujeres cantaban avemarías en voz alta, cuando estaban llegando al cementerio. Amenazó con matar a los que la tenían cargada y robó el cuerpo de la mujer que lo había parido. Lo que ella me dijo después no sé ni cómo repetírtelo. Después del robo, los hombres buscaron a Rafaelito Contreras por todas partes. Lo encontraron llorando como cuando todavía no había venido al mundo, sobre el cuerpo de su madre, en el mismo rancho donde había nacido. Se derramaba en lágrimas negras sobre la ropa blanca que tenía puesta su madre. Se lamentaba. Dicen que aquella desolación es algo que no se ha visto nunca más por estos cerros. Es verdad lo que te digo; la mujer que me lo contó sabe mucho de estas cosas. Me dijo que sus manos se le habían clavado tanto al vestido de su madre, que para sacarlo de ahí tuvieron que arrastrarlo varios hombres.

Pesaba como una piedra, dicen. No había fuerza humana que lo hiciera soltar su remordimiento... Mientras lo linchaban, él lloraba. No importa cuánto le pegaran, cuánta sangre le sacaran del cuerpo, se veía en sus ojos de diablo que lo único que lo hacía llorar era la soledad, el destierro en que lo había dejado su madre... Ese fue su final. A Rafaelito Contreras lo colgaron de la rama más seca y más vieja del araguaney de San Judas. Lo amarraron de la cabeza para asegurarse de que estaba muerto. Dicen que el cuerpo de Rafaelito Contreras llora cada noche después de su muerte, colgado, dejando un charco de lágrimas sobre la tierra. Eso dicen.

La tarde empezaba a caer sobre la ciudad. El Ávila era un reflejo en el cielo. Manuel veía el río desde la platabanda de su casa. El río hacía un sonido suave, y parecía menos sucio, menos distante a esta hora de la tarde, cuando el día rojo comienza a desaparecer para hacerse una sombra completa. Imaginó que era un río navegable. Al crecer se montaría en su barco y llegaría a un recodo donde nadarían muchos peces. En la noche los llevaría a una casa que estuviera lo más lejos de cualquier cerro de Caracas y se los cocinaría a José. Estando feliz con su hermano, Manuel no buscaría más la voz de su madre en el cielo. Luego sintió unos pasos detrás, subiendo por la escalera de metal que terminaba de llegar a la platabanda. José se sentó a su lado, apretando su cuerpo lo más cerca de él.

– No me gusta vivir aquí. Es un sitio malo. Mamá no huele bien. No quiero vivir más cerca de ella. Desde que estamos aquí comenzó a pudrirse.

José lo abrazó y le acarició la cabeza. Manuel recordó las manos de su madre recorriendo su cabello.

– No te preocupes; nos vamos de aquí, hermanito. Ya vas a ver. Solamente espera. La vida está difícil pero ahí voy. Estoy ahorrando plata para los dos. Para irnos de este cerro y no volver nunca más. Te lo juro. Tengo que cuidarte. Tengo que cuidarte porque el mundo es malo y porque eres mi hermano y yo soy el tuyo. De aquí nos vamos. Te lo prometo. Que no se te olvide.

Mi hermana Esperanza está muerta. Hace días que no ha venido a la casa, y aunque mi mamá dice que va a regresar, yo sé que nunca más la veremos en la vida. Mi mamá, Angustias, lleva muchos días sentada afuera del rancho, viendo hacia Caracas con los ojos vacíos, esperándola como si fuera a regresar. Me provoca salir y pararme en frente de ella y decirle: “está muerta, nunca más vas a volver a ver a tu hija”, y cuando se tape los ojos con las manos y empiece a llorar, y las lágrimas se le escurran entre los dedos, volvérselo a decir.

Durante estos días, después de haber ido con mi hermana adonde el Santo Niño de los Rencores, estoy segura de que a ella le pasó algo, como yo pedí que le pasara. Lo único que me importa es que no vuelva

porque desde que nació, lo que yo siempre he querido en esta vida es verla muerta.

Todo pasó porque mi hermana Esperanza estaba empeñada en acabar con la vida del hombre que ella tenía entre las manos. Él se pasaba el tiempo con otras mujeres, tocándoles los labios, desnudándolas a escondidas. Mi hermana se había prometido como única de él, y cuando se enteró de que ella no era la única mujer que él desnudaba, el odio empezó a recorrerle todo el cuerpo hasta que se le clavó en el corazón. Hace un mes vino a la casa de visita y me dijo en secreto que fuéramos al altar del Santo Niño de los Rencores. “Allá”, me dijo, “se puede pedir por el mal de los demás”.

Me contó qué teníamos que hacer para que el Santo Niño cumpliera nuestras peticiones: “Te arrodillas frente a él y le dices a quién quieres ver muerto. Así funciona. Lo único que hay que hacer es sentir en el pecho un odio de verdad, un fuego negro desde adentro”.

Me pidió que la acompañara porque tenía miedo de arrepentirse antes de llegar y no hacer nada de lo que tenía pensado en hacer. Le dije que sí. Iría con ella para que no fuera sola, pero en realidad se me había metido en la cabeza la idea de pedir por la muerte de mi hermana. Quería que pagara por toda una vida de tu hermana es mejor que tú o nunca vas a ser como tu hermana, palabras que me repite mi mamá cada vez que me ve.

Lo que sucede es lo siguiente: mi hermana Esperanza fue una de las que pudo irse del barrio. Yo no sé cómo hizo, porque para salir de

aquí tienen que matarte o esperar a que alguien te saque. Mi hermana se fue hace un año a vivir a Caracas, cerca del centro, a un edificio muy grande al que llaman la Torre de David. Eso le gustó a mi mamá. Se sintió orgullosa de que una de sus dos hijas lograra sacarse adelante ella sola. Y como yo no puedo porque no sé cómo hacer para salir del cerro, mi mamá me dice que voy a estar aquí para siempre porque no sirvo para nada, y que me voy a morir metida en este rancho, como se va a morir ella cuando le llegue el día, sin un lugar propio donde caerse muerta.

Por eso fui a ese lugar tan lejos y tan lleno de odio, para pedirle al Santo Niño, que por favor, por lo que él más quisiera, me hiciera feliz acabando con la vida de mi hermana Esperanza.

Le dijimos a mi mamá que nos íbamos lejos, a visitar a unas amigas imaginarias, excusa que nos permitiría salir para hacer de nuestro odio carne viva. Le mentimos porque no queríamos que se preocupara. Igual se le vio en la cara el miedo de no volver a vernos nunca más. Digo vernos, por decir. Su cara de preocupación no fue por mí, sino por mi hermana. ¿Cómo iba a querer mi mamá que le mataran a su orgullo? a la única que le había pagado bien el dolor de haber parido.

Mi mamá nos dio la bendición y nos hizo la señal de la cruz con la mano, como diciéndole al cielo: que Dios se apiade de sus almas. Ella misma nos abrió la puerta y el calor del mediodía se metió en la casa como un remolino y nos dejó a las tres sofocadas. Supe, en ese momento, que había comenzado nuestro ascenso al infierno.

Al irnos pude ver las lágrimas de tristeza que se le escaparon de los ojos a mi mamá. Tuvo mucha razón en llorar, porque ahora, que yo sepa, mi hermana debe estar pudriéndose y sus ojos se los deben haber comido los zamuros.

Yo no sabía que el Santo Niño de los Rencores quedaba tan lejos y que llegar hasta allá doliera tanto. Mi hermana me dijo, cuando estábamos bajando por las escaleras para meternos por uno de los caminos que se mueven entre los cerros, que nos quedáramos descalzas, porque era la única forma que se cumpliera la petición que le haríamos al Santo Niño. Le habían contado el proceso unas personas que subían hasta allá todos los días.

Nos quitamos los zapatos y sentimos debajo de los pies la tierra caliente por el mediodía... pero peor eran las piedras, esas piedras que se le clavan a uno en la piel y queman como si estuvieran calentadas al rojo vivo. Aunque hace días que ya volví de la capilla del Santo Niño, no me he podido olvidar del dolor producido por caminar sin zapatos sobre la tierra caliente. La marca que nos deja el Santo Niño de los Rencores se siente todos los días al caminar, durante el resto de la vida. Cada paso es el recuerdo del odio viviendo adentro del corazón.

Mi hermana iba adelante y yo atrás. Seguíamos el camino entre los ranchos; un camino que va subiendo y bajando por las escaleras. A veces el camino es de tierra, y a veces, a ratos, es de cemento. El día se iba calentando mucho más y las piedras también. Pude ver personas que nos miraban desde los ranchos apilados del barranco, desde arriba, esos ojos

sabían muy bien lo que estábamos haciendo. A mi hermana le sangraban los pies, como a mí. El camino nos había cortado la piel. No habíamos llegado hasta el Santo Niño de los Rencores y ya estábamos pagando el precio de hacer nuestro mal. Cada vez que mi hermana levantaba los pies al pisar, las gotas de sangre caían en la tierra, y la tierra se las tragaba todas como se traga la lluvia.

Cuando llegamos a una curva, cerca de un árbol seco que encontramos en el camino, nos sentamos en el suelo bajo la sombra delgada de sus ramas. Mi hermana me dijo:

– Lo que no sé es por qué te quitaste tú los zapatos.

– Porque yo también tengo a alguien por quién pedir, le contesté yo.

Es de noche y mi mamá llora otra vez. Sigue sentada afuera, enfriándose las piernas. Sus lágrimas se las lleva el aire que viene bajando del cerro. Lloro por mi hermana. Verla llorar tanto me da tristeza. Era necesario hacer lo que hice. Me imagino que muchas mujeres están llorando ahora, destrozadas para siempre por todos nosotros: los penitentes del Santo Niño de los Rencores.

Mi hermana y yo no éramos las únicas que íbamos allá, a Santa Bárbara Bendita, donde está la capilla del Santo Niño. Detrás de nosotros venía gente descalza también, muchas personas arrastrando su odio, dando paso tras paso para llegar. El camino es triste y caliente y lleno de piedras. Se ven marcadas en el suelo huellas que van y regresan.

El ruido que hace mi mamá con sus quejas y su llanto no me deja pensar. Ya no hay nada que esperar, mamá. Está muerta. Resígnate.

Debe estar ahora mismo sintiéndote llorar, agarrada a una piedra en el infierno... El ruido se parece al que hizo la mujer que vimos mi hermana y yo, cuando estábamos descansando nuestros pies sangrados bajo el árbol seco. La mujer se arrastraba con los brazos, tragando tierra, viniendo hacia nosotras, como un animal.

Cuando la vimos venir levantando el polvo, mi hermana se paró en frente de ella para tratar de ayudarla, porque se veía que a la pobre mujer no le quedaba más que morir en esta vida. Ella se agarró de las piernas de mi hermana, desesperada, y tuve que ayudarla a desclavarle las uñas enganchadas en la piel de Esperanza. La colocamos en un montículo de tierra cercano, para que la mujer descansara un poco. Regresaba de Santa Bárbara Bendita. La delataba la sangre de sus pies. Las heridas que le había hecho el camino se le habían secado por el polvo, y sobre la piel que le volvió a salir se le hicieron nuevas heridas que le volvieron a sangrar. Su respiración era entrecortada. Le salía polvo de la nariz, como si desde hacía mucho tiempo hubiera estado muerta por dentro. Nos veía a nosotras con los ojos aguados, como si en cualquier momento se fuera a poner a llorar. A ratos cerraba los ojos y parecía morir. A ratos se despertaba.

Mi hermana no quería seguir caminando. Ver a la mujer, tan desvalida y tan pobre, le daba lástima. A mí me daba lástima mi hermana, tratando de hacerse la buena cuando estábamos camino para ir a pedirle al Santo Niño por la muerte de otras personas. Mi hermana, por la muerte de su hombre, yo, por la muerte de mi hermana. Se lo

merece. Ella no ha hecho más que golpear a la familia desde que nació. Eso no se perdona. No se dignó a llevarnos con ella cuando se fue del cerro. Nos dio la espalda a todas. Se mereció lo que yo pedí que le pasara.

Aunque yo piense estas maldades, sé que tengo un poco más de corazón que otra gente en el mundo. Hay muchas personas en estos barrios peores que yo. Eso lo sé porque la mujer que nos encontramos en el camino, cuando ya le había vuelto la respiración, nos indicó que nos sentáramos junto a ella y mientras esperábamos que el mediodía se hiciera tarde para seguir caminando, nos contó lo que se cuenta en todos los cerros de Caracas sobre el Santo Niño de los Rencores.

“Nadie sabe cuándo pasó lo que les voy a contar. Lo que sí sabe la gente es que no debió haber pasado. Recordé que el Santo Niño de los Rencores estaba en el mundo porque fui a pedirle ayuda a la bruja Roberta. Me habían matado a toda mi familia y yo no sabía qué hacer. Mataron a mi hija, La Mortal, a mi hijo Raulito, a mi otro hijo, a mi esposo, a su hermano Joselo. Los perdí absolutamente a todos. Tuvimos que enterrar a Raulito y a su hermana uno encima del otro porque no había espacio para tantos muertos que teníamos encima. Cuando mataron a mi esposo el hijo que me quedaba lo enterró donde antes había enterrado a sus hermanos. Esa misma noche me quedé sin familia. Al último de mis hijos me lo mataron por la espalda mientras subía a la casa en una madrugada de lluvia. La luna estaba rota por todo el cielo. A todos me los mataron las balas. Dios sabrá por qué lo hizo. Cuando se vive en estos cerros, cada una de las balas que se fabrican vienen escritas

con los nombres de las personas. Todos tenemos una bala escogida desde que nacemos. Lo único que tenemos que hacer en la vida es venir a que nos maten en este mundo...

”Ustedes me entienden, son de por aquí. No importa. Allá abajo en Caracas es la misma situación; a la gente la matan de día, de noche, por cualquier razón. Caracas es la ciudad que dios escogió para sangrar... Seguramente han visto a la muerte caminando en las noches por las escaleras, subiendo y bajando en la madrugada bajo la luz de la luna. Ese es su trabajo, así es la vida de la muerte. Ella no hace más que limpiar nuestro desastre. Aquí todo es diferente. Los que somos la muerte somos nosotros.

”Estaba desesperada. Como les estaba diciendo, fui a pedirle ayuda a la bruja Roberta, para que me diera algo que me quitara el dolor del cuerpo. Pensé que me haría algún trabajo pero no fue así. Cuando llegué le toqué la puerta. Me abrió inmediatamente y se metió adentro de mis ojos. “Ya lo sé. Todos están muertos. El diablo me lo dijo anoche”. Me lancé en sus brazos y lloré sobre su pecho. Ella suspiró, como si le doliera también la muerte de mis muertos. Me pasó la mano por la cabeza, y yo lloraba, y luego me hizo sentarme en el suelo de su rancho, al lado de su colchón, donde unas velas todavía estaban prendidas. “Sé lo que quieres, Ángela, me dijo. Yo no te puedo ayudar. Hay alguien que sí puede, él escucha los deseos de las personas. No nos juzga y sabe lo que todos tenemos por dentro”.

”Y mientras yo estaba sentada, y me tomaba una taza de café frío que me puso en las manos para que me calmara, me contó la historia del Santo Niño de los Rencores. Se las voy a contar como ella me la contó a mí.

Cuando los tiempos eran otros tiempos, los pobres de los cerros del mundo seguíamos siendo los mismos. En Santa Bárbara Bendita, el cerro más alto y más triste de todos los que abundan en Caracas, había una vez una mujer. Ella tenía un hombre que la quería mucho. Se habían conocido al principio de la vida y él se enamoró de ella la primera vez que la vio. Dicen que las primeras palabras que oyó salir de su boca fueron: “Ya no hace falta mirar el cielo de la noche porque todas las estrellas están pintadas en tus ojos”. Se enamoraron sin remedio y estuvieron juntos mientras crecían y cuando se hicieron grandes se largaron para siempre de los ranchos de sus padres, a ser pobres ellos solos en su propio rancho. Dice la historia que habían logrado la felicidad. Habían encontrado la plenitud en sus corazones. Se juraron amor eterno, llama nunca fallecida, pero la vida nos ha dicho desde el principio del tiempo que lo único que dura en este mundo para siempre es la muerte.

Un día, a ella se le apagó el amor. Había visto otro muchacho en el barrio, llegado del interior para vivir en Santa Bárbara. El tiempo de su perdición estaba por comenzar: volverse a enamorar, ver en otros ojos el universo entero. Su corazón se fue llenando de rencor hacia su esposo, porque él le había jurado que nunca dejaría de amarla. Ella quería que se fuera y la dejara sola porque sentía que nadie era capaz de amar tanto a una sola persona y se dio cuenta, en su realidad de rencores, que desde el primer día en que se habían mirado a los ojos, su amor había sido una mentira. El muchacho también se enamoró de ella porque había visto las estrellas en

sus ojos, pero otro compromiso la mantenía indispuesta: le estaba creciendo el cuerpo como le crece a las mujeres cuando están enamoradas. El hijo de su esposo le iba a salir del cuerpo y ella vio en ese niño la desgracia de su amor.

Decidió vengarse escapándose una noche de su casa para irse por siempre con el muchacho que ella amaba en realidad. Él y ella habían pasado juntos algunas noches: caminando por el cerro, jurándose palabras de amor eterno. Dice la historia que la mujer y el muchacho acordaron encontrarse justo a la medianoche en las rosas de Santa Bárbara Bendita, donde está ahora la capilla del Santo Niño de los Rencores. Cuando ella estaba camino a las rosas sintió un temblor de tierra en su cuerpo porque al niño le había llegado el momento de venir al mundo. Se detuvo ante un araguaney seco y lo tocó. Flores emergieron de las ramas secas. En ese momento supo que era una mujer enamorada y sola, como todas las mujeres del mundo. Desde entonces el araguaney de San Judas florece cada vez que se cumple un año del nacimiento del Santo Niño.

Justo antes de dejarlo salir, la mujer empezó a odiar a su hijo. Era una noche de luna llena, blanca. La luna lo estaba viendo todo y lloraba sobre el cerro. Ella se movía entre los ranchos, adolorida, tratando de escapar del tiempo de su muerte que venía alcanzándola. Al llegar se echó sobre las rosas porque el fuego de su amor encarnado no la dejaba seguir caminando. Y allí, bajo las lágrimas de la luna, dio a luz al niño; al Santo Niño de los Rencores que este país adora desde aquel momento. La sangre de su cuerpo se derramó sobre las rosas y gota a gota se la tragó la tierra.

Ella estaba al borde de la muerte, pero la esperanza de irse para siempre con su amado la mantenía con vida. La espera la torturaba; el tiempo se iba haciendo cada vez más estrecho y su corazón se iba apagando mientras la luna se apagaba

también en el cielo. Su amado nunca llegó. En el suelo, sobre las rosas y las espinas, por días esperó a que llegara, pero se la consumió la tristeza y el odio y el rencor al no ver llegar a ninguno de los dos hombres que decían haberla amado en su vida. Acostada sobre las flores, con su hijo llorando y gritando de hambre, se murió de tanto odiar. Su hijo se murió también porque su madre nunca lo quiso. La gente del barrio enterró los cuerpos al lado de las rosas y tuvieron que hacer una capilla, porque todavía después de muerto se escuchaba venir incesantemente de la tierra el llanto del difunto. Pusieron la imagen de un Divino Niño dentro de la capilla y lo encerraron detrás de una reja. No se escuchó más nada, como si al niño se le hubiera acabado la tristeza. Desde ese día los que pasaban por ahí se santiguaban y les rezaban a los dos difuntos que se habían muerto de desamor.

Un día, mucho tiempo después, una muchacha del barrio había sufrido también de las consecuencias de apasionarse. Le habían regalado una rosa roja cortada del rosal donde están enterrados el Santo Niño y su madre. Ella fue hasta allá y puso la rosa sobre la tierra y dijo: “de aquí vino mi amor y desde aquí se va. Por favor, ustedes que están abajo intercedan por mí. Les regreso su rosa, para que se les curen los pecados. Acaben con él, mátenlo, vino al mundo a hacerme daño”. Y así como ella lo pidió, pasó. Al hombre que le había malogrado el corazón lo mataron al día siguiente. La voz se corrió por todos los cerros de Caracas; y luego a la ciudad y luego a todo el país. Se construyó la escalera más alta y hermosa para que todos pudiésemos subir sin problemas. Y desde esa mañana la gente sube a Santa Bárbara Bendita diariamente a pedirle al Santo Niño de los Rencores que interceda para hacerle daño a los demás. Por cada rosa que se arranque y se devuelva, un pecado de

la madre es perdonado para siempre. Y las rosas rojas crecidas en el rosal son interminables.

”Esa es la historia del Santo Niño de los Rencores. Muchos la conocen, otros no. Hace dos días que fui al altar a pedirle que acabara con el dolor que tengo en el corazón. Los pies ya no me dan para caminar. Vine arrastrándome desde Santa Bárbara Bendita. El dolor me recuerda que hice lo que tenía que hacer. Si los que mataron a mi familia se van para el infierno, entonces yo seré feliz”.

La capilla del Santo Niño de los Rencores está en la parte más alta del cerro de Santa Bárbara Bendita. Las escaleras están manchadas de huellas de sangre.

Mi hermana no pudo llegar en pie y tuve que arrastrarla por los brazos durante la noche. Se había caído atrás y las piernas no le daban para seguir caminando.

– ¡Ya no puedo más! me gritó, agarrándose a las piedras del camino, ¡este dolor no vale la pena!

No le dije nada. La agarré por los brazos y la fui arrastrando lentamente. Su cuerpo se quejaba cuando golpeaba contra las piedras, como un juguete roto, como si mi hermana se fuera a partir en pedazos en cualquier momento. Su ropa se rompió y de los ojos le salían lágrimas que iba dejando regadas por el suelo.

Aunque estaba cansada tenía que seguir. Algo me movía para arrastrar a mi hermana. El odio me decía que siguiera: un eco en la

cabeza me decía: “hay personas que solamente viendo sufrir a los demás son felices. Tú eres una de ellas.”

Y así llegamos nosotras, después de subir la escalera más alta del mundo, dos días después de haber salido, viendo esa cantidad de gente tan grande alrededor de la capilla del Santo Niño de los Rencores. Mi hermana se levantó como pudo, y una sonrisa se extendió por su rostro como nunca antes la había visto. Creo que se arrepentía de haber ido, pero a pesar de todo estaba parada sintiéndose feliz de que habíamos llegado, viendo para adentro que la rabia acumulada en su corazón había servido para algo.

La tarde estaba caliente y del suelo subía humo por todos lados, un vapor que olía a fuego como si la tierra se quemara por dentro. Estoy segura de que era el infierno, el infierno donde está ahora mi hermana. Con todos los años y todo el odio que le hemos sangrado el infierno se ha acercado a la tierra.

Llegamos el día de la procesión anual del Santo Niño de los Rencores, el día de su nacimiento. Tenían la imagen del divino niño en una cama hecha con las rosas devueltas, las rosas sangradas por la gente. La imagen era toda negra, como si el odio la hubiera ido coloreando con el tiempo. Venían paseándola para que todos la pudiéramos ver. La gente adoraba la imagen y gritaban y lloraban y disparaban al aire con sus pistolas y levantaban los brazos hacia al cielo pidiéndole por la muerte de los demás.

Mientras iba pasando la procesión algunos se arrodillaban y besaban la sangre acumulada en el suelo. La sangre de todos los que tuvimos que sufrir para llegar, la sangre que nos pide a cambio el Santo Niño de los Rencores.

Allá arriba había todo tipo de gente: primero estábamos nosotros, los pobres, los que padecemos la vida en los cerros. También había gente de Caracas o del interior para pedir. Ricos resguardados por sus escoltas, extranjeros de lenguas extrañas, funcionarios del gobierno. Todos: niños, jóvenes, ancianos, todos teníamos una persona odiada por quien pedir.

Cuando terminó la procesión regresaron al Niño a su capilla y nos pusimos a hacer la cola para poder llegar a la tumba y suplicar lo que mi hermana y yo habíamos ido a pedir.

Me acuerdo de haber hecho siete horas de cola. Avanzamos lentamente porque había gente que tardaba mucho frente a la tumba pidiendo por varias personas. El odio nos seguía manteniendo a todos de pie. Llegamos ante la tumba del Santo Niño. Yo nunca había visto tanta cantidad de gente ni de flores en un solo lugar. Eran rosas recién cortadas aunque tuvieran años de haber sido arrancadas. La tumba estaba tan llena que se desbordaban por el piso. Las rosas eran del mismo color de la sangre.

Mi hermana y yo nos arrodillamos y arrancamos dos rosas y Esperanza cerró los ojos y lloró y yo los cerré también pero no lloré.

“Toda la vida mi hermana Esperanza ha estado por encima de mí. Toda la vida. Ella dice: me voy del barrio porque no quiero estar aquí y vivir sin estar viviendo. Y yo sigo aquí y estoy para siempre rondando bajo su sombra. Mátala, Santo Niño, mátala. Llévatela de aquí donde mejor te parezca; sácala de mi vida, y si la llevas hasta el infierno, mucho mejor”.

Eso fue lo que pedí. Pensé en la misericordia del odio y en los ojitos negros del Santo Niño. Dejamos caer las rosas sobre la tumba y nos levantamos para irnos. Cuando decidimos retirarnos me escondí por donde había más gente, mi hermana se perdió y no la vi más. Al regresar no le dije lo que había sucedido a mi mamá, porque sé que el Santo Niño de los Rencores me cumplió lo que le pedí. No había razón para dar explicaciones.

Mi mamá, Angustias, debe estar pensando ahora que mi hermana va a encontrar el camino de vuelta a la casa, pero yo sé que lo único que mi hermana encontró fue el camino que la llevaría derecho al infierno. No sé cómo la habrán matado, pero espero que haya sufrido mucho más de lo que sufrió cuando subíamos a Santa Bárbara Bendita.

Ni mi mamá ni yo la vamos a ver más. Ahora tengo que volver adonde el Santo Niño de los Rencores y llevarle una flor como hacen las personas que le pidieron y quieren ser agradecidas. Es llegar otra vez hasta allá y arrodillarse ante él y decirle, desde el fondo del corazón, gracias por el favor concedido.

Carmen protege a sus hijos apretando los brazos alrededor de ellos.

El calor.

Senos maternos.

La tersura: piel de madre.

Calidez desesperante del miedo.

Están sentados en el suelo, en la esquina más lejana del rancho.

La luz de la luna entra por los cuatro agujeros que las balas han producido en las paredes de metal.

Otras balas se detienen ante el obstáculo. No perforan.

Sobresaltos de susto.

El calor.

Sobresaltos de niños.

Las balas que invadieron la casa destrozaron platos y vasos puestos a secar en la cocina.

De la pared norte a la pared sur la trayectoria es clara y precisa.

Si la casa fuera un cuerpo...

Agujeros, balas dirigidas.

Los más pequeños lloran ante el sonido.

El toque de queda está aferrado a la noche.

Abajo, en la calle, se escuchan a esta hora los disparos de las armas de guerra.

Muchos caen. Los pobres caen.

Disparos en la cabeza. Tirados en las calles los pobres se ahogan en su propia sangre.

La orden fue clara: los insurrectos mueren. Mueren los saqueadores. Mueren todos aquellos que caminen en las horas de la noche.

Los militares disparan contra las casas del cerro.

El tiempo transcurre en el sudor.

Tocan a la puerta.

Carmen escucha: el abasto está siendo saqueado.

Hay que aprovechar.

Carmen tiene que esperar a Felipe.

No llega.

La noche quiere amanecer, se mueve entre el punto crítico de la oscuridad.

No llega.

Carmen le dice a su segunda hija: ve, niña, y recoge todo lo que puedas. Comida, botellas, cualquier cosa que encuentres. Sube y baja. Hazlo por el bien de la familia. Nos harás felices a todos.

La niña se levanta del suelo. Ya no siente el calor de Carmen. Ahora hace frío. Sale de la casa y camina hacia abajo. Las escaleras están vacías. Se siente orgullosa de ayudar.

En la calle los muertos palpitan con la llegada del amanecer.

Amanecer rojo. Roja la luz.

Cabezas, torsos, brazos caídos.

La sangre. El desorden.

Escombros.

Los vehículos militares estacionados parecen dormidos.

Bestias dormidas. Bestias resguardadas del dolor.

En la calle vacía la niña camina hasta la bodega.

En la calle vacía de vivos la niña camina hasta la bodega.

En la calle llena de muerte la niña camina hasta la bodega.

Encuentra dos botellas de ron y las toma en las manos.

Pesan.

Se encuentra con su hermano menor que viene bajando las escaleras en el regreso.

Ella sube, él baja.

Él toma en sus manos dos kilos de harina de maíz.

Él sube, ella baja.

La hermana mayor sale de la casa para comenzar su parte de la recolección.

En su recorrido tropieza con la mano de un muerto. La pisa. No es la primera vez que ve uno. Nada es sorprendente.

Dos suben, una baja.

El recorrido es perpetuo.

Carmen, adentro de la casa, ordena todo lo que le es entregado.

Latas de leche en polvo.

Detergente.

Ron blanco.

Refrescos.

Pasta.

Los niños suben y bajan sin descanso.

Amanece de golpe otra vez.

Los vehículos militares despiertan, persiguen, acechan.

Los adultos más arriesgados recogen a sus muertos de la calle y los suben hasta la planicie.

Las tanquetas pisan cabezas, torsos, brazos caídos.

Felipe Toledo se encuentra con sus hijos.

Los niños suben las escaleras con las manos llenas.

Los ayuda.

Al entrar, Carmen lo besa, lo abraza, llora. No está muerto. Está vivo. Es un hombre.

Él dice: había que hacerlo. Los barrios bajamos para luchar por nuestros derechos. Ayer nos dimos cuenta de la verdad: somos extranjeros en este país. Nunca seremos iguales a los ricos. Nos odian. Nos pudren. Los odiamos. El barrio hizo un juramento de rencor. Somos seres contrarios. Enemigos para siempre.

La hija mayor entra a la casa con las manos llenas y deposita la mercancía sobre la mesa de comer.

Suda. Quiere agua.

No hay.

La saliva es buen sustituto.

Traga la gota seca.

Felipe Toledo le muestra cómo eliminar la sed. Glándulas salivales.
Los otros niños piden agua también.
No hay. Saliva.
Carmen besa a Felipe Toledo y lo lleva a la cama.
Quiere tocarlo, revisarlo para asegurarse de que está vivo.
Se acuestan. Ella coloca la cabeza sobre el pecho de Felipe.
Escucha su corazón latir, latir.
Dice: dímelo, dímelo otra vez.
Él contesta: te dedico toda mi vida.
Carmen lo mira a los ojos.
Se siente culpable, pecadora.
Por su culpa sus hijos tienen sed. Tuvo que mandarlos a buscar cosas para el hambre.
No pudo hacer nada al respecto.
Era necesario.
La hija mayor irrumpe y distrae los pensamientos de Carmen.
Pensamientos oscuros.
Tengo sed, dice.
No hay agua.
Felipe Toledo, desde la cama, hace burbujas de saliva dentro de la boca. Las saca para exponerlas ante la sed de su hija.
Carmen se ríe.
La hija mayor imita a su padre. Se voltea y les muestra la espuma de saliva a los demás niños.

Todos la imitan. La saliva del menor se le escurre por el pecho.

Carmen se ríe.

Felipe acompaña.

Otra bala choca contra la casa pero el sonido de la risa provoca una leve distracción resignada.

Tendremos que esperar, dice Carmen en voz alta, para que todos la escuchen. Tal vez lo que queda de febrero nos entregue algo de lluvia.

Toda esta muerte, todos estos cuerpos muertos, todos ellos, todos muertos, por qué están aquí conmigo, por qué les tocó nacer aquí, vivir aquí, morir aquí en estas circunstancias, por qué les tocó rendirse y esperarme para llevarlos de un lado a otro, donde puedan ser útiles al mundo con su cuerpo endurecido y blanco de cuerpos muertos, útiles como banderas, útiles como símbolos de una ciudad hecha de cerros como Caracas, la Ciudad de la Muerte, el templo de la muerte, el reino de la muerte; útiles, cuerpos útiles sin sonrisas ni manos, despedazándose por el golpe de las escaleras mientras subo, mientras camino por la vía de la sangre, con todos ellos arrastrados, rotos, para darles el descanso final en San Felipe, enterrarlos en las cenizas, no en la tierra: enterrarlos para que sean útiles como estiércol en una tierra quemada y florezcan si es posible. Los muertos floreciendo como rosas o apamates, en una tierra quemada; rosas de pétalos grises, apamates de flores frágiles y cenizas, en una tierra calcinada por el amor y el odio, árboles de mango con sabor a calaveras quemadas, jabillos con sangre como savia: mis muertos florecerán y serán la nueva tierra, la nueva esperanza del cerro negro, hojas nuevas con las formas de sus labios, ramas con las

formas de sus dedos; árboles y muertos blancos, mis muertos; solo debo seguir subiendo y arrastrándolos aferrados de las manos, amarrados con los cabellos blancos de la abuela

La última mirada que les mostró estaba cargada de amargura. Todas sentadas, las cuatro mujeres sentadas, en la tierra, solas, y los niños corriendo detrás, jugueteando en la tierra, felices porque todavía les quedaba un poco de vida. Detrás de ellas, el gran letrero patriótico, coloreado de la bandera tricolor y las ocho estrellas. Escrito, con letras blancas y grandes, “Barrio Nuevo en Construcción”. Y la tristeza, la tristeza en los ojos de su mujer, decepcionada; la tristeza en los ojos de Eunice y de María, hartas del sonido de las risas de sus hijos; la tristeza de la abuela, acumulada soledad durante siglos.

Les dijo: “Esperen aquí. Quédense sentadas. Cuiden a los niños. Voy a resolver esto”, *y no volví, las dejé a todas con las rodillas sobre la cabeza y los ojos tristes, llorando en su desesperación de no tener donde vivir ni qué comer ni con qué entretener los ojos más que con la forma de las casas de los ricos y pudientes, ver cómo todos los días se cepillan los dientes con agua potable, comen pan recién horneado y pavo y salmón y no las porquerías que comemos nosotros: las arepas del desayuno todos los días, el queso salado y casi podrido y la pasta en la noche y la cerveza los domingos; no como ellos, con su vino de Francia y sus tres comidas al día y su felicidad desbordada, en este país reino de todos los muertos ellos están contentos, viven su vida tranquila y van a la universidad y saben cosas y van a otros países, y todo su tiempo se va en odiarnos, en darnos la caridad de: mi hijo ya no usa esta franela, está un poco rota y sucia, pero le puede servir a alguno de sus hijos, tómela,*

llévesela, no es ningún peso para mí entregarle esta miseria que ya no le sirve a mi hijo, se la regalo, como le decían a mi mujer, cuando iba a limpiar alguna casa en las urbanizaciones, o en los apartamentos de Altamira; no quiere que la lleve hasta el metro, le decían, y ella, para fastidiar les contestaba, si no fuera mucha molestia me lleva hasta la entrada del barrio, me deja justo donde comienzan las escaleras por si acaso en el camino a la entrada me matan, y las mujeres se ponían rojas de miedo, mi esposo no me deja llevar el carro a sitios tan peligrosos y sucios, me va a tener que disculpar, y mi mujer lo preguntaba solo por ver el mundo roto en sus manos pintadas sin trabajo, y se montaba en el carro y se bajaba en el metro; y nos odian, ellos nos odian porque les recordamos lo que es la muerte y no la vida, les recordamos que viven en La Ciudad de la Muerte, que viven y que en cualquier momento su vida no valdrá nada, y los matarán y los secuestrarán y no podrán volver a tener todo lo que tuvieron,

y no volvió. Se fue alejando para olvidar, y durante meses no recordó que había dejado un compromiso sentado frente a un gran letrero tricolor. Voy a resolver esto. No era la primera vez que les decía lo mismo a todas ellas. Habían estado en la misma situación hace meses, la noche del derrumbe, la noche de los fuegos artificiales, sentadas todas al frente de los despojos de sus ruinas. La pasta se enfriaba sobre la mesa. Eunice y María miraban la televisión. La abuela, en una silla, dormitaba. La mujer de Gabriel lavaba los platos de espaldas a la pantalla.

– Van a dar los resultados.

– Se están sentando para darlos.

– Gabriel, ven.

– Tú también, hermanita.

- Deja la molestia.
- Vivo con un desgraciado.
- Y yo con una mujer.
- Yo no quiero ver nada.
- Vengan a comer.
- Ya va.
- Son los resultados del futuro.
- Los que ganen serán eternos.
- Ya sabemos quiénes son.
- Ganaron.
- Otra vez.
- Abuela, no llore.

El cielo comenzó a celebrar de inmediato. Pitos, sonidos, fuegos artificiales, explosiones, disparos, música de baile, llantos de felicidad y de odio, penetraciones atronadoras, todos los sonidos del barrio al mismo tiempo, a las siete de la noche

empezó todo, los niños estaban durmiendo, los mismos niños que ahora arrastro hasta el cerro de San Felipe; salieron corriendo del colchón y se aferraron a las piernas de sus madres por el miedo al ruido de los fuegos artificiales; mi mujer lavaba los platos, estaba molesta por la conversación que habíamos tenido:

La comida, mujer, la comida.

Se está haciendo, no puedo hacer al tiempo moverse más rápido de lo que dicta.

Deberías apurarte, tengo hambre, aliméntame, por algo trabajo, para que tú me comprendas.

Ningún hombre merece a ninguna mujer.

Cállate la boca y haz lo que te digo, que para eso naciste con menos partes que yo.

Siempre lo mismo, siempre lo mismo.

Siempre lo mismo tú, te pasas todo el día aquí, viviendo del aire, como si fueras un parásito que se me pega a los ojos y me los corta, yo te tengo aquí solamente para no estar solo.

Y pensar que yo pude haberme ido con otro hombre capaz de amar a una mujer.

Eso no existe, mujer, esos hombres no existen en estos cerros.

Han existido.

Ya no quedan, se les perdieron las sombras.

El padre del Santo Niño de los Rencores fue uno de ellos, amó tanto a su mujer que ella pensó que era imposible que un amor así tan vasto pudiera existir, y por eso se la llevó el viento de la muerte. Todos los hombres son malos y le han pedido al Santo Niño de los Rencores. Son santos con la cabeza al revés.

Dónde está mi comida.

Tu comida vendrá cuándo me digas si le pedirás al Santo Niño por mi muerte.

Así son las mujeres, odiosas, rencorosas, creen que el hombre es malo porque las domina y les dice qué hacer, pero lo hacemos porque así lo ha dictado el mundo, lo dicen las escrituras; la televisión sonaba, estaban dando los resultados de las elecciones; ganaron, dijo María, la abuela se despertó y empezó a llorar, desconsolada, las lágrimas se escurrían por su cabello blanco; abuela, no llore, dijeron; y de pronto la casa comenzó a estremecerse de arriba abajo, las paredes temblaron, el techo se

rompió por la mitad, los cuadros de las paredes se cayeron y se hicieron pedazos los vidrios, los niños gritaban, corrían de un lado para otro, mi mujer se agachó en el suelo y empezó a golpearse las piernas, los niños se cortaron las plantas de los pies con los pedazos rotos, ruido, ruido, temblores, una explosión, la casa nos cayó encima, nos la tumbó el ruido de los fuegos artificiales, polvo y tierra,

las casas del cerro comenzaron a derrumbarse. Una a una, cayeron cerro abajo, y se desplomaron sobre otras casas, hasta que el cerro quedó pasmado en una nube inmóvil de polvo y llanto iluminada por los colores de los fuegos artificiales. Gabriel salió debajo de las ruinas e intentó levantarse. No estaba herido.

Ayudó a salir a su mujer,

ahora te salvo y ya no estarás molesta conmigo, soy un santo con la cabeza mirando tus ojos,

cubierta de polvo la cabeza y las manos, ayudó a Eunice y a María, y a la abuela. No se acordaron de los niños. Ellos salieron después, arrastrando sus cuerpos minúsculos debajo de las láminas de zinc y las paredes de madera, y abrazaron a sus madres, temblando.

– ¿Dónde está? preguntó su mujer, tosiendo polvo.

– ¿Dónde está qué?

– La cruz del cristo sangrante.

Gabriel revolvió los escombros hasta que encontró, intacta, la cruz regalada por el abuelo de su mujer,

hace tantos años, que el día que la conocí ya estaba entre sus posesiones: una cruz como nunca antes la había visto, un cristo tan triste y con llagas tan sangrantes como

nunca han existido, su imagen llora sangre, sus rodillas lloran sangre y sus manos y sus clavos lloran sangre; ella, viva en aquel momento, ahora muerta, me contó la historia: su abuelo tomó el cristo de la pared, lo descolgó, ¿tú sabes por qué todos los cerros de Caracas tienen nombres de santos?, le preguntó, ¿no lo sabes, verdad?. Es muy sencillo; como esta cruz, los santos simbolizan la esperanza de los pobres, los antiguos habitantes, iguales a nosotros, hartos de la muerte, hartos de enterrar a sus parientes todos los días, invocaron a la ayuda divina, la providencia, para que intercediera por ellos, pero no lo lograron: el único santo que los ayudaba era el Santo Niño de los Rencores, como a nosotros, no había día que la gente no subiera a pedirle, no había día que no cumpliera su deber, pero pedirle al santo del odio no era suficiente, el barrio necesitaba una protección que viniera desde arriba, del altísimo, así que los cerros fueron renombrados con los nombres de los santos, para ver si eso abuyentaba a la muerte por lo menos un día; no pasó, ya ves, esta cruz me ha ayudado a sobrevivir todos estos años, quédatela, tenla en las manos siempre, y cuélgala en donde vivas, te protegerá de una muerte violenta, la sangre que derrama el cristo sangrante protege tu sangre de ser derramada,

y se la entregó en las manos. Estaban todas sentadas frente a sus ruinas, sin ideas, sin esperanzas, sucias de polvo, heridas de sangre, sin casa, con hijos, muchos hijos.

– Esperen aquí, voy a resolver esto, dijo Gabriel.

Su mujer se levantó y se fue con él. Llegaron a la Casa de Justicia del barrio una hora después. Se sentaron a hacer la cola. Preguntaron las razones particulares de cada suplicante. Me invadieron la casa, mi hijo se enfermó, se está muriendo y no tengo donde enterrarlo; no hay agua, no

hay comida, nos cayó una casa encima. El tiempo se escurrió lento, entre las sombras, hasta que amaneció. No durmieron, veían al horizonte con la cabeza vacía. La Casa de Justicia abrió a las once de la mañana. El sol les hacía doler la cabeza. Entraron. Fueron interrogados. Salieron. Llevaban en las manos el papel del canje en el país de los pobres. “Válido por un rancho nuevo, en el Barrio Nuevo de Santa Mónica. Feliz navidad”.

Volvieron a sus ruinas. La abuela se peinaba el cabello con un trozo de madera. Eunice y María contaban las piedras frente a ellas. Les mostraron el papel de su esperanza. Esperaron, vivieron de la tierra, esperaron, comieron aire y sobras de los vecinos que quedaron en pie, esperaron, el agua de la lluvia los bañó, les dio de beber,

esperamos, mis muertos y yo, comimos piedras, nos aprendimos de memoria los defectos de nuestros rostros, vimos a los niños morir, no a todos, todavía eran muchos; contamos los muertos traídos en las noticias por el pregonero, noventa y nueve en total; durante ocho semanas vimos, repasamos la posición de las estrellas sobre el cielo oscuro, nos conocimos, mi mujer y yo hicimos dos veces el amor detrás de los escombros, la abuela lloró tres veces y durante todos los días peinó su cabello con un trozo de madera con forma de peine; esperamos, esperamos comiéndonos las uñas, los dedos, hasta el día en que les darían lo que les habían prometido.

Salieron del barrio por primera vez. Fueron aplaudidos, llorados, envidiados. Gabriel, por órdenes de su mujer, se puso la cruz del cristo sangrante sobre los hombros. Caminaron por Caracas los niños, las mujeres, la vieja, la mujer, la cruz y el hombre, intentando llegar a su

nuevo destino. Y llegaron, sí, pero no estaba. Encontraron el mar arado de la desolación. Polvo, piedras, cimientos incompletos, cumbres de cerros nuevos y olvidados. Un gran letrero profesaba la violencia de las palabras prometidas. “Barrio Nuevo en construcción”. Se sentaron frente a las ruinas, todos, como siempre. Gabriel dijo: “Esperen aquí. Quédense sentadas. Cuiden a los niños. Voy a resolver esto”. Y se fue.

Y estas son las consecuencias, tardé meses en volver, en convertirme en hombre, pero fue muy tarde. Ya, cuando volví, eran solo despojos incompletos, cuerpos muertos, todos muertos, sin sonrisas, sin miradas, sin ojos, cuerpos putrefactos y olvidados, llorando su cuerpo descompuesto. No quería más bocas que alimentar, no quería ver ni sentir el dolor de los ojos de mi familia, más mujeres de las que ser responsable, todo duele en esta ciudad, en este país de odio, más ojos de lluvia para llorar. No volteó atrás. No quiso ver la ciudad de su familia convertirse en torres de sal y polvo: sabía, dentro de sí, que su huida era la sentencia de sus muertes.

Primero fue la abuela. Desapareció la segunda noche, en su inmovilidad de siglos, cuando en la misma acera donde esperaba, cerró los ojos y dejó que se la llevara el viento fugaz del final de la existencia. Eunice notó su silencio días después, cuando en su aburrimiento decidió buscar pelea con la abuela y no halló contestación.

–Está muerta, dijo Eunice, gracias a dios.

Decidieron cerrarle los ojos y acostarla en la acera, para que los transeúntes no vieran tan de frente la realidad de la existencia de los pobres.

Sin saber cuántos tenían, Eunice y María lloraron la muerte de sus hijos durante cuarenta lunas. Fueron muriendo uno a uno, de hambre. Los acomodaron detrás de ellas, sin contarlos, todos los hijos anónimos que habían salido de ellas desde que los primeros albores de vellos púbicos poblaron sus carnes de mujeres fértiles.

Eunice y María murieron al mismo tiempo, después de esperar a Gabriel ochenta lunas, de dolor de latido. Sus corazones de hermanas olvidadas se detuvieron al mismo tiempo, sus latidos se pararon en el mismo instante del dolor. Nunca habían sido madres verdaderas, pero la imagen de sus vástagos anochecidos, huesos amontonados, apagó sus corazones.

La mujer de Gabriel fue la que tardó más en morir. La ilusión de la promesa la extasiaba: después de colocar a Eunice y a María sobre su cerro de hijos, sentadas en posiciones de reinas, y hacerles coronas con piedras del camino, volteó su cuerpo hacia el desierto de la construcción. La sombras de la noche la mantenían despierta, el movimiento del polvo la alegraba imaginando que comenzaba la construcción de lo que había soñado. Murió feliz al mismo tiempo que el ladrido de un perro. Su última imagen fue un camión cargado de tierra entrando al sitio de la construcción. Nunca pudo ver que había sido una equivocación, y que la tierra estaba destinada para una casa en las colinas, una casa nueva,

como nunca la tendría, desplegada la mansión al lado del barrio nuevo e incompleto.

El tiempo comenzó a hacer su trabajo. Los días se alargaron, días y noches, sus cuerpos muertos comenzaron a hervir de olores patéticos, coagular sus sangres olvidadas. Ojos vaciados, labios verdes, rostros marchitos mitad carne mitad huesos, dedos desprendidos de las manos. Fue muy difícil volver y encontrarlos todos muertos, mi mujer y sus hermanas, la abuela, todos los niños podridos, pálidos y azules, cocinándose bajo el sol, y los ricos tomando fotos junto a ellos, retratando lo que nunca vivirán riéndose de la tristeza de todos mis rostros enmohecidos y los abuyenté y los maldije y me paré frente a mis muertos y los lloré muchas horas y decidí que no podían quedarse ahí, frente a las ruinas nunca comenzadas, para ser la risa de todos los que pasaban en sus carros, o los veían desde sus ventanas, y me los quise llevar a todos cargados pero son muchos y se veía muy difícil sostenerlos, así que tomé la cruz y con una piedra recorté los cabellos de la abuela, extendidos y brillantes bajo el sol de la tarde y até las hebras a los brazos del crucificado, las até fuerte como cuerdas, y ellas a las muñecas de cada uno de mis muertos, y ellos hacían una fila larga, triste, maloliente, pero unida, como una verdadera familia, y comencé a arrastrarlos, y el esfuerzo era mucho y la cruz me ayudaba a halarlos uno a uno, como un rosario de cuerpos, una familia de muertos y un solo vivo, yo. Y el rastro de sangre se profundizó en su color mientras iba bajando por Cumbres y sentí las miradas de las personas en los edificios viendo mi fracaso, mi humillación de hombre pobre, mi pérdida de la batalla ante la muerte. Varias personas bajaron de los edificios y las casas y me vieron de cerca, y también me hacían fotos, como un espectáculo animal, y me lanzaban piedras y gargajos, y se tapaban

con pañuelos de colores la nariz para no sentir el olor de la muerte, y gritaban desesperados, pobres, malditos pobres, huelen a mierda. Hui lo más rápido que pude, marginales, mis muertos iban dejando su rastro caliente en el asfalto, en la calle, animales, perros sarnosos, sus huesos raspaban el camino dejando una línea blanca impresa en el suelo, huelen a mierda, váyanse, qué asco, no queremos barrios cerca, por culpa de ustedes estamos como estamos, por su culpa este país huele a mierda. Hui, y detrás de mí seguían vociferando los insultos a mis muertos, a mis muertos todos muertos olvidados. Tardé seis horas en arrastrarlos hasta aquí, a San Felipe. Subo, ahora subo, utilizo la cruz para halarlos amarrados por los cabellos de la abuela, las cabezas de mis muertos chocan contra el cemento de las escaleras, se rompen, colisionan, hacen un sonido oscuro con el golpe de cada peldaño, van dejando atrás sus despojos como si no quisieran llegar a su lugar de descanso. Sus dientes, sus trozos de cuerpo, sus carnes amoratadas, la parte blanca de sus ojos, derretida, las uñas que arañaron hombres, los niños que nunca conocerán los besos están aquí, suben conmigo, viven. Se está haciendo de noche y necesito llegar antes de la oscuridad, huele a cenizas, a cráneos pulverizados, a la sangre hirviente de la historia de San Felipe. Se siente el calor todavía saliendo de la tierra, el humo que se levanta del suelo. Arriba, las sombras de los pájaros negros rondan, rondan sobre nuestras cabezas, bandadas de alas aletean el cielo quemado. Todos mis muertos lo lograron, llegaron, deben estar felices de saber que serán destinados para algo mejor que alimento de gusanos. Para qué enterrarlos si es mejor tenerlos a la vista para que toda la tierra conozca nuestro desastre, para qué enterrarlos si la tierra de los cerros es ingrata, y sobre todo San Felipe, quemado, ardiente todavía, calcinado. Ahora entiendo, los muertos somos la octava estrella de la bandera. Lo siento, abuela, debo desanudarte

de tu cabello de vieja y la prisión crucificada, a ti también María, y a ti, Eunice, y a ti, sobre todo a ti, mujer: serás la corona, la primera en ser devorada, mujer de la esperanza del cristo sangrante. Mira, funcionó, nos ayudó con sus brazos de providencia, me ayudó a traer hasta acá tu cadáver, y los de nosotros, y los de los niños. Lo siento, uno a uno se amontonan en sus carnes putrefactas, son una obra de arte, alta, llegará hasta el cielo para que los zamuros coman durante días; desayunen, almuercen, y cenén, como los ricos: será el banquete de los pobres regalado a las alas negras. Y cuando seas dispuesta sobre la altura del mundo, subiré hasta arriba a estar contigo, mujer, y veré de cerca cómo te haces útil para el planeta, porque no lo fuiste nunca para mí, no me diste hijos. Debajo de mis pies aplasto rostros, manos, senos, labios, la verdad es que sí huelen a mierda todos mis muertos, pero es mi mierda, la que he amado, la mierda con la que hice el amor y me entregué toda la vida y estaré junto a ella hasta que yo también sea mierda y todos me hayan olvidado, porque los pobres somos la mierda necesaria de este mundo, les recordamos a los ricos de mierda lo que son por debajo de sus flores de jardín. María de mierda, Eunice de mierda, niños de mierda, abuela de mierda, mujer de mierda este es nuestro final glorioso, ser comido por pájaros hambrientos de alas negras, ve hacia arriba, tranquila, te acomodaré el rostro de mierda para que veas, mira, ahí vienen, ahí vienen, se aproximan, vuelan hacia nosotros, los atrae nuestro olor a mierda de flores, mierda gloriosa, mierda de pobres, mierda de sangre, mierda de huesos, mierda eterna, mierda comestible, nosotros, la mierda, los pobres somos la mierda de la mierda de la mierda; ahí vienen los pájaros, las alas negras con los picos abiertos, estamos por comenzar a vivir.

Ciclo de la pobreza:

Felipe Toledo es pobre.

Carmen es pobre.

Seis hijos, seis hijos pobres, una familia de ocho pobres. Viven todos en la misma casa. Apretados. Duermen todos en la misma habitación. Apretados. El agua se acaba pronto. Son muchos. La comida es lenta, una vez al día. Algunos han estudiado pocos años: otros, por trabajar, no terminaron; otros, por enamorados o embarazadas, no continuaron. Todos son pobres.

Es decir:

Hija número uno, pobre: durante una época difícil tuvo que destripar un gato y presentarlo ante su madre como fuente de alimentación. Le dijo la verdad. Cómo lo había tomado de la cola y cómo lo rebanó como si fuera un cerdo gatuno. Carmen aceptó gustosa. La felicitó por no desfallecer ante el hambre. La premió dándole los ojos en la sopa de la cena. Flotaron en el líquido caliente e hicieron una delicada explosión cuando los dientes se hincaron sobre la esclerótica. Desde ese día hará lo que sea para mantenerse con dignidad en el barrio. Tendrá tres hijos. Todos serán pobres y morirán a manos de la violencia y el enigma.

Hija número dos, pobre: no terminó los estudios por culpa de un enamoramiento adolescente. Un cúmulo de ilusiones la mantiene viva pero triste. Tendrá dos hijas pobres. Dos hijas enjauladas en la envidia y

el resentimiento. Una de ellas quedará viva, pero sola, encerrada en el barrio sin ninguna posibilidad de escapatoria. No tendrá hijos.

Hijo número tres, pobre: es el primer varón de la familia, un regalo a la mano trabajadora de Felipe y Carmen. Se irá de la casa en cuanto pueda, a buscar mujer. Logrará llegar al límite del barrio, pero solo. Tendrá dos hijos pobres inquietos y resonantes en el vaivén de las pistolas y la muerte.

Hijo número cuatro, pobre: de todos, es el único que no tendrá hijos. La mujer que escogerá no podrá entregarle primogénitos. Eso sí, su casa se llenará de hijos ajenos. La familia de su mujer es desproporcionadamente fértil. Su final es inverosímil.

Hijo número cinco, pobre: al irse de la casa, dentro de algunos años, se convertirá en un hombre agradable, una buena persona que le ha tocado el desamor de la pobreza. Amará mucho a su mujer, la amaré sobre todas las cosas, inclusive después de la muerte. Su estirpe convertirá el amor en un compromiso: será odiado por sus dos hijos pobres e inundados por haber roto una promesa.

Hija número seis, pobre: qué decir de ella. Hermosa, pulcra, se convertirá en la mujer pobre perfecta para un hombre desvalijado y trabajador. Pero su belleza no podrá ser equiparada. Un corazón enamorado palpita solamente al ritmo de un nombre. Y ese nombre no será el de ella. Sus cinco hijos serán pobres y morirán de venganza. Los estertores de la muerte dejarán tiesas sus patas y como una familia unida, serán destinados a la fosa común del barrio.

Todos son pobres, serán pobres siempre, sus hijos serán pobres también, los hijos de aquellos, mucho más. La pobreza crónica respira entre los ladrillos de las casas, se mueve entre los cables compartidos entre techo y techo que cortan el cielo a la vista del observador.

Hoy, las hijas mayores se han desterrado de la familia. Las dos por compromiso. Un hombre las eligió, las hizo mujeres en la noche, las obligó a decir adiós, madre; adiós, padre. Nunca me acordaré de ti ni de tu apellido. Adiós. El hambre hace olvidar, el hombre hace olvidar. Las nuevas circunstancias son los mejores recuerdos. La mente se vacía en la despedida, los rostros de los hermanos se borran, desaparecen. Los cerros interconectados viven solitarios. Quizás algún día llegue un rumor del futuro. Quizás algún día lo sepan. En la crónica de la pobreza no todo se sabe, pero todo se llora.

Fernando Acuestas escuchó que tocaban la puerta. Dos golpes secos, una pausa, otros dos sonidos. Estaba sentado sobre la mesa de comer, inclinado sobre la fotografía original de La Mortal: la única foto que había tomado en su vida. Sobre el papel una delgada línea de cinta negra le tapaba los ojos al rostro retratado. Recordó el momento de la exposición y la desnudez, pero no tuvo tiempo de sumergirse a recrearlo. La insistencia de la llamada en la puerta le detuvo los pensamientos.

– Policía Militar Bolivariana.

Las palabras se deletrearon con ferocidad en su mente. No era el momento de detener la vida que llevaba: la vida con su hermano, las vaginas descomplicadas, los muertos que día a día desplegaba por el barrio. Se levantó cuando la voz volvió a presentarse.

– Policía Militar Bolivariana.

Comenzó a dar vueltas alrededor de la mesa. El punto focal de su recorrer era la foto de La Mortal. Le desagradaba verla ahí, tan muerta, tan enterrada, y sin embargo tan vívida en la consecuencia de su amor. Nunca se había enamorado de ella, pero la fotografía le recordaba los tiempos de su vida, los segundos anteriores a la existencia de desgracia que estaba viviendo. Antes mataba por no tener miedo, por proteger a su hermano, ahora él era el miedo asesino.

– Fernando Acuestas. Policía Militar Bolivariana.

Tres toques en la puerta.

Decidió abrir. Ser atrapado podría sacarlo del compromiso que coleccionó con el cerro. Un muerto diario, o más: recordarles a todos los habitantes que el barrio no es un juego y que en los cerros de Caracas la vida no tiene ningún valor. Se acercó a la puerta y destrabó el seguro. Con cuidado la abrió dejando ver al oficial de uniforme militar que traía la mano puesta sobre la pistola del cinturón. Esperó un episodio poco común en estos casos: la irrupción en el rancho o las balas directas en su cuerpo, el allanamiento del hogar, el titular en las noticias: "Abatido Fernando Acuestas gracias a la estrategia socialista en pro de la paz". No sucedió.

Cuando ambos hombres se dieron cuenta de que la violencia ni el arresto tomarían forma en ese momento, el oficial sacó un cigarro, lo encendió, pidió permiso para entrar y sentarse y se acomodó, dejando caer la ceniza sobre el suelo de tierra.

– De más está decir que hoy he venido a ofrecerte una nueva vida, Fernando Acuestas. Fernando, ¿te puedo decir Fernando?

– Fernando está bien.

– Excelente. Estamos, la verdad, muy impresionados con tu récord. Llegaste hasta las noticias nacionales.

Levantó los brazos para escribir sobre el aire el titular.

– "Quince fallecidos en un mes por las manos de Fernando Acuestas". Impresionante.

– Tuve que hacerlo.

– Sí, es cierto. Claro que tuviste. ¿No sientes placer al contener en tus manos todo el pánico, toda la verdad? El barrio es tuyo, Fernando. De nadie más. Tú lo controlas.

– Mucho me ha costado.

– El precio, sí, el precio que hay que pagar. La moral, la ética, ¿conoces esas palabras? Déjame decirte algo, en la sociedad de hoy en día eso no existe, Fernando. Sólo existe el poder y el miedo. Es lo que llamamos el triunfo de la política sobre la vida.

– Yo no entiendo ni de política ni de vidas.

– Error, Fernando. Estás en un grave error. Controlas a los pobres, los tienes en tus garras, de forma organizada has estado dirigiendo este barrio durante mucho tiempo.

El oficial acercó la silla hasta Fernando.

– ¿A qué vino? ¿Qué quiere decirme?

– No vine a decirte nada, Fernando. Vine a premiarte.

– ¿Por qué?

– Y todavía lo preguntas. Necesitamos personas como tú en el ejército. Hombres sin miedo. Hombres despegados de la vida. Hombres a los que podamos utilizar para mantener nuestro nuevo sistema de lealtades. Queremos hacerte parte de nuestras filas.

Fernando Acuestas miró de nuevo la fotografía de La Mortal. El oficial continuó su discurso:

– Imagínate todo lo que tendrías. Comida diaria, un sueldo de los mejores, una cama de verdad donde dormir, todas las mujeres que quieras, actividades placenteras para hombres como tú: aprenderás a usar el fusil, de vez en cuando participarás en una que otra batalla de seguridad pública y allí podrás golpear y extorsionar a cualquier ciudadano que desees; hasta te vas a poder montar en los tanques: imagínate, vas a vivir una vida que nunca podrás tener si te quedas en este barrio de mierda.

Fernando Acuestas pensó en el panorama y en lo que dejaría atrás.

– ¿Y mi hermano?

– Él también viene. Apenas regrese le decimos. Ustedes son los hombres del futuro, el nuevo militar que el gobierno está buscando. ¿Qué mejor que tenerlos trabajando para nuestro sistema?

El oficial sonrió y tiró la colilla de su cigarro todavía encendida.

– ¿Qué dices? preguntó.

– Hay que esperar a mi hermano.

Los ojos del militar se posaron sobre las paredes. Descubrió la única fotografía de La Mortal, ampliada, repetida sucesivamente en las cuatro paredes del rancho. Todas las ampliaciones tenían arrancados los ojos.

– ¿Quién es ella? dijo el oficial.

– La Mortal.

– ¿Quién es?

– Una leyenda.

El oficial sonrió, pensó, los pobres si inventan pendejadas, se levantó y caminó hasta la minúscula ventana que abría sus fauces para mostrar el barrio. Pudo ver la podredumbre, los techos llenos de piedras, los tanques mohosos de agua, los cables atravesados de lado a lado, las mujeres mal vestidas tendiendo sus sostenes sobre alambres arrugados, los hombres sentados afuera de sus casas con cervezas en las manos.

– No sé cómo pueden vivir así, se dijo.

La mueca en su rostro mostró el ámbito de la repugnancia. Volteó para encontrar a Fernando Acuestas guardando su ropa en una bolsa de plástico.

– No es necesario que se lleven nada. El estado les dará todo. Igual que hacemos con los pobres.

El comentario le resultó ingenioso. Su forma de expresarse le causó una leve felicidad. Regresó a la silla para acomodarse de nuevo, prender otro cigarro mientras la espera continuaba. Una hora después José Acuestas abrió la puerta de la casa. Ya no era un niño. Su faceta de adolescente estaba bien establecida en la cara. Lo primero que buscó fueron los ojos de su hermano. Los encontró entregados en un brillo especial.

– Ahora sí. Nos vamos, dijo el oficial.

– ¿Qué es esto? preguntó José Acuestas, suspicaz.

– Lo sabrás en el camino, dijo su hermano.

Antes de salir Fernando Acuestas tomó la fotografía de La Mortal y la guardó en su bolsillo.

– Tengo que hacer algo, dijo.

Los tres se detuvieron en el minúsculo portal del rancho.

– Espérenme aquí.

Corrió escaleras abajo, tropezando varias veces, apresurando el paso. Era la primera vez que salía de su casa para irse por siempre. Pero antes tenía que hacer algo. Y sólo una persona podía tener lo que a él le había pertenecido desde el momento de la desnudez. Bajó los caminos. Sabía que tardaría en llegar así que se movió más rápido. En la vía se encontró con tantos familiares de muertos, tantas mujeres tristes, tantos niños solitarios gracias a su compromiso de recordatorio.

Cruzó por uno de los caminos que lleva hasta Santa Bárbara Bendita y pudo ver las huellas de sangre sobre el cemento. Diez personas caminaban descalzas. Le gustó comprobar lo que estaba en la boca de muchas de las mujeres que había penetrado en su cama los días anteriores: el Santo Niño de los Rencores vive una época particularmente próspera. Se ha establecido en la comunidad de Santa Bárbara la institucionalización del monumento. Se colocaron letreros de señalización y el inicio de la gran escalera es resguardada por militares. El gobierno ha apoyado la iniciativa y se tiene programado promocionar en la televisión el altar como sitio turístico. Así se potencia la expansión venezolana en el exterior. Después de todo, dijo una de sus mujeres, "los extranjeros también odian".

La visión de los penitentes se desvaneció en la rapidez de la caminata. Necesitaba llegar rápido para comenzar su nueva vida en el ejército. Al acercarse comenzó a sentir que el olor de la escalera cambiaba. El aire enrarecido de aromas insólitos le dejó saber que estaba a punto de llegar. De pronto se encontró de frente a la puerta. Tocó dos veces. La puerta se abrió y el olor a pestilencia guardada le inundó la nariz a Fernando.

– Pero si es Fernando Acuestas, dijo la bruja Roberta.

– Sí, soy yo.

Nunca habían hablado, nunca se habían visto, pero Fernando sabía de sobra que ella conocía todo de todos y su sabiduría sobre la vida y la muerte era ubicua y enmarañada. La detalló por completo: una mujer de

proporciones desagradables, vieja, extremadamente antigua. Dejaba ver unas manos destruidas, encallecidas hasta la dureza final. Debajo de su ropa se le marcaban los pezones. Ella fue la que continuó la conversación.

– Mucho se ha escuchado de ti en estos días, la sombra me lo ha contado todo. Parece que Rafaelito Contreras se quedó pequeño en comparación a tu obra.

Lo invitó a pasar.

– No puedo, Roberta, tengo que irme. Me esperan. Vine a traerte algo.

– Yo sé que te esperan. Te dije que pases. Aquí mando yo.

La casa mostró la faceta de la falta de juicio. Las velas y el colchón, todo colocado en el piso de tierra, el pequeño altar de la esquina que mostraba la imagen del Santo Niño de los Rencores iluminada por el fuego. Roberta le indicó que se sentara en el piso.

– No tengo mucho tiempo...

– Dámela, dijo ella, sobresaltada. Que me la des.

Fernando Acuestas no tuvo tiempo para reaccionar. Metió la mano en el bolsillo y le entregó la fotografía de La Mortal. Las manos endurecidas de la bruja la sostuvieron, se la llevó a la nariz y la olfateó.

– Todavía huele a ella, dijo. A mujer perdida.

Fernando Acuestas no contestó. La bruja preguntó por qué quería deshacerse de algo tan hermoso.

– No la necesito. Te la entrego porque no hay otra persona en el mundo que pueda cuidar algo tan valioso. Los ojos de La Mortal todavía tienen

la fuerza de su vida. No quiero recordar nada de lo que pasó. Esa foto es la imagen de la desgracia.

La bruja Roberta destapó la cinta negra que cubría las pupilas universales. Sonrió y metió la imagen entre sus tetas erguidas. Fernando Acuestas no tenía nada más que decir. Salió del rancho sin despedirse. Dejó la puerta abierta y corrió el camino de regreso hasta el portal de su casa. La noche profundizaba la oscuridad. Encontró a su hermano y al oficial sentados en las escaleras compartiendo un cigarro.

– Por fin, dijo el militar, acomodándose la casaca. Tu hermano está muy emocionado por mi propuesta. Dice que jamás pensó que matar lo llevaría a la gloria.

José Acuestas sonrió. Los dos se levantaron y comenzaron a bajar las escaleras. Fernando Acuestas iba detrás. No pudo ver las sonrisas de las mujeres y los niños que lo vieron largarse, escondidos desde las ventanas. Abajo, una camioneta del ejército los esperaba.

– Bienvenido a la vida, dijo el oficial.

Se subieron. La camioneta arrancó haciendo un temblor de sonido. Fernando Acuestas pudo ver por la ventana las luces del barrio que desaparecían: los bombillos hechos luces, la realidad desconfigurada. Estaba contento porque su hermano se había mantenido junto a él. Eran ahora parte del ejército. Sonreía porque La Mortal estaba en manos eternas. La bruja Roberta la cuidaría sobre todas las cosas. Pensó que tal vez sí la había querido. Después de todo era un hombre y según decían sus mujeres desnudas: "todos los hombres son suyos". Ahora tenía que

olvidarla. Fácil. La camioneta tomó la autopista. Desde lejos el barrio es una mentira.

Ahí estaba: su madre muerta yacía sobre la cama del parto, donde Rafaelito Contreras, que en este momento está siendo arrastrado hasta su muerte por veinte hombres llenos de odio, había nacido. Su madre sintió que se hacía pesada, su cuerpo incorpóreo, insoportable; el peso de su alma la arrastraba por los pies hacia un abismo insondable, hermético, de fugaces luces rojas y blancas parpadeando en una oscuridad plena y sin fondo. Nadie escuchó las palabras que pronunció segundos antes de la muerte: “soy una piedra que llora, lanzada al fuego por las manos del diablo. Tú también lo eres: somos piedras que lloran”. Sus ojos, llorados por última vez hace unas horas, se desvanecieron: las pupilas se apagaron en el cataclismo final de la vida, su mano derecha cayó y quedó puesta a ras de la tierra: el movimiento imitó una hoja de araguaney gloriosa y enigmática que ha caído en silencio, sigilosa, como un secreto, sin que nadie la haya escuchado caer, como sus palabras solitarias, pero tan pesada que rompe el suelo y quiebra la tierra, como sus palabras solitarias.

Estaba muerta. Rafaelito Contreras estaba vivo. Sus manos, ahora, mientras lo halan con fuerza, no se han soltado de las manos de su madre. No puede soltarla: dejarla ir es aceptar la plenitud de su soledad. Cuando salió de la casa, antes, su madre se arrodilló sobre sus pies, y a

orillas de su cuerpo, lloró. Fue la última vez que la vio llorar. Al salir de la casa dejó la puerta abierta. Siempre lo hacía. Volvería. Era la señal inequívoca de su regreso. Tal vez su madre no lo comprendió y por eso la encontró cerrada cuando regresó. No lo creía posible. Durante todo el día había caminado, recorrido caminos: su mente se debatía entre dos polos opuestos y complementarios. Para él, la vida era una metáfora de la muerte, un cataclismo inundado de catástrofes vitales.

Se dirigía a San Felipe. Tenía pensado buscar a José Mercado y matarlo. Él había mirado a La Mortal y eso, en su concepción fatal de la existencia, era un pecado. Ningún hombre tenía derecho a verla. Estaba vedada para siempre de la sociedad y de los hombres. La Mortal era suya, le pertenecía, y la mantendría escondida de todos, de la luna, del sol crepuscular: debía esconderla del mundo. Así lo hizo. La mató cuando enterraban a Raulito, su hermano. Luego mató a su padre. Como una sombra lo persiguió en la noche y le disparó en la entrada de su casa. Tardó algunos instantes en morir. Rafaelito Contreras huyó y lloró, agachado en el suelo, toda la noche.

Ahora lo rodean muchos cuerpos, rostros violentos, piedras ensangrentadas: le han entrado ganas de agacharse y llorar. Siempre supo que no era arrepentimiento o culpa; lloraba después de provocar la muerte, porque la muerte le recordaba lo frágil que era la vida; su propia muerte estaba al alcance de una bala, de un golpe, de un corazón roto. Mientras lloraba en aquel momento, escondido en la noche, recordó cómo había venido al mundo, sin padre, sin referencia alguna de cómo

debía comportarse un hombre. Agonizaba, hundido hasta el cuello en el recuerdo de las ausencias. Muchas veces había tratado de olvidarlo, modificar la realidad con su imaginación: todo el sufrimiento de su soledad era mentira, nunca pasó; tuvo un padre, y le enseñó las normas de la vida, escritas en papel, y las estudiaron juntos. Su padre le dijo: “No matar”. Y Rafaelito Contreras entendió desde el primer momento que matar no estaba bien. Pero la ausencia de su recuerdo deseado no cesaba de gotear en su mente. Su imaginación deseaba hacer real una mentira.

La madre era demasiado débil para detener la transformación de hombre a diablo, de hombre mortal a bestia eterna. No había podido detenerlo. Empezó a matar muy joven, a los doce años. Recordó a su primer muerto. El camino se hizo espeso, tortuoso, en la noche: vagaba por el barrio, era la sombra de una sombra.

Han rasgado su camisa manchada de sangres ajenas, pretéritas, sangre propia y presente. Son las piedras y los palos y los golpes que lo hacen sangrar la sangre de su futuro.

El primero de todos sus muertos se llamaba Lázaro. Era el sepulturero del barrio. Fue el último de toda una casta de profesionales de los muertos. Una tarde, cuando era todavía un niño, Fernando Acuestas, vecino de Rafaelito, decidió retarlo a matar a alguien, para convertirse en hombres. Él también lo haría. Ambos pensaron en la diversión del juego. Eran niños, se divertían moldeando a la muerte en sus manos, como un cometa negro. A veces cargaban la pistola y se apuntaban directamente en el medio de los ojos. “Eres un muerto”,

decían, y un gesto de detonación rondaba sus rostros, y el sonido de la explosión imaginada los hacía reírse. Pero esa tarde no. Esa tarde pasarían de ser los niños del barrio a ser los hombres del futuro: hombres sin miedo a la muerte, acostumbrados a sus maneras, a sus garras. Rafaelito fue a jugar a la casa de Fernando Acuestas como todos los días. – Tenemos que crecer, dijo Fernando después de saludarlo. Te reto a que mates a alguien.

–Ven conmigo, quiero que me veas, contestó Rafaelito.

Salieron corriendo en dirección al cementerio. Pensaron que si mataban a alguien era más fácil estar cerca para enterrarlo. Se ahorrarián el peso de tener que cargar al asesinado para buscar un lugar donde dejarlo caer. Cuando llegaron al cementerio un candado aseguraba la reja.

–Tengo tres balas, dijo Fernando Acuestas.

Le ofreció la pistola. Rafaelito la sostuvo un momento en sus manos y la sintió caliente y suave. Ahora, cuando el cuerpo de Rafaelito Contreras está cruzando el umbral de dolor, y todos sus dientes están rotos, una mujer le roza la mano y la siente caliente y suave. Su mano es del mismo color de los pezones de La Mortal, piensa, al verla con sus ojos heridos.

Disparó y el candado se hizo pedazos. La reja se abrió con violencia, como una premonición.

–Está muerto, dijo Rafaelito.

–¿Quién?

–El cementerio.

La respuesta convirtió el hecho en un espasmo. Estaban parados sobre tierra muerta, llena de personas muertas. La idea les causó temor. Caminaron, recorrieron los caminos entre las tumbas. Vieron a lo lejos un montículo de tierra removida, la fosa de un funeral reciente. Aquí debe haber alguien, pensó Rafaelito, la gente no se entierra sola. Propuso revisar la casa del sepulturero. Se acercaron. Hecha de tablas y láminas de zinc, la casa estaba a punto de colapsar sobre su propio peso. Sobre el techo estaban colocadas, en orden, piedras de diferentes tamaños. Cada una es la imagen de un muerto, pensó Rafaelito. La luz de un bombillo se colaba por debajo de la puerta. Escucharon venir de adentro una combinación de gemidos y llantos: el sonido inconfundible de los orgasmos cuando se hacen públicos.

Son tantos ojos los que ve ahora, encima de él, todos colapsados de odio, formando un círculo de ojos, todos colapsados de relámpagos de venganza, que cierra los suyos para recordar, ver el paraíso que los hombres tienen por dentro, ver las flores sembradas por las manos de La Mortal, sentir el agua del río de su cuerpo en el recuerdo de la mujer que había querido. Siente, a pesar del dolor, que le están floreciendo araguaneyes en los ojos.

Abrió la puerta y vio la cara de su primer muerto. Sus ojos embebidos en el éxtasis de un cuerpo de mujer antiguo, sucumbido de años de sufrimiento, y unas manos acariciando los senos flácidos por el abandono. Pudo ver la desnudez desatada, la conexión entre los dos

cuerpos sudados, el rostro de mujer agonizante, incapaz de huir del destino. La situación le causó repugnancia. Imaginó de pronto que en el futuro su madre anciana, segundos antes de la muerte, terminaría de la misma manera, violada por el sepulturero de pasiones desorbitadas. Fue la primera llama del odio que se encendió en él. El hombre no había salido todavía del desierto vaginal de la anciana. Seguía moviéndose en su placer animal. Rafaelito Contreras disparó.

Le acaban de disparar. Ahora, en este momento, la noche ha hecho su aparición. La bala está incrustada en sus pulmones. El hombre que apretó el gatillo aprieta los dientes, celebra. Ya no queda casi nada de su cuerpo: está construido con las ruinas de las ruinas del infierno.

La bala le destrozó la cabeza al sepulturero. El hombre se desplomó sobre el cuerpo de la anciana. Aterrado, Rafaelito Contreras se sentó en el suelo y lloró pensando en su madre. “Es como si hubiera matado al amante de mi madre: sentí que la muerte era yo, que no había otro en este mundo con un poder tan magnífico. Es lo mismo que sentí cuando te besé la primera vez”, le dijo a La Mortal, una tarde, contándole la historia de su victoria en el cementerio. Ella le contestó: “Tienes razón. Besar es como matar. A uno se le sale el alma por la boca”.

Tenía la pistola en su mano, quedaba una sola bala. La anciana se quitó el cadáver de encima, y salió desnuda de la casa: sus senos se mecieron en el movimiento marino de la huida, sus pies se hicieron heridas con las piedras. Corrió entre las tumbas, en dirección a la que había sido removida recientemente. En sus ojos lloraba la palabra,

“perdóname”, repetida en cada parpadeo. Fernando Acuestas le quitó la pistola a Rafaelito Contreras y disparó. Ella cayó.

–Lo logramos, dijo Fernando Acuestas, somos hombres. Ahora sí mereces usar tu apellido. Ya no eres un niño con un nombre a medias. Eres Rafaelito Contreras.

No le prestó atención. El nombre resonó en su cabeza como un lamento. Le gustó ser llamado por su nombre completo. La virginidad de la muerte se había desvanecido.

–Tenemos que enterrarlos, dijo.

Lázaro fue dispuesto en su casa, en el suelo, desnudo, ahogándose en su sangre encabritada. Decidieron no enterrarlo.

–Esta casa será su tumba, dijo Fernando Acuestas.

Salieron y se acercaron a la mujer. Les pareció curiosa la forma en que había muerto la anciana. A pesar de haber recibido un disparo fatal en la cabeza, sonreía, como si hubiera encontrado la felicidad.

–¿Por qué está sonriendo? preguntó Rafaelito Contreras.

Fernando Acuestas se acercó a su víctima para detallarla mejor: en sus ojos no había más que un abismo, sus manos parecían haber trabajado mucho. Estaban encallecidas, rotas.

– Hay que vestirla, es una mujer desnuda y está empezando a hacer frío, dijo Fernando Acuestas.

Pudo reconocer las letras en la tumba de tierra removida y el símbolo de una cruz hecha con ramas. “Felipe Toledo”, deletreó. ¿Quién

habrá sido?, dijo en voz alta. Nadie contestó. Estaba solo. Escuchó el sonido de las lágrimas de Rafaelito Contreras, a lo lejos.

“Enterrarla aquí será más sencillo”, pensó. Regresó a la casa del sepulturero, recogió el vestido negro que estaba tirado en el suelo y la vistió. Todavía estaba caliente. Se llenó las manos de sangre al pasarle la tela sobre la cabeza. La sonrisa de su rostro había aumentado su longitud. “¿Por qué estará tan contenta?”. Un pensamiento fugaz lo perturbó: “Las mujeres de los barrios son más hermosas muertas”. Intentó olvidarlo, pero la mirada de la mujer, vacía, era hermosa, una noche sin orillas.

Fernando Acuestas sacó toda la tierra de la tumba. Tardó mucho. Estaba empezando a oscurecer. El cuerpo de la anciana no hizo ningún sonido, como si hubiera caído en los brazos de alguien, cuando cayó al fondo de la fosa. Fernando Acuestas volvió a poner la tierra en su sitio y las piedras en su lugar. Todo quedó en orden: la tumba delectaba con piedras, las dos palabras que habían encontrado: “Felipe Toledo”. Rafaelito Contreras lo estaba esperando afuera, junto a la reja. Tenía los ojos tristes de tanto llorar. Dejaron la reja abierta cuando se fueron y desaparecieron en la noche que recién amanecía.

Rafaelito Contreras, irreconocible ahora, su rostro despedazado, metáfora de su vida, también había dejado la puerta abierta de su casa, y cuando regresó para descansar de tanta muerte la encontró cerrada. No había sido su madre, estaba seguro, ella nunca cambiaría de posición las cosas que Rafaelito había tocado. El mundo era de él, solo de él y no

había alma humana que pudiera modificarlo. Golpeó la puerta varias veces. No obtuvo una lágrima, un sonido, nada. Comenzó a preocuparse. Volvió a tocar. Sufrió de desesperanza. Pensó en la muerte de su madre. La desesperación lo hizo tumbar la puerta. El rancho se estremeció. No había nadie. La casa estaba vacía. La soledad era palpable en las paredes, en la mesa de comer, en las sábanas de la cama donde él había nacido. La soledad se volvió un ente físico, real, una espina clavada en el medio de su frente. Se llenó de ira. Le tenía prohibido a su madre, bajo pena de muerte, salir de la casa. Le tenía prohibido morirse. Había tomado la decisión por su bien, para que no conociera el mundo y lo mal que estaba hecho. Quería ocultar su desastre: el caos que había creado en los últimos días, por culpa de una mujer de ojos hechos de belleza y fuego. Entró en pánico. A lo lejos venían cargados al viento las letanías de un entierro. El sonido lo llamaba, lo atraía hacia la crueldad divina de las palabras. Salió de la casa y se asomó hacia abajo. Pudo ver, desde lejos, el cuerpo de su madre muerta, vestida de blanco, sobre los hombros de desconocidos. Iban dirección al cementerio. Bajó las escaleras furioso y se enfrentó a ellos. Los amenazó a todos. Los que tenían sujeta a su madre la dejaron caer. Una piedra penetró en su cabeza de mujer muerta y sangró, el vestido se manchó de sangre como la sábana de una virgen recién penetrada. Rafaelito Contreras mató al que iba al frente, el que había sostenido los hombros de su madre. La bala le destruyó la mandíbula. El charco de sangre hizo un camino y

goteó por las escaleras. Las mujeres huyeron, gritando los mismos rezos que habían cantado.

Todos gritan. Lo llaman asesino, diablo, él solo piensa en su madre y en La Mortal: ya no son sino fotografías distorsionadas, difusas, las que pasan por su mente. El mundo se ha convertido en una puerta con una cerradura minúscula y no puede encontrar la llave. Solo merece hacer dos cosas: recordar y llorar. Ahora siente que lo alzan. Su cuello percibe una sensación áspera. Sabe, sobre todas las cosas, que está a punto de morir. Se alegra. El Santo Niño de los Rencores ha cumplido su promesa.

Ahí estaba: su madre muerta yacía sobre el suelo del barrio, hundida en la muerte, para siempre. Parecía estar contenta de ver el cielo. Le cerró los ojos, la tomó sobre los hombros y la llevó a casa, la colocó sobre la cama y la lloró. Nunca había sentido tanta soledad concentrada: estaban muertas todas las mujeres que había tenido en su vida.

La Mortal había muerto por sus manos. Había muerto su madre por la ausencia. Mientras lloraba la desnudó. Primero le quitó el vestido blanco, manchado por la herida. Le quitó la ropa interior. Olió cada parte de su cuerpo desnudo, deslizó su nariz sobre la piel fallecida: las axilas, el rostro, el cuello, los senos, el sexo, las piernas, los pies, y reconoció en ella su propio aroma. Se aterrorizó de que su propio cuerpo oliera a cuerpo muerto. No se sorprendió cuando entraron por la puerta destrozada y lo arrastraron para llevárselo. Trató de no soltar la mano de su madre, el vestido, pero la fuerza de seis hombres contra un diablo fue suficiente.

Lo llevaron a San Judas, un cerro cercano, colindante con Santa Bárbara Bendita y su altar del odio, y lo lincharon en la planicie, bajo la vista de todos, bajo la vista del barrio.

Desde las casas superiores se escuchaba la palabra justicia, repetida, desaforada como la repetición de una elegía. Le destrozaron el cuerpo. Su rostro, irreconocible, había tomado una forma inhumana. Nadie que lo viera podría decir, “fue un hombre”.

Estuvo el que pisoteó su rostro quince veces, estuvo el que tomó una piedra y la incrustó en su ojo derecho, estuvo una mujer que le dio placer con su mano sin intención alguna pero después lo arañó en la cara, estuvo el que le disparó en el pecho, estuvo el que lo apuñaló en el abdomen, estuvo el que partió sus piernas, estuvo el que le fracturó los dedos de las manos con sus botas de trabajo, estuvo el que lo abofeteó y le dijo: “el hombre debe darle muerte al diablo”, estuvo el que solo miró, estuvo el que gritaba justicia y lo golpeaba en la cara con una rama de espinas y era salpicado por su sangre; estuvo el que intentó prenderle fuego y fue impedido, por la novedad del incendio de San Felipe, ocurrido poco antes; estuvo el que dio el golpe final y le partió todos los dientes con una piedra, estuvo el que quiso enterrarlo, estuvo el que dijo, “vamos a colgarlo en el araguaney”. Estuvo el que por un momento sintió lástima y oró por su alma una sola vez y más nunca.

“Hay que matarlo otra vez”, dijo el hombre que pisoteó su rostro quince veces. Lo llevaron al araguaney, un árbol seco que, según la

leyenda, florece sin hojas, sobre las ramas, todos los años, cuando se cumple el aniversario del nacimiento del Santo Niño de los Rencores.

Lo colgaron. Las vértebras de su cuello explotaron e hicieron un sonido de disparos de balas. Desde allí se ve toda Caracas, todos los cerros, Santa Bárbara Bendita está muy cerca, eternamente prendida en su cumbre de venganzas.

Rafaelito Contreras agonizó durante dos minutos antes de morir. El último pensamiento se lo llevó la imagen bendita de los senos de La Mortal, la misma imagen fotografiada que fue tomada por Fernando Acuestas el día del estreno de los ojos, modificada por su imaginación. Los pezones fueron sustituidos por ojos que parpadeaban: las pupilas de La Mortal lo enamoraban, una y otra vez, en un espiral de delirio. Sintió una corriente de felicidad recorrerle las heridas. Se formó un charco de sangre bajo sus pies. Su cuerpo era un despojo de lástima. La última imagen que se llevó del mundo fue una noche estrellada y un cerro envuelto en ondas de humo, a lo lejos.

Los barrios son la ciudad no escuchada, herida, olvidada. Los disparos de balas son sordos, y se los traga la tempestad inmensa de la tragedia. Y el sonido se opaca bajo las sombras, y de esa manera los ruidos de la muerte se difuminan y llegan, invaden los lugares prohibidos. Bienvenidos no son en el barrio pero entran, atacan,

rompen, los gritos, el muerto, los pregoneros sonando los nombres, la muerte y la muerte y la muerte.

Piensen: cada uno de nosotros carga una piedra triste sobre los hombros, pero aquí seguimos, amándonos, besando mujeres, haciendo el amor, casándonos, teniendo hijos, repoblando el ecosistema miserable. Salimos todos los días a trabajar, compramos en las bodegas, nos limitamos a existir en el ambiente conquistado por nosotros. Y poco a poco hemos tomado también los alrededores. Nos extendemos por las calles asfaltadas, vamos deslizándonos a las urbanizaciones, en cada rincón mínimo de esta ciudad nos establecemos. Pero las campanas de nuestras bodas no son escuchadas en Caracas por más fuertes que suenen. No pertenecemos a ella así vivamos en el centro: somos las heridas en su rostro, siempre sangrando, siempre, marginales. Así nos dicen.

Pobres.

Balurdos.

Niches.

Así nos llaman. Y lavamos la ropa, y cocinamos en los restaurantes.

Cachifa, sirvienta.

Y lavamos los carros, y cuidamos los puestos.

Malandros.

Y llevamos encomiendas, y lloramos cuando los hijos se van o los matan.

Sucios. Malditos.

Y nos odian y nos odiamos y nos matan y los matamos.

Ellos dicen, los ciegos: qué bonito han puesto el barrio, todo colorido. Pero no ven que el gobierno nos ha pintado de colores para ocultar que las casas de los barrios están pintadas con la sangre de los muertos.

Ellos dicen: mira a la pobrecita Carmen, tan linda, tan educada, siempre pulcra, tan puntual, ¿no le dará miedo subir sola hasta la casa? Bueno, total, esa gente está acostumbrada, no te creas. Ellos son felices así, con su cerveza y sus escaleras, ahí, los domingos, y los hombres con la barriga afuera del rancho, echándose aire. La mujer es la que tiene que trabajar para sacar a la familia adelante. ¿No tendremos algo para darle? Alguna comidita que nos sobre. Mejor guárdasela en un papel de aluminio, no se vaya a quedar con el recipiente.

Ellos dicen: hola Carmen, cómo está, cómo amaneció, mire hoy tiene bastantes cosas que hacer. Recuerde colocar un trapo entre la madera de la puerta y la escoba porque si no se raya ¿Me oyó? Recuerde que no nos gusta la comida sazonada con cubito, use la sal, que es marina e importada.

Ellos dicen: ¿ya se va? La esperamos el sábado que viene. Y tome, un regalo de parte de la familia. Cuatro muslitos de pollo para que coman en su casa, y un pote de mayonesa, y una bolsita de lentejas. Y para los niños unos caramelitos. Recuerde Carmen, entre nosotros y usted no hay fronteras, somos iguales ante los ojos de dios.

Ellos dicen: mira, mira lo que hizo Carmen. Un adorno destrozado, la puerta toda rayada, malditos marginales de mierda. Yo te digo, esa mujer no es de confiar. Claro, es que tiene el rancho en la cabeza y por eso quiere convertir la casa en una pocilga, como viven ellos. Pobre tenía que ser: claro, se levantan todos los días a las diez de la mañana para que se las cojan, o a parir sus miles de hijos o peor, como yo he escuchado, a prostituirse. Mejor vamos a decirle que no venga más, vamos a buscar otra muchacha más decente. Dicen que las de los Andes son las mejores: todas educaditas, todas lindas, que no han conocido un barrio en su vida. Sí, mejor, así Carmen aprende que en las casas de las personas de bien los objetos son sagrados. Para que aprenda a valorar la oportunidad que le dimos desde el fondo de nuestro corazón. Para que aprenda que al amo se le respeta sobre todas las cosas.

Pero somos el futuro ignorado: el barrio se extiende, se cuele entre los edificios de apartamentos de lujo, se arrima y abraza la ciudad por los cuatro costados de su rostro. El Ávila será el gran barrio, la obra maestra de la pobreza del mundo. Cuando ocurra, y seamos todo barrio, Caracas no producirá ningún sonido, nadie querrá escucharla, las balas silentes recorrerán y acabarán con todos los hombres y el mundo será el reino de la muerte, con los ojitos oscuros del Santo Niño de los Rencores supervisando todo desde su trono. Y las palabras vendrán sumergidas en la estructura del barrio: historias sobre historias como ranchos sobre ranchos. Y la escalera es la muerte.

Te lo cuento a ti porque no tengo a más nadie en el mundo. Esta cuerda hecha de duras penas que tengo entre las manos la voy a usar para ahorcarme en el árbol más hermoso y más triste que encuentre. Sólo yo sé morir de forma tan perfecta. Mira la cuerda de mi crucifixión, es negra, negra como soy yo por dentro, oscura, tú me conoces, mala; me ahorcaré para que todo el mundo sepa que con mi muerte extraordinaria estoy celebrando la muerte de mi hija Mariana, Marianita Cepeda. Se escapó de mí por miedo a que la tomara entre mis manos y la apretara fuerte hasta que explotara su sangre. Hasta ayer no sabía el paradero de sus piernas. Me enteré que fue tomada por un hombre, y que ese hombre le dejó los pétalos sangrando y dos espinas retorcidas por dentro. Solo a ti te confieso la proporción de la angustia arraigada en mí después de su desaparición: mi cuerpo se transformó, me hice ramas secas, raíces podridas, me detuve en el tiempo. Duró poco mi desesperanza, mi agitación ocasionada por el asombro de la realidad. Entendí que la muerte es más necesaria que la vida. Salí a gritar la novedad, como el pregonero que nos dicta los nombres de los difuntos. No malinterpretes mi intención. No lo hice para derramar mis lamentos, para consolarme, si no para decirle al hombre que la dejó sangrando, las consecuencias de su amor.

No hay mayor diversión que las mentiras. Me coloqué una máscara de madre para hacerle creer a la gente de este cerro que soy buena persona. Me la mataron, grité, fingiendo el patetismo del dolor. Hace

años que no siento dolor, soy una mujer sin delirios, soy una rosa sin color. Tú debes saberlo, me has conocido toda la vida.

Su muerte fue para mí motivo de grandes alegrías. No puedo penar por una muchacha desobediente e hipócrita que toda la vida se ha aprovechado de mis buenas intenciones. Si fuiste tú el imaginador de su forma de morir te felicito. El padre Torres me contó la historia. La pobre y santa Marianita Cepeda llegó a la puerta de la capilla embarazada de ocho meses, desnuda, con dos balas incrustadas en el cuerpo. Los testigos cuentan que sucedió durante la noche: en la oscuridad un hombre se acercó a ella, le disparó, y le dijo: “Yo sólo sé amar a la mujer de los ojos mortales. A ti no. A pesar de que tu cuello tenga el sabor de la vida, pertenezco a una sola mujer: ella, la de los ojos”. Cuando se aproximó a la capilla las heridas le sangraban: dejó un rastro de vida por todo el camino recorrido. Cuando el padre Torres logró socorrerla, agonizaba, los espasmos de madre nueva comenzaron a sufrirla, y dejó en el portal de la capilla dos hijos idénticos. Lloraban. Los ojos de Marianita habían perdido el brillo. Salieron abrazados de su madre. El padre Torres me contó que nunca había visto algo semejante: los gemelos se arrastraron y comenzaron a beber leche de los senos de su madre muerta: un hijo en cada seno sacando lo que podían de sus pezones de mujer sin vida. El padre Torres lloró mientras me contaba que, al arrancar a los niños de los senos de Marianita, pudo ver por un instante que tenían los ojos todos negros, completamente coloreados de una penumbra sepulcral.

Roberta sabía de la desgracia crecida en el cuerpo de su nieta y no me dijo nada. No le he hablado desde que supe la noticia. Dejaré que se pudra en su rancho de bruja vieja por no decirme nada. “Si te hubieras enterado la ibas a matar”, me dijo, “le ibas a partir el cuerpo, desgarrar el espíritu con los dientes”.

Está muy equivocada: yo soy buena, no mato, por eso soy buena. No hay nadie en este mundo mejor que yo. Todos los hombres dañan. Yo daño, pero soy buena. Soy buena porque no mato. Porque mi sangre no se envenena en la sangre de los demás, porque mi sangre está sola y no me duele. Soy buena, buena siempre porque no mato. Créeme, no hubiera hecho más que dejar a Marianita en el límite entre la vida y la muerte, sufriendo; pero matarla, jamás. Llegar a esos extremos es absurdo.

Intenté evitar la existencia de sus hijos. Le mandé a Roberta a hacerle un trabajo para que nadie se enamorara de Marianita. ¿No te lo contó? La acostó en su colchón y le mandó a que cerrara los ojos y pensara que a su cuerpo le salían nudos en la piel como de árboles, y espinas largas y puntiagudas como de rosas. Piel de árbol, espinas de rosas envenenadas. El silencio se quedó colgando del cuarto. La desnudó por completo, la embarró de tierra húmeda y donde tenía el corazón dio tres toques con su dedo. La intención era detener la belleza que la sangre del corazón hacía recorrer todo su cuerpo. Ahora me doy cuenta del fracaso. Roberta lleva siglos en el mundo y sus manos arrugadas no dan para más. El plan funcionaría a la perfección: nadie amaría jamás a

Marianita Cepeda, no tendría hijos de colmillos hambrientos, y podríamos vivir las dos sin querernos, pero sin dañarnos mutuamente. Nadie la querría, porque ya no era bella, no era flor, solamente un tallo de espinas. Cuando Marianita abrió los ojos luego del trabajo, no tenía ese brillo particular que tienen los ojos de mujer. Roberta, su abuela, mi madre, le rompió la belleza a su nieta. No funcionó.

Marianita Cepeda está muerta y es culpa de un hombre. A pesar del maleficio, le advertí las consecuencias de sus debilidades. Ella sabía lo que le iba a pasar si se enamoraba. Se lo repetí todos los días: no querrás haber puesto un pie sobre la tierra. No querrás haber dejado a ningún hombre entrarte y derramar sobre ti la desgracia de su necesidad. Marianita fue muy inteligente al esconderse de mí, supo mentirme y yo me dejé engañar. Aconséjame, muéstrame el árbol de mi muerte, llévame.

Cuando Marianita huyó recé mucho, acostada en la tierra, y le pedí al Santo Niño de los Rencores, desde lejos, que la matara. ¿Me estás diciendo que no fue él sino tú el que me escuchó? Por eso debe ser que el sonido de mis rezos salían como derramados de mi boca y se los tragaba la tierra y sentía que se iban a un pozo muy profundo y oscuro.

Siempre he vivido aquí, en el barrio; he muerto tantas veces, la vida huye de mis manos, mis pétalos rotos se los llevó el viento. Tengo que ser una mujer fuerte, porque cada día me restriego la vida contra las piedras para poder sacarle un poco de agua al cántaro vacío de la existencia. Si yo me hubiera revolcado con cuánto hombre vivía en el

barrio, mi casa estuviera llena de hijos, y ellos solo existen para vivir y pedir comida todos los días como los perros le piden huesos al amo. Estoy segura de que cuando yo no tuviera nada que darles, ellos acabarían royéndome viva cuando cayera la noche. Yo no quería hijos. Yo quería ser libre y esparcir desgracias por el mundo. Hablar contigo. Pero fui hecha para sufrir. Mi destino es morir y regresar a mi verdadero hogar, tu reino.

Estoy sola como siempre he querido. Marianita fue mi excepción, mi error. Me gustaría tenerla en frente, viva, y decirle al oído: no eres más que un error biológico, una mancha en la mesa, una gota de sangre en las sábanas de boda. Ahora tú eres como yo. Estamos marcadas por la misma venganza de los hombres: los hijos. Yo te lo dije: no eres bella, no eres flor, nadie te va a querer. Pero tú siempre, empeñada en destruirme, en hacerme infeliz. Vete con los hijos que hiciste, déjame aquí, terriblemente sola, sola con la sombra que me habla día tras día. Ten siempre cerrado el corazón y los ojos, que los hombres que ven apenas una parte de ellos no se aguantan las ganas y terminan dejando mujeres con hijos como araguaneyes. Mira las consecuencias de abrir las puertas de tu corazón.

Mi gran error fue querer hacerme eterna como tú, a través de la vida de Marianita. No entiendo por qué las mujeres tenemos que estar siempre haciendo hijos y que ese sea nuestro legado. Haciendo que el mundo continúe si lo único que sale de nuestros cuerpos es mala gente. Tú me has visto. Yo lo soy. Fui hecha a tu imagen y semejanza.

Pronto, cuando esté colgada y no viva, me voy a reunir contigo en tu reino, y tendremos mucho tiempo para hablar, para conocernos. Nada mejor que pasar la eternidad junto a un rey como tú. Mi mamá jugó contigo mucho tiempo desde hace años y debe ser que me ofreció como pago por algún favor que le hiciste. ¿Viniste a buscarme, no?

Roberta, mi madre, siempre sabía lo que yo hacía de malo. Te voy a contar algo. No se lo digas a nadie, no quiero que mi historia se cuele entre los vivos o los muertos. Una vez me fui con un hombre que había conocido en una de las escaleras y bajamos a Caracas porque él quería que yo fuera suya. Le dije que sí, pero ese día no estaba lista. Quedamos en vernos al día siguiente, en la mañana. Estaba emocionada, feliz. Iba a ser la primera vez que un hombre me agarraría en sus brazos y me rompería los suspiros. Yo quería, créeme que quería. Cuántas veces no escuché a Roberta traer uno tras otro y con cada hombre hacer un sonido diferente. A veces parecía que lloraba, a veces reía. A veces sentía sus gritos tan cerca de la muerte que me preocupaba, y ponía la oreja en la cortina para ver si escuchaba venir de adentro su respiración. Lo que salía de ahí eran dos suspiros entrelazados, uno de placer y otro de dolor. Se colaban por los poros de la tela e inundaban el rancho con sus ecos. Yo sé que le gustaba. Apartaba la cortina y salía de la cama con el cuerpo sudado, desnuda, y el hombre se iba mientras se fumaba un cigarro.

Cuando crecí, Roberta me contó que había hablado contigo para que la hicieras más bella mientras envejecía. A pesar de sus manos, lo hiciste muy bien. Sus senos todavía se mantienen firmes y sus pezones

son duros y filosos como un pedernal. Ese día, el día de ser mujer, intenté salir de la casa pero la puerta estaba cerrada con llave. Intenté escaparme por la ventana pero tampoco pude abrirla. Me quedé encerrada entre estas cuatro paredes. El hombre me detestó para siempre. Un día me vio en la calle, en la plaza, y me miró con tanto odio... Tuve que venir a llorar toda la noche. Cuando llegó, Roberta me dijo que sabía todo lo que yo iba a hacer porque tú le hiciste soñar que me caía en un abismo, y dentro de ese abismo caía una lluvia oscura y espesa, y desde lejos venía el eco del llanto de hambre de un niño y rebotaba contra las paredes de piedra del abismo, y mi cara era una máscara que poco a poco iba desprendiéndose de mi cabeza, hasta que cayó y mi rostro quedó oscuro, del mismo color sin forma del abismo. Me encerró para que no cayera en el cataclismo de los hijos hechos de desamor: su forma de protegerme fue inútil. Ella sabía que iba a entregar mi cuerpo a un hombre desconocido. Nunca me importó, solo quería probar el sabor del placer por una vez en mi vida. El que me dejó a Marianita adentro nunca le vi la cara, nunca supe su nombre. Lo conocí también en la escalera y le dije, soy tuya, haz conmigo lo que quieras. Entró en mí como una fiera y dejó el torrente de su lujuria vagando en mi cuerpo despedazado. Una sola vez y nunca más. Lo saqué a patadas de la cama.

Roberta nunca ha podido entenderme. Ella cree en la existencia del amor. Por eso le gusta tanto la historia del Santo Niño de los Rencores. Cuando era pequeña, me la contaba todas las noches, como

un cuento de hadas. Roberta siempre le ha gustado decir que la mejor forma de vivir es entregar el amor a la muerte, como le pasa a la mujer de la historia.

¿Roberta es tu amiga, no? ¿No han hablado del Santo Niño? ¿No te ha contado la historia? Tiene razón lo que ella me dice sobre ti. Tu rostro no es desagradable, tienes un olor a anís estrellado. Sin embargo, tus ojos están tristes, parecen tormentas calmadas. Tienes mucho trabajo, me imagino. ¿Quién sabe? Ahora que estoy hablando contigo me han entrado ganas de ver a Marianita. No de verla viva, sino de verla muerta. El padre Torres la enterró afuera de la capilla, y le hizo un bonito altar para que las personas recen por ella; sobre su tumba colocó dos piedras, una por cada hijo que tuvo, una por cada bala que la mató. Vamos a visitarla. ¿Quién más que tú sabe dónde están todos los muertos? Me gustaría tomar su cuerpo fallecido y mecerla en mis brazos y así recordar cuando se pegaba a mí para secarme los senos con su hambre de recién llegada.

¿Te vas? ¿Tan rápido? Pero si has estado aquí menos de una hora. Entiendo, tienes que regresar. Aquí siempre eres bienvenido, mi barrio es tu casa. Caracas es similar a tu reino: una ciudad en llamas rodeada de cerros quemados. Recuerda que en estos días nos veremos y hablaremos mucho tiempo junto a tu trono. ¿A Roberta? No te preocupes, le diré. Lo voy a hacer por ti. Le voy a decir a la bruja Roberta que le mandas saludos.

Allá arriba el viento es fresco, y se mueve, lejano, sobre las sombras rezagadas de la noche: dos soledades se han encontrado entre los rincones para unirse en el cauce del tiempo eterno. Y el aire tiene un olor suave, y cruel: piel recién perfumada. Ahora ha comenzado el amanecer. Una flor se desprende de su tallo, se levanta en el cielo, y vuela. El sol, a esta hora, va saliendo de su ensueño. Es claro, viene todavía acomodado en el calor del recuerdo de los atardeceres. La noche fue fría, no hubo luna que llorara sobre los techos de los ranchos. Se escucharon, cada hora, todas las horas, los gritos de las balas chocar contra el barrio. Y el viento fresco se ha llevado para siempre los ecos de la noche. Ahora, en los árboles, las hojas susurran cuando oyen venir caminando desde el cielo el bostezo de la mañana.

Estaban acostados juntos, muy cerca, uno al lado del otro. Así habían pasado toda la noche. Carmen al lado de Felipe. Felipe al lado de Carmen. Carmen estaba viva. Felipe estaba muerto. Se abrazaban. Le gustaba sentir el peso del brazo de su esposo sobre su pecho. El calor de su viejo cuerpo la hacía sentir acompañada, atrapada para siempre entre los brazos que ella se sabía de memoria. Ella le acariciaba el cabello; ese cabello que había sentido entre sus dedos en las noches, todas las noches de toda su vida junto a él. Sentía los dedos fríos de tanto tocar. Yo sabía que me ibas a dejar sola algún día. ¿Por qué ya no dices nada? Siempre me decías, al fin y al cabo nos pasamos la vida muriendo, ¿qué importa que terminemos muriendo de verdad? Pero igual seguías hablándome, no llores más, no llores más, que todavía no me voy a morir, y yo te mentía y te contestaba mientras lloraba, no estoy llorando.

Siempre sabes cuando miento, siempre lo sabes. Sentías caer en tus manos las lágrimas que me hacías llorar por tu empeño en irte de este mundo. Me agarrabas las manos, y me acercabas a tu boca y me decías lentamente que nunca te ibas a morir porque me amabas; porque el amor que sentías por mí podía detener hasta la muerte.

Carmen se movió y puso la cabeza contra el pecho de Felipe. Quería escuchar latir su corazón. Siempre lo había hecho; le daba la seguridad de que él no la dejaría sola jamás. Apretó más la cabeza contra el pecho de Felipe, y pensó que tal vez apretando más lo escucharía latir. Nunca te he creído nada, Felipe Toledo. Te vas, y nunca más te voy a volver a ver. Tú me decías, nos vamos a ver en el cielo. Yo no he hecho más que pecar y pecar hasta que le agarré el gusto, Felipe. O es que no te acuerdas del día en que nos quedamos solos, después de haber llegado de la procesión del Santo Niño de hace tantos años, y nos acostamos aquí mismo y tú me quitaste la ropa y yo te la quité a ti y me besabas y me mordías las orejas y me decías, te dedico toda mi vida, mi corazón y sus llamas te pertenecen. No te contesté porque estaba pensando en los hijos que íbamos a tener.

Ahora que no estás te confieso que mientras tú recorrías mi cuerpo con los labios y me hacías tu mujer y me mirabas fijamente a los ojos, yo estaba en otra parte, muy lejos, y deseaba en ese momento que nuestros hijos nacieran muertos, para que no tuvieran que venir al mundo a sufrir como nosotros. Los hijos de los pobres van a ser siempre pobres. Tú y yo lo sabemos muy bien. Somos hijos de la miseria. Yo los imaginaba

callados, muertos sobre el mesón de la cocina y mientras tú seguías y seguías y te metías en mis ojos y me repetías, te dedico toda mi vida, toda mi vida, yo lloraba por dentro y me tragaba las lágrimas que nunca pudiste ver; y yo pensaba también con qué iba a vestir a nuestros hijos para enterrarlos, para dejarlos encerrados bajo la tierra, para que no tuvieran que vivir. Y pensaba que si a uno de ellos se le ocurría volver a la vida, yo tendría que acabar con eso tan triste que había nacido. Pero no se cumplió lo que pedí. Nos nacieron seis, todos vivos y todos hambrientos, como una maldición. Mis senos se quedaron secos por culpa de todos ellos. A mis ojos se les fue el brillo de tanto parir, aunque tú seguías diciéndome cada día que mis ojos brillaban como brilló el mundo cuando estuvo recién hecho. Hubo tiempos mejores. ¿No te acuerdas también de un día en que de tantas veces que me hiciste el amor el sol se quedó parado en el cielo, toda la noche, porque nos habíamos amado tanto y tan eternamente que alejamos la oscuridad de toda la tierra?

Carmen miró a Felipe a los ojos, y trató de meterse en ellos como él se había metido antes en los de ella, pero se dio cuenta que ahí no había nada y dejó de mirar, porque solo veía adentro un vacío infinito y apagado como una noche sin estrellas, negra y hermosa como todos los abismos. El cielo no existe, Felipe, el cielo está aquí en la tierra. A los pobres no nos dejan entrar. Tú sabes muy bien que yo me voy a ir para abajo, a cargar piedras día y noche con los diablos. He pecado demasiado y no me arrepiento. No logré salir del barrio. Mandé a nuestros hijos a

robar comida en el Caracazo. No te quise lo suficiente. Si lo hubiera hecho no estarías muerto. Mi gran pecado fue dejar que murieras. Quién sabe si alguno de nuestros hijos está allá abajo, quién sabe si me van a hacer compañía. Hace tanto tiempo que nos dejaron solos que he olvidado hasta sus nombres. Y ellos han olvidado el tuyo y el mío. No va a ser lo mismo sufrir toda la eternidad sin ti. Yo sé que me estás escuchando, Felipe, desde alguna parte. Tal vez para ti sí haya un cielo. A mí no me queda otro destino que las llamas. Sola, sin ti. Para siempre. Dime algo, Felipe, lo que sea.

Lo miró de nuevo a los ojos, y se vio reflejada en ellos. Sintió que no podría entrar nunca más. Dime otra vez lo último que me dijiste, lo quiero volver a oír. Dime otra vez, te dedico toda mi vida. Dime si la muerte es la recompensa que nos toca a todos por tener que haber vivido. Dime si allá la vida es mejor que en este cerro. Dime si estás feliz. Dime algo, Felipe, no me dejes sola viviendo en este mundo. No me dejes sola.

Allá arriba ha empezado el calor. La luz se derrama desde el cielo y quema la tierra. Del suelo se levanta el aire sofocado, y se empoza como se empoza la lluvia. Es el desierto del tiempo; la tierra seca y triste y pobre que del mundo parece brotar cuando el día llega a la mitad de su camino. Es el desierto del tiempo que los hombres han sentido desde siempre cuando les ha llegado la hora de partir. Es en el desierto del tiempo donde más duelen las horas.

¿Te acuerdas que le comenté al oído al padre Torres que no dijera hasta que la muerte los separe? Nosotros sabíamos muy bien que ni la

muerte nos podría arrancar el uno del otro. Aunque muera, aunque mueras, yo siempre seguiré siendo toda tuya. Eso pensé ese día. Y el padre no lo hizo, no dijo nada. Es imposible que tú te hayas muerto y que yo esté aquí ahora, subiendo al cementerio, y que nos separe una caja de madera.

Caminaban. Subían escaleras bajo el sol del mediodía. Iban rondando entre los ranchos, lentamente, bajo la luz exasperada detenida a ras de la tierra. Las flores que llevaban las mujeres en las manos se volaban con la brisa y el cielo se llenaba de colores. Iban el Padre Torres, y el vecino, y los amigos de Felipe de la planicie, y las mujeres de los amigos de Felipe y Carmen, a enterrar ese viejo cuerpo que ya no se movía, que jamás volvería a moverse, y que solo le quedaba volver al polvo del que había venido. Llevaban a Felipe, muerto, encima de los hombros, muerto, en su velorio caminante, en la caja de madera que Carmen había comprado mucho antes pensando en su propia muerte. Había tenido la idea de comprar una urna para cada uno de sus hijos y para ella, pero solamente le había alcanzado para una sola. Por lo menos, pensaba, uno de nosotros se va a pudrir decentemente. Nunca, ni cuando él se había acostado en la cama para no levantarse nunca más, de tan viejo y tan usado que se le había puesto el cuerpo, pensó en la muerte de Felipe. Su amor lo había hecho eterno. Carmen había comprado la caja, de madera negra, para que combinara con el vestido que tenía guardado para su propio funeral y para los entierros de todos y cada uno de sus hijos. Se lo habían advertido sus vecinas, en esos días

en que ella empezó a acumular niños en la casa; los vas a ver a todos salir de tu cuerpo y a todos los vas a ver entrar en la tierra: a todos los verás olvidarte. No se entristecía porque ella sabía que en los cerros de Caracas la vida era así, al revés. Los padres entierran a sus hijos asesinados y a ellos los entierra el olvido. Pero cuando sus hijos, muy jóvenes, se enamoraron y se fueron uno a uno del rancho donde habían nacido y no volvieron jamás, a Carmen le quedó el alivio de no tener que ocuparse de la muerte de gente que la olvidaría al pasar el tiempo. Así fue: todos sus hijos se regaron por los barrios, hicieron sus vidas solos en otros cerros, olvidaron el pasado, a sus hermanos, olvidaron los lazos de sangre: cambiaron su apellido sin valor, escogieron otros cuando no lograron recordar cuál les había sido impuesto en el nacimiento.

Ángela, la mayor. Pobre.

Angustias, la segunda. Pobre.

Juan José, el tercero. Pobre.

Gabriel, el cuarto. Pobre.

Roberto, el quinto. Pobre.

Mariela, la última. Pobre.

Sus hijos. La herencia miserable de su carne. En orden, salieron del rancho, negaron la existencia de Carmen y Felipe, olvidaron su vida anterior, se casaron y vivieron sus destinos, en la soledad de una vida sin padres, una vida hecha de nuevos apellidos. Carmen esperó pacientemente los últimos años la llegada de la muerte, pero atacó

primero a Felipe Toledo. Como yo he pecado mucho, pensaba, me toca quedarme aquí más tiempo. Mi castigo es vivir.

Ahora Carmen tenía puesto su vestido negro, todo negro, como los abismos, como los ojos de Felipe Toledo. Llevaba en las manos un rosario, y cuenta a cuenta le pedía al Santo Niño de los Rencores que la mandara adonde Felipe estaba ahora. Ojalá te pudieras acordar del día en que nos casamos. Yo estaba vestida bien bonita y tú me miraste fijamente a los ojos como siempre lo has hecho, y luego me besaste, y todo el mundo aplaudió en la capilla. El padre Torres no pronunció nunca las palabras, hasta que la muerte los separe. ¿Será que me oyes, Felipe? ¿Me oyes desde allá adentro?

La reja del cementerio estaba cerrada cuando llegaron. Bajaron a Felipe y lo pusieron sobre la tierra. El cura se acercó a la reja y Carmen se paró detrás de él. ¿Hay alguien por ahí? ¡Lázaro! ¡Traemos otro muerto! dijo el padre Torres, ¡buen día para hacer negocios!

Desde adentro del cementerio solo se oía el susurro de la hojarasca. Pronto apareció Lázaro, el sepulturero, y se escuchó el sonido de las llaves al destrabar el candado que cerraba la reja. Entraron. Un muerto con caja es más caro, dijo. Es de los más caros porque pesa más, y si pesa más es más trabajo, y el trabajo se paga. Si lo entierran sin nada sale más barato. ¿Carmen? Padre, yo no tengo nada. Carmen miró hacia atrás y vio cómo los invitados al entierro se iban, uno a uno, todos. ¿Padre? Yo tampoco tengo nada, hija. La religión no da para lujos como este. Carmen se arrodilló en la tierra, frente a Lázaro. Subió la cabeza y

lo miró fijamente. Él intentó meterse en sus ojos. El padre Torres bajó la mirada y se puso la mano sobre la frente. Vamos a terminar con esto de una vez, dijo. Caminaron. Llegaron a una lomita que parecía libre, desde donde se veían alzadas todas las cruces de las tumbas del cerro. Me gustaría que lo dejáramos en donde la tierra sea más caliente, así se sentirá en casa. Aquí es, mi señora, dijo Lázaro. El padre caminaba con la cabeza agachada. La tierra comenzó a amontonarse al lado de Carmen. La tomó en sus manos y la sintió caliente como una brasa. Sonrió de tristeza. Lázaro miraba a Carmen, y con los ojos le recorría lentamente el vestido de su funeral mientras iba acumulando la tierra a un lado con su pala. Hemos venido aquí, a darle el descanso eterno a Felipe Toledo, que ha fallecido en buena hora. ¡Bienaventurados los que mueren porque de ellos es el descanso eterno! ¡Bienaventurados los que fallecen, porque pueden olvidarse de lo que es la vida en el mundo! Amén. Ecos de tristeza.

El sudor bajaba por la frente de Lázaro, y cuando estuvo listo, se sentó en la tierra a descansar mientras el padre Torres terminaba la ceremonia. ¡Bienaventurados los que se han ido porque no tienen que sufrir por los que sufrimos en este mundo! Amén. Ecos de soledad encarnada. Ahora está en un lugar mejor, Carmen. Todos los lugares son mejores que este. Carmen se acercó a la caja y la abrió. De adentro salió un olor a reliquia guardada. El padre Torres se tapó la nariz con la manga de la sotana. Los muertos aquí no duran, mi señora. Y los vivos tampoco, dijo Lázaro. Carmen vio a Felipe como nunca lo había visto. Su piel era

gris y su rostro parecía haber llorado. En ese momento Carmen se dio cuenta de la realidad de la muerte. Rasgó un pedazo de la tela de su vestido, y enrollándola le cubrió los ojos a Felipe. Luego deslizó suavemente la tapa sobre la urna. Carmen y Lázaro hicieron caer la caja en el hueco. Hizo un sonido seco, como si adentro no quedaran más que huesos. Carmen lloraba. El padre Torres la besó en la mejilla y le dio la bendición. No te preocupes, le dijo, dios todo lo perdona. Se fue tropezando las tumbas con la sotana, en una sombra cernida sobre los árboles. Lázaro devolvió la tierra y llenó el hueco que había hecho y Carmen la fue regando con sus lágrimas, esperando que Felipe la llamara para irse con él.

Cuando estuvo enterrado, Carmen agarró dos palos secos que estaban tirados bajo un árbol cercano y los puso sobre el montículo de la tumba de su esposo. Hizo una cruz y la besó. Con las piedras rezagadas alrededor de la tumba formó las palabras Felipe Toledo y luego se acostó sobre la tierra y apretó la cabeza para ver si escuchaba venir desde abajo algún latido. No escuchó nada. Siguió apretando la cabeza contra la tierra. No escuchó nada. No quiero que nadie esté metiéndose con la tumba de Felipe. Es de él solamente. Aquí todavía queda espacio, no se preocupe, mi señora. Mire, mire, tierra y tierra para los muertos. Yo se la cuido, además, falta todavía mucho tiempo para que se empiecen a enterrar a los muertos unos encima de otros. Hay todavía mucho espacio. Mire, no le miento. Y bueno, vaya apurándose, mi señora, que no tengo todo el día. Lázaro vivía en el cementerio, en un rancho que él

mismo había construido con los pedazos de las tumbas que se habían roto con el tiempo y el olvido. Caminaban. Carmen lloraba. Lázaro iba delante de ella, rápidamente. ¡Apúrese! La reja se cerró detrás de ellos, Lázaro corrió a cerrarla con el candado. Caminaron hasta su casa. Adentro había una sola cama. Los muertos con caja siempre son más caros, mi señora, es hora de pagar. Se acostaron juntos, muy cerca, muy cerca, uno al lado del otro. Carmen al lado de Lázaro. Lázaro al lado de Carmen. Carmen estaba viva. Lázaro estaba vivo. Felipe estaba muerto.

Allá arriba el día se ha quedado entre el límite de la oscuridad. El sol se ha ido poniendo, lento, bajo las sombras. La oscuridad se mete en las casas y se va haciendo la noche. Es de noche adentro de los ranchos, en las escaleras, en las tumbas. La noche. La flor que ha volado no se escucha en la oscuridad, y aunque no se ve, sigue rondando por el viento. Ahora el viento es frío, baja del cerro con el olor a la lluvia de mañana, a la tierra mojada que se aproxima en el final. Se ven las luces en los cerros, titilantes. Se ven. Se escuchan los pasos de la muerte, uno tras otro, como en ese momento justo antes de que empiece a llover. Se escuchan. En el cielo palpitan las estrellas, luces que de noche brillan y están vivas, y de día desaparecen, muertas.

Cepeda no se sorprendió cuando vio el cuerpo de Rafaelito Contreras colgado del araguaney de San Judas; árbol seco de leyenda irreal, donde ella misma, hacía unas horas, había decidido como lugar de su muerte. Su decisión fue tomada en la base de la muerte espectacular: si morir era la única opción válida, lo mejor es que fuera el lugar más

hermoso. Un árbol seco, rodeado de leyendas, ramas secas y árbol amarillo.

Cepeda sintió una profunda felicidad al ver que Rafaelito no había cambiado en nada: seguía siendo el mismo hombre maldito por la vida, pero esta vez, ya acurrucado en el desierto de la muerte, parecía más feliz que nunca. Cepeda detalló su cuerpo de hombre en descomposición: los ojos se habían vaciado, dos profundos agujeros habían sustituido las pupilas, el resto del cuerpo seguía igual de derrotado, como siempre. Visto desde la tierra, con la cabeza baja y la expresión vacua, parecía llorar. Cepeda se sintió feliz sabiendo que moriría junto a alguien peor que ella.

Se preparó como lo había imaginado tantas veces durante tantos años: se subió al árbol con dificultad, escogió la rama más hermosa (se levantaba en el aire, hasta arriba, en líneas suaves; la punta, en la parte más alta, estaba rota), e hizo el mejor nudo que sus manos de costurera casi fallecida pudieron lograr. La cuerda de su muerte estaba lista. La tomó en las manos, se la colocó en el cuello, apretó el nudo con fuerza, con rabia, y se lanzó al abismo sin fondo de la incertidumbre de la otra vida. El cadáver empezó a descomponerse inmediatamente: su lengua adquirió un tono verde y negro, sus manos se pudrieron, sus senos eyacularon sangre. A los dos días su lengua había caído sobre la tierra, se hizo un charco de cultivos y moscas y desapareció de la naturaleza.

Solo los que se atreven a pasar por el araguaney de San Judas miran hacia arriba. Cepeda ha perdido el rostro. Parte de su cuerpo ha quedado

solo en la visión de los huesos. Rafaelito Contreras ha adquirido profundidad en el vacío de sus ojos, día tras día, en la tristeza. Cuando llueve, y hay viento, los dos cuerpos se mecen en el aire y chocan, reconociéndose uno al otro como habitantes pretéritos de la vida de Marianita Cepeda. Al terminar la tormenta, reposan y miran hacia abajo con miradas de deseo: la tierra anhelada, la tierra necesaria; la tierra toda, vedada para ellos, el descanso final de los pobres.

Se detuvo frente a la ventana. La madrugada sentía los rumores de la sangre. Los ojos de diablo le brillaron en el fragor de la noche. Ojos negros. Todos negros como los ojos de los diablos. Iba de camino a dormir al rancho materno. Al pasar no pudo dejar de ver un cuerpo de violencia femenina que se acurrucaba en la cama interna de la casa. Aunque sabía quién era no le había notado la belleza, semejante fuerza en las manos, tal vez las manos más delicadas del mundo. Tendría que entrar con cuidado. En una casa llena de mujeres todo se escucha, todo se sabe. Y él sabía que allí había dos. La mujer y la niña. La madre despiadada, la hija sin estrenar. Él quería a la hija. Ella, que reposaba en la cama lenta, ella, que movía los pies debajo de la sábana. La noche no podía acabarse sin que su cuerpo fuera relajado en la estrechez de la humedad, en el calor de las aberturas. Abrió la ventana con cuidado. Había hablado con ella muchas veces afuera, en el día, ella respondía por temor, por el terror de la muerte que él podía causarle si quisiera. Pero

la presencia de la noche mostró una nueva belleza, una nueva forma de ardor sexual. El instinto de animal insaciable explotó en él y en sus decisiones.

Primero introdujo la pierna izquierda. Se apoyó de una repisa para terminar de entrar todo el cuerpo en la habitación. La ventana abierta lo dejó acceder desde la escalera. Recorrió el camino entre el barrio y la belleza con un solo movimiento del cuerpo. Adentro, el colchón se iluminó, la luna entró para mirarla. Ella, sólo ella, en la cama, pronto tocada en los muslos, pronto enamorada con palabras susurradas al oído. Se detuvo. Escuchó moverse el cuerpo ruidoso y fétido de la madre detrás de la puerta de tela. El aire de la división movió la ternura de la hija. Un pensamiento lo detuvo: La Mortal. ¿Qué pensaría si lo viera allí, en casa ajena, robando caricias a los muslos suaves de una amiga, muslos que ya despiertos sentían perfectamente el tacto de las manos calientes subiéndoles hasta la vagina pronto perturbada? La hija disfrutó toda la hora sexual.

Como si durmiera, como si soñara, mostraba en ella una sonrisa amplia, sin elección de dientes, una pasividad inmensa en el rostro. Como si soñara cambió de posición cuando él la mandó a voltearse con la voz baja. Como si soñara se quitó la ropa para que él se acomodara en su desnudez. Como si soñara dejó que él recorriera con la lengua todo su abdomen hasta llegar a sus partes inundadas. Como si soñara abrió la boca y dejó que él se insertara adentro. Como si soñara suspiró aquel pene de asesinato. Como si soñara abrió los ojos cuando se sintió

invadida, cuando la punta del intruso paralizó lo más hondo de su vagina. Como si soñara escuchó que él le dijo mordiéndole la oreja que la acompañaría todos los días y todas las noches, y que no la dejaría ni un solo momento de amar. Como si soñara le rasguñó las nalgas con las uñas perfectas en el abatir de la penetración. Como si soñara gimió suavemente cuando él se rompió en ella. Como si soñara se dejó abrazar para terminar con el beso de despedida. Como si soñara escuchó las palabras que dijo muchos días antes de atacarla cuando en una noche en que ella estaba perdida e hinchada con el mundo entero adentro, él ondeó con las manos de sangre la bandera de los ojos de La Mortal y disparó dos veces y le rompió la vida a ella pero no a los dos hijos que le hizo, recordando cuando apretó el gatillo estas palabras que pronunció al sacar la pierna y salir por la ventana de la habitación: ya sabes, Marianita Cepeda, si me amas no se lo puedes decir a nadie.

Ya está, hijo, esta será la tumba de tu apellido. Aquí enterraré también a tu bisabuela y a tu hermano. Recuerdo el día de su nacimiento: el día en que sus nombres se confundieron y nadie podía diferenciar quién era quién, cuál de los dos recién nacidos lloraba con más ahínco y señalar con un nombre el ser que lloraba, porque sé que el rostro que perdiste ha huido de ti por miedo a vivir más tiempo en este barrio de muerte y cenizas; hijo, y cuando sea el momento propicio, quizás no lo

vea yo en esta vida, un hombre bajará a tu abuela del araguaney de San Judas y la enterrará aquí, en esta, la tumba de ti, Cepeda sin rostro.

Se alejó hacia los bancos de rezar para ver la configuración nueva del altar de su capilla. Un despojo sin rostro estaría, ahora, para siempre, derramado sobre la mesa de la eucaristía, el hombre roto, el Cepeda anónimo y desconocido, durante todos los siglos del porvenir. Su cuerpo entrará en estado de descomposición, las moscas invadirán su carne verde, la capilla será el mausoleo de la familia Cepeda.

Salió y se encontró con la otra tumba que había creado. Recordó el momento en que desenterró los huesos del lugar donde ocurrió todo, y los llevó a San Felipe, y los plantó en la capilla reformada del cerro de las cenizas. Luego recordó las modificaciones que le había hecho recientemente para afianzar la gloria del nombre de una mujer enamorada de un sueño, el nombre escrito sobre una lámina de zinc, con tiza blanca, MARIANITA CEPEDA; las flores renovadas todos los días, el agua nueva, fresca (cuando había), las oraciones dispuestas cada mañana al rompimiento del amanecer.

Le consternaba la impaciencia de saber qué había sucedido, por qué razón caería un hombre muerto desde el cielo y rompería el techo de la capilla y salpicaría de sangre las máscaras de las mujeres de San Felipe, escondidas sin rostro para que dios no viera las caras desfiguradas por el fuego, la humillación de ser la creación olvidada, venidas a rezar para intentar salvar la poca densidad de sus almas.

Apretado de lágrimas analizó el destino de las manos de todos los demás habitantes de San Felipe, escogidos por dios o por el destino trágico, para estar ahí en aquel momento y lugar específicos y no en otros lugares distantes, lejos de los barrios. Pensó que todos tendrían que ver la irrealidad de su existencia, la originalidad de las muertes, la ficción creada por la muerte para divertimento de la muerte, y sobre todo, para sufrir en los ojos (muchos intentarán borrarla, desaparecerla, como Edipo, arrancando los ojos de su memoria) la imagen del fallecido espectacular.

Los años se habían aparecido frente al recuerdo de los dos recién nacidos que el padre Torres había visto salir de una mujer muerta. Las imágenes eran difusas, distorsionadas en los recuerdos de todos los otros muertos anónimos que tuvo que ver enterrar los años posteriores, pero en el temblor de su memoria se coló de pronto la noche en que entregó los dos cuerpos llorosos a la bruja Roberta, la bisabuela de los dos niños de la ira. Recorrió las callejuelas, dando vueltas y perdiéndose entre las casas, bajando las escaleras para después subir otras. El barrio mostró sus fauces de comienzos de la noche.

Sombras en las paredes,
no había forma de retrasar la tragedia, habían empezado a formarse las nubes de los hechos; ella fue muerta por dos balas y dos hijos. Marianita Cepeda, mujer de sueños, mujer soñada por una pesadilla de madre enamorada de una mentira, mujer, Marianita Cepeda hecha llantos y espinas, huyendo de su madre; de su vagina espiritual salieron dos niños idénticos esa noche desprendida del cielo;

mujeres asomadas a las ventanas, observando las escaleras, aterradas,
los recién nacidos forcejearon al quitarse los abrazos, arrastraron sus pieles nuevas sobre la tierra y sobre la sangre que fue también su propia sangre. Como cachorros de sueños, crías de perra solitaria, se colgaron de los senos, succionaron hasta parecer que saldría sangre de los pezones; a ella no le dolía, nada podía dolerle;

el pregonero vociferando las últimas noticias de los muertos del día terminado,

los dejé caer sobre las piedras cuando los detallé bajo la luz de la luna y vi sus cuatro ojos negros, todos negros como los ojos de los diablos; chillaron, lloraron, uno sangró por la espalda, una piedra se incrustó en la cabeza del otro, sangraron, tenía frente de mí los hijos productos del sueño del diablo;

la luna aparecida en el cielo como un espectro,

los examiné, sus hocicos eran idénticos, sus patas, sus colmillos de cachorros humanos, todo en ellos era la copia exacta del otro, sus llantos sincronizados parecían uno solo, los excrementos olían de la misma manera, —no puedes tenerlos aquí, me dijeron, no son tuyos, es pecado robar niños ajenos así la madre esté enterrada donde pueda verlos crecer, estos cachorros le pertenecen a Roberta. Metí a los dos hijos del demonio dentro de una bolsa de tela, y los cargué hasta la casa de la bruja. Nunca ninguna persona me había abierto la puerta con tanta desesperanza en los ojos. —Me estás trayendo una desgracia, Torres, dijo la bruja, tomó la bolsa y cerró la puerta.

Después del recorrido la casa estaba frente a él. Se acomodó la sotana para estar presentable. Tocó la puerta tres veces. Escuchó el sonido de la llave destrabar la cerradura y se encontró de pronto con la silueta de los huesos de una mujer extremadamente antigua. El polvo se

introdujo en la garganta y en su voz de cura viril, tosió. Fue interrumpido por los ecos de la voz de Roberta:

– Ya lo sé, ha sucedido hoy, en este día aciago. Pasa.

El rancho no había cambiado en nada, excepto de cerro. Recordó cómo desde fuera había visto el mismo colchón postrado en el suelo, roto, las velas esparcidas, enterradas. El olor a leche agriada por el abandono mostraba sus garras e inundaba toda la habitación. Era el mismo rancho pretérito pero ahora cimentado en San Felipe.

– Siéntate, le ordenó la bruja.

El padre Torres no encontró silla para sentarse.

– En el piso, curita, quítate la sotana. Tus artimañas de santo no funcionan aquí.

Obedeció, por miedo. Se quitó la sotana, la dobló y la mantuvo sostenida en sus manos. Se sentó en el suelo. La bruja Roberta tomó una vela encendida, le arrancó la prenda de las manos, le prendió fuego y echó la tela incendiada fuera del rancho, por la ventana.

Se sentó frente al padre Torres, le tomó las manos, con sus uñas filosas le recorrió las palmas:

–Ahora somos iguales, nos separan los años pero no los aromas, dijo. Ahora sí podemos conversar bien, sentarnos toda la noche si es necesario, tomar un café, hablar, soñar, hablar, soñar, hablar, ¿por qué pensar si podemos sentir? ¿por qué sentir si podemos amar?, cerrar los ojos y soñar con el futuro o el pasado. Estás aquí porque ha sucedido. La herencia de Marianita Cepeda, la perra de los sueños, mi nieta cogida

por el hombre de los sueños, ha sido destruida en ella misma, por su misma esencia, su misma sangre moribunda. Las fuerzas iguales se repelen, los hermanos terminan muertos, Caín fue asesinado por Abel, el castigo fue vivir eternamente con una marca de bala en la cabeza, y esparcidos sus restos en altares como tumbas. Nunca he sido decepcionada por la sombra, mi gran amigo de años. El Diablo lo sabe todo, lo ve todo, él es el gran imaginador del mundo, mi gran amante, él, él, él. Lo sabe todo, lo ve todo, siente todo y no es dios, es su contrario, su fuerza enemiga, atraída a él como un imán inmenso; los opuestos se atraen, se unen, son inseparables para siempre. Rafaelito Contreras y La Mortal, amantes eternos. Pero no ellos. No los hermanos. Lo supe en el momento en que Marianita entró por esta misma puerta. La agarré firme, choqué la palma de mi mano contra su cara, madura, crece, hazte mujer recibiendo las bofetadas de la vida, y la acosté en el colchón y le miré el futuro dentro del cuerpo. Dos corazones latiendo en su vientre, en sus entrañas, dos corazones latiendo a la misma velocidad exacta, del mismo tamaño, con el mismo defecto: corazones rebosantes de ira. Aquí, aquí, aquí, toma, le apuré un vaso lleno del licor del futuro, bebe, sorbe, sorbe, siente. Sí, sí, esto tiene algo que nos dirá lo que es el futuro, Marianita, bebe, que baje por tu garganta hasta tu sexo. Que alivie lo que tienes por dentro, tus penas. ¡Sábila, sábila y nomeolvides! ¡Nomeolvides! Bella flor y arde. Nunca la olvidarás. Más de una, una. Una más una, dos. Dos. Dos espinas de la corona de espinas. Dos espinas calentadas en la fragua de Vulcano. Dos espinas

que chocan y se retuercen como sombras. Sombras, sí. Dos sombras afiladas e idénticas. Torres: recordar ese momento me embriaga de poder y de gloria.

El padre Torres observaba las gotas de sudor sembradas sobre la frente de Roberta, brillantes gracias al fuego reflejado de las velas. Se acomodó en la tierra. Con la mano empezó a jugar con la esperma de las velas consumidas. Roberta miró hacia arriba, se secó con el brazo el sudor despedido de su cuello.

– Préstame atención, concéntrate, Torres. Sí, curita, todo amor empieza en la concentración de la mente, luego la del corazón, luego la del sexo.

Se acercó a él, lo abofeteó, sus uñas rasgaron el rostro del hombre, la piel sangró, un dedo recogió la gota de sangre, la lengua la saboreó antes de hablar.

– Un hombre vivo en medio de hombres muertos. Vegetamos en los confines de la Ciudad de la Muerte. Vivimos, tú y yo, como han vivido tantos y han muerto tantos y tantos han sido asesinados. ¿Y qué somos nosotros sino insignificancias humanas? Grítalo, curita, Insignificancias Humanas. Ve, recorre mi cuerpo con tus ojos, ¿qué observas? Una mujer podrida, hundida, con las manos rotas, sin hija, sin nieta, sola, sin un hombre para devorar, hablando con una sombra día a día, mi gran amante, él, él, él, a toda hora, comiendo tierra y piedras, sin dientes, con unos senos duros todavía, paralizados en el tiempo, para siempre. Soy pobre, y también lo eres tú, y nuestra condición de miserables no nos hace menos que los reyes, asesinos; que los presidentes, animales

corruptos; a todos se les queda sembrado el poder en las manos y son comidos por las termitas de la soledad: ser miserable nos hace mejores, preparados para la vida y para la muerte, para toda la mierda que el mundo quiera echarnos encima. Y lo peor de todo, curita, es que ellos, mis niños, los perros rabiosos de Marianita Cepeda, nunca estuvieron preparados para enfrentarse a sus propias sombras.

Aclaró la garganta, la voz ensombreció las velas, el aire encerrado entre las cuatro paredes tomó matices taciturnos. El padre Torres notó la sangre acomodarse en sus ojos de bruja, como lágrimas a punto de escapar:

–Te voy a contar la historia. Todos los días iba hasta su casa, arriba, en lo más alto del cerro, para visitarlos y hacerles trabajos de protección. Tuvimos que venir a vivir a San Felipe porque en los otros cerros la vida es gangrena. Imagínate cómo estamos. Sabes, Torres, los hijos de mi nieta siempre se odiaron, desde que los dejaste conmigo la noche de su nacimiento, sucios de sangre y leche, se odiaron a muerte. En la infancia, dos veces intentaron destruirse. Sus actos estaban plagados de tragedias bíblicas: el fuego y el agua. Intentaron incendiarse, fue en el día, para que no pudiera darme cuenta del resplandor del fuego: uno de ellos, mientras su hermano dormía, llenó el colchón de hojas secas, y encendió un fósforo, y esperó que el humo tomara la forma de las llamas. Se ahogaron, uno de los niños colocó la cabeza de su hermano dentro del agua de lavar; y hubieras visto los espasmos y el insoportable olor a vómito y la cercanía de la muerte. Lo castigué, le dije a su hermano que

hiciera lo mismo, tortúralo, hazle lo que no te gusta que te hagan. Pero mis humildes reproches fueron inútiles. Se sentaban frente al espejo y se odiaban, se miraban por horas, uno al lado del otro, no me gusta verme en ti, decían, durante días; por ser tan iguales se odiaban, no soportaban verse repetidos uno en el otro. El día que supe la desgracia de Marianita comprendí que todo terminaría así, como una tragedia de los tiempos antiguos, como si la leyenda de Marianita Cepeda estuviera escrita en el antiguo testamento. Subí esta tarde, hoy, para protegerlos de ellos mismos. Los mecanismos de la tragedia habían comenzado a moverse. El mundo es feliz cuando los pobres lloran. Soy vieja, una bruja vieja de manos destrozadas, olvido todo casi siempre, pero las palabras cargadas de odio se quedan escritas permanentemente en mis recuerdos. Cuando llegué estaban afuera, se gritaban, parecían alterados. Cierra los ojos, Torres, escucha las palabras.

– *¿Cómo habrá sido mamá?*

– *No le digas así. Marianita Cepeda era su nombre. Nunca fue nada nuestro. Fue el olvido, es la sombra.*

– *Marianita Cepeda está muerta.*

– *Nunca lo dudes.*

– *Tú la mataste.*

– *Nacimos al mismo tiempo. Salimos de su cuerpo y nos arrastramos y bebimos leche de sus senos de muerta. Yo en el derecho, tú en el izquierdo.*

– *Yo nací antes que tú, salí primero de ella. Sin embargo, tienes mi rostro, mis manos, mis pies, mi frente. Tienes hasta la corona de espinas que tengo clavada en los ojos.*

- *¿Y es mi culpa? ¿Es culpa de mi vida que yo haya sido el último en salir?*
- *No me importa.*
- *¿Por qué me reclamas?*
- *Porque estoy harto de que seas mi espejo. No existe nada en estos cerros. No queda más que el altar del Santo Niño de los Rencores en Santa Bárbara Bendita. Y el aire huele a cenizas. Vivimos en San Felipe.*
- *Yo tengo mi propia vida. No tengo que estar reflejándome en la tuya.*
- *Mi vida es tu día a día, te restriegas en mí como si fuera una piedra. Yo soy el primer hijo de Marianita Cepeda. Tú eres el segundo. No somos iguales, así hayamos comido del cuerpo de la misma mujer. No somos inseparables.*
- *Niegas que somos una familia. Eres lo único que tengo y aún así me niegas. Te quedarás solo.*
- *Yo no estoy solo.*
- *¿Qué es eso? ¿Qué me estás mostrando?*
- *Es una fotografía de una mujer hermosa y desnuda. Todas las mujeres deberían estar desnudas, siempre.*
- *Déjame ver.*
- *No.*
- *Ya sé quién es. Cómo no saberlo. La Mortal. Son ciertas las historias que Roberta nos contaba de pequeños. Una mujer hermosa que mataba a los hombres con la mirada. Los hechizaba con sus pupilas universales. ¿Cómo no amarla? Mira el delirio derramado de ella como lágrimas, la voz que le sale de las pupilas, el sonido de una canción.*

– *Dámela, no la veas. No mereces una mujer así. Es mía. Necesito quemarme en estos ojos de fuego. Tengo que encontrarla. Todos estos días he estado recorriendo el cementerio de los cerros cercanos, buscando su tumba para desenterrar sus ojos, y colgármelos como collares, para que el mundo vea mi triunfo. Para que cada persona del planeta vea que soy un hombre enamorado.*

– *Es la mujer más hermosa del mundo pero está muerta.*

– *Está muerta y mata. No me importa. Yo quiero estar junto a ella, encerrarme entre sus huesos, y dormir para siempre abrazando su boca. Dame la foto. Es mía, no puedo dejar de verla. No puedo.*

– *Ella amaba a otro, todavía debe amarlo. Se enamoró de un asesino, y él la mató por no poder compartir tanta belleza. Eso dicen las voces, la leyenda.*

– *No la veas. Dame la foto.*

– *Vamos a hacer algo.*

– *¿Qué hiciste?*

– *Un ojo para ti, otro para mí. Ahora somos iguales. Somos el espejo del amor de los hermanos. Ahora podemos amar de la misma forma a la mitad de la misma mujer.*

– *Ella es mía. La Mortal es mía y de nadie más. Sus ojos son míos. No me importa que su piel ame a otro. No me importa. La rompiste. Esa foto me la dio la bruja Roberta, se la tomaron el día en que La Mortal subió a pedirle que le pusiera los ojos más hermosos del mundo. Y la bruja me la dio y me dijo: es tuya, ámala.*

– *Tienes que aprender a compartir. Somos hermanos. Nacimos de la misma mujer muerta.*

– *No lo eres. Si fueras mi hermano respetarías a mi mujer.*

- *No la conoces.*
- *La conozco como nunca he conocido a nadie.*
- *Es muy hermosa. Este ojo me pertenece y nunca lo olvidaré.*
- *Todas mis manos, mis pies, mis labios, mi frente. Todo lo que soy es de ella.*
- *Dice la historia que era muy mala, trataba mal a nuestra madre.*
- *Marianita Cepeda conoció a La Mortal. Y la vio. Tengo en la sangre el olor de sus pestañas.*
- *Ella era mala, dice la historia. Tenía muchos hombres, y todos perdían la razón por su amor. Era mala pero es bella. Y a mí también me gusta, la amo por todas las razones de la existencia del mundo.*
- *No hables así de ella. No es tuya. No la mires.*
- *Aprende a compartir. Es solo una mujer muerta, puede amarnos a los dos.*
- *Me ama solamente a mí.*
- *Y a mí: en este momento siento cómo me mira y me hace el amor con los ojos y se mete entre mis piernas, abre la boca y su mirada canta.*

La mente del padre Torres estaba contenida en la irracionalidad de la conversación.

–No digas nada, Torres, sé lo que se siente escuchar de verdad una historia. Era el destino. Mis niños estaban destinados a luchar por lo mismo, a desgarrarse por encontrar el amor de la misma mujer. Nunca sabré cuál de ellos sacó una pistola y le disparó a su hermano en el rostro. Con cada bala, las palabras de amor envuelto en espinas de odio salían de la boca de uno de los Cepeda.

– *La amo porque soy solo un hombre.*

- Frente. Bala.*
- *La amo porque en sus ojos de sombra hay luz.*
- Ojo izquierdo. Bala.*
- *La amo porque nunca he visto tanta belleza acumulada.*
- Nariz. Bala.*
- *La amo porque ella es el paraíso.*
- Ojo derecho. Bala.*
- *La amo porque en sus huesos está mi vida.*
- Boca. Bala.*
- *La amo porque no sé vivir sin su muerte.*
- Dientes. Bala.*
- *La amo porque de ella nacerán bosques y colinas.*
- Cerebro. Bala.*
- *La amo porque es imposible amarla.*
- Explosión de sangre. Bala.*
- *La amo porque soy pobre y no tengo nada que darle.*
- Un gran agujero como rostro. Bala.*
- *La amo porque sé que me ama, aún en la muerte, me ama.*
- El abismo de huesos. Bala.*
- *La amo porque ella es un planeta y yo su luna.*
- Tierra, río de sangre. Bala.*
- *La amo porque es el principio y el final de mi vida.*
- Recargó el cartucho. Materia gris. Bala.*
- *La amo porque no se puede compartir.*

Ciudad del odio. Bala.

– *La amo porque es un abismo y yo caigo voluntariamente.*

*El país reinado por el Santo Niño de los Rencores. Por los siglos de los siglos.
Bala.*

– *La amo porque nuestros ojos están enredados en las espinas.*

Cerros de la muerte. Bala.

– *La amo porque me quemó de solo pensar en sus ojos de muerte en vida.*

Dos espinas de la corona de espinas. Bala.

– *La amo porque eres mi hermano, y dártela sería embarcarme en mi muerte.*

La mujer de los ojos de fuego. Bala.

– *La amo porque ella es La Mortal y todo lo que soy, es suyo.*

Los hijos idénticos de los sueños de Marianita Cepeda. Bala.

Roberta prendió un cigarro, se levantó, caminó en círculos alrededor del padre Torres y se acostó en el colchón.

–El final de la historia de los pobres es siempre glorioso. Un hombre con un abismo en vez de rostro. El hermano salpicado de su sangre. Hermoso. En Caracas somos originales hasta en nuestra forma de morir. ¿Sabes por qué el Cepeda sin rostro colapsó sobre tu altar? Su hermano, luego de tirotearlo, lo arrastró por los brazos y lo llevó hasta el borde del cerro. Abajo de ellos, San Felipe se extiende como una vergüenza sobre la ciudad. El Ávila reverberaba en los ojos, en ondas, roja por la tarde. Sí, la de hoy, perfecta. El Cepeda vivo tomó a su hermano, y con el pie lo empujó barranco abajo. Dio en el techo de tu capilla justo a la hora de la misa. La consumación de la tragedia de Marianita Cepeda, la perra

de sueños, y de La Mortal, la perra soñada, es real. Elegante es el final de esta historia.

El padre Torres se levantó de pronto, vio a Roberta hacer formas con sus manos proyectando sombras. Rodeado por el humo del cigarro fue hasta la puerta. Roberta no volteó, no se levantó del colchón, aspiró largo y botó el humo.

–Vete. Sí. Levántate y anda. No escuches más las historias de los muertos, Torres. Mentí. La tragedia no ha terminado. No hay final para los barrios. Somos la obra maestra de la muerte, la obra maestra que todos los hombres de esta ciudad se niegan a ver. El mundo se convertirá en un barrio inmenso y perfecto gobernado para siempre por el Santo Niño de los Rencores. Todos los países copiarán nuestro modelo. Seremos famosos, conocidos; nuestra pobreza será premiada por organismos internacionales. Escuchen todos, vean nuestra sangre gotear sobre las calles, derramarse sobre nuestras escaleras. Veán nuestro río de mierda ondear sus banderas en la tarde, tragarse todo lo que encuentra a su paso cuando se encabrita, vean nuestro altar del santo del odio, cuenten cuántos muertos están enterrados bajo nuestras ruinas. No hemos terminado. Este no es nuestro fin. El hijo de Marianita está suelto. Fernando Acuestas ha caído en manos del ejército donde lo convertirán en un maestro de la muerte. Lo hemos logrado. No hay más vida. No queda. Huye. Escóndete en tu recinto sagrado. Estamos perdidos, no hay escapatoria. Sus ojos lo ven todo. Huye, Torres. Tenlo por seguro, hay alguien pidiendo por ti en este momento al Santo Niño

de los Rencores. Vivimos en la casa del odio. No hay nada en este mundo que nos ayude. La providencia es la muerte.

Las mujeres enmascaradas se estremecieron y cubrieron sus ojos empantanados cuando el cuerpo entró por el techo de la capilla y se desparramó en su destrucción de sangre sobre el altar del señor. Voces, voces de mujeres y gritos, alaridos lamentando la existencia de la vida; voces, voces que se fueron alejando, resonando el eco enrarecido, cada vez más distantes, fuera de la capilla, desapareciendo hacia el mundo hostil: la tierra y las cenizas y la muerte y la muerte y la muerte:

- ¡Estoy harta de tener que vivir en este infierno!
- No quiero vivir viendo a todo el mundo morirse. Ver muertos caer del cielo como las gotas del agua.

- ¿De cuándo acá se ha visto algo semejante?
- Toda la vida; pero cada día es peor.

- ¡Nos llueven muertos en plena misa!

– La vida es mala.

– El cielo nos manda muertos baleados llenos de sangre seca como la tierra que se funde en los mediodías.

– Lo que pasa es que allá arriba tampoco nos quieren. ¿Quién querría a un pobre muchacho tiroteado en el rostro? Esas cosas no pintan bien en el cielo. Nos lo mandaron de nuevo para acá; antes de que fuera a echar a perder la imagen que el señor tiene de nosotros, si es que ya no le repugna nuestra existencia.

– ¿Adónde vamos a ir? ¡Ni en la vida ni en la muerte nos dejan estar!

– ¡Si lo hubieras visto me creerías! Entró por el techo de la capilla en plena misa con un abismo en el rostro, y se desparramó sobre el altar como una cosa mal hecha. Tanto tiro tiene que nadie sabe quién es.

– ¡Estoy aterrada de morir así, con tanto dolor surcándome el cuerpo!

– Somos nosotros mismos los que volvemos a esta tierra que nos parió sin habérselo pedido.

– Nos deshojamos como las flores de los apamates cuando se marchitan.

– A mí lo que me importa es que nosotros estamos vivos.

– Esta tierra que parece odiarnos porque la pisoteamos día tras día.

– Lloro. Lloro. Lloro hasta que no pueda llorar más. Sólo tenemos que esperar a que nos toque. La vida se nos ha vuelto un lento esperar por la muerte. Ese día, si es que queda alguien vivo, llorarán por ti. Aférrate a ese consuelo, a las lágrimas ajenas.

– La muerte ha apartado la mirada y no nos ha escogido, todavía.
¡Siempre anda buscando a quien mirar!

– Somos su preferencia. Prefiere nuestras vidas porque están llenas de nada.
– Somos más fáciles de llevar.

– Estas cosas tienen que olvidarse porque no hay una sola persona en el mundo que pueda mantener adentro tanta desgracia.

Caracas, 2012- 2016



JAN QUERETZ (Caracas, 25 de marzo de 1991) es un escritor de origen venezolano. Trabajó como profesor de literatura. Actualmente vive en Uruguay. *Nuestra Tierra tan Pobre* es su primera novela. Ha publicado dos poemarios: *Vértigos Labios* y *Más lejos, continuamente más lejos, más allá*.



WOMAN IN WHITE

PERSON IN BROWN

PERSON IN WHITE

PERSONS IN RED AND BLUE

MEJORES DE LA VIDA
D: 21/10/2017